"Todas las mujeres, sea cual sea su posición, deberían exigir la igualdad política como medio para alcanzar una vida más libre."



El pasado enero se cumplió el primer centenario del asesinato de la revolucionaria polaca Rosa Luxemburg y los demás líderes de la rebelión espartaquista alemana de 1919. Desde entonces, la figura de esta brillante luchadora se ha convertido en un emblema e icono de las distintas corrientes progresistas y de izquierda. Ella, que en vida fue tan polémica y tan perseguida, hoy goza de una autoridad casi unánime. En miles de carteles se citan frases reales o supuestas atribuidas a ella. Su fantasma recorre el mundo. Y sin embargo, el verdadero contenido de sus ideas es relativamente poco conocido. Si bien sus libros más importantes (como *Reforma o Revolución*) han sido traducidos y editados varias veces, la enorme riqueza de su pensamiento, encarnada también en cientos de artículos, discursos y cartas, aún no se pone en la medida suficiente al alcance del movimiento de las y los trabajadores, el medio que tendría que conocerla más. Es momento de que el fantasma de sus ideas tome cuerpo. Todavía menos se conocen en el mundo hispanoparlante las ideas específicas y los escritos de su amiga, la marxista alemana Clara Zetkin, aun cuando cada año se le celebra por haber impulsado el establecimiento del Día Mundial de la Mujer Trabajadora, uno de sus mayores méritos. Que la obra de estas dos revolucionarias se desconozca es una gran injusticia histórica. Pues bien, con el fin de dar un paso en el sentido de corregir esta injusticia, hemos compilado una pequeña muestra de artículos y discursos de estas dos revolucionarias, centrándonos en el tema de la emancipación de la mujer, con el fin de darle a los y las lectoras una idea de su sensibilidad social y sus posiciones políticas reales, que no siempre coinciden con la imagen que se proyecta de ellas. Para dar una idea más completa de sus ideas, hemos incluido también las Tesis de la Internacional Comunista sobre el trabajo entre las mujeres, que Zetkin ayudó a redactar, así como un esbozo biográfico de ambas revolucionarias. Hemos tomado como base las traducciones existentes y disponibles en línea, debidas a distintos traductores, que en muchos casos fueron militantes desinteresados. Les damos nuestro reconocimiento. Esperamos que estos textos iluminen e inspiren a una nueva generación de combatientes, y ayuden a formar a nuevas Rosas y nuevas Claras, una labor indispensable para cambiar el mundo.

Rosa Luxemburgo & Clara Zetkin

Su hogar es el mundo entero

ePub r1.0
Titivillus 11.10.2019

Rosa Luxemburgo & Clara Zetkin, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

El pasado enero se cumplió el primer centenario del asesinato de la revolucionaria polaca Rosa Luxemburg y los demás líderes de la rebelión espartaquista alemana de 1919. Desde entonces, la figura de esta brillante luchadora se ha convertido en un emblema y un icono de las distintas corrientes progresistas y de izquierda. Ella, que en vida fue tan polémica y tan perseguida, hoy goza de una autoridad casi unánime. En miles de carteles se citan frases reales o supuestas atribuidas a ella. Su fantasma recorre el mundo.

Y sin embargo, el verdadero contenido de sus ideas es relativamente poco conocido. Si bien sus libros más importantes (como *Reforma* o *Revolución*) han sido traducidos y editados varias veces, la enorme riqueza de su pensamiento, encarnada también en cientos de artículos, discursos y cartas, aún no se pone en la medida suficiente al alcance del movimiento de las y los trabajadores, el medio que tendría que conocerla más. Es momento de que el fantasma de sus ideas tome cuerpo.

Todavía menos se conocen en el mundo hispanoparlante las ideas específicas y los escritos de su amiga, la marxista alemana Clara Zetkin, aun cuando cada año se le celebra por haber impulsado el establecimiento del Día Mundial de la Mujer Trabajadora, uno de sus mayores méritos.

Que la obra de estas dos revolucionarias se desconozca es una gran injusticia histórica.

Pues bien, con el fin de dar un paso en el sentido de corregir esta injusticia, hemos compilado una pequeña muestra de artículos y discursos de estas dos revolucionarias, centrándonos en el tema de la emancipación de la mujer, con el fin de darle a los y las lectoras una idea de su sensibilidad social y sus posiciones políticas reales, que no siempre coinciden con la imagen que se proyecta de ellas.

Para dar una imagen más completa de sus ideas, hemos incluido también las Tesis de la Internacional Comunista sobre el trabajo entre las mujeres, que Zetkin ayudó a redactar, así como un esbozo biográfico de ambas revolucionarias. Hemos tomado como base las traducciones existentes y

disponibles en línea, debidas a distintos traductores, que en muchos casos fueron militantes desinteresados. Les damos nuestro reconocimiento.

Esperamos que estos textos iluminen e inspiren a una nueva generación de combatientes, y ayuden a formar a nuevas Rosas y nuevas Claras, una labor indispensable para cambiar el mundo.

Brigada Para Leer en Libertad
México, marzo 2019.

El mundo de la mujer burguesa es su hogar.
En cambio, el hogar de la proletaria es el mundo,
el mundo entero, con todo su dolor y su alegría,
con su fría crueldad y su ruda grandeza.

Rosa Luxemburg

TEXTOS DE ROSA LUXEMBURG

EL SOCIALISMO Y LAS IGLESIAS

Luxemburg publicó el siguiente artículo, bajo el pseudónimo «Josef Chumra» en su natal Polonia, adonde había vuelto para participar en la revolución de 1905, que sacudía a todo el imperio zarista.

I

Desde el momento en que los obreros de nuestro país y de Rusia comenzaron a luchar valientemente contra el gobierno zarista y los explotadores, observamos que los curas se pronuncian sus sermones, cada vez con mayor frecuencia, contra los trabajadores combativos. El clero combate con extraordinario vigor contra los socialdemócratas[1] y trata por todos los medios de desacreditarlos a los ojos de los trabajadores. Los creyentes que concurren a la iglesia los domingos y los días de fiesta se ven obligados a escuchar un violento discurso político, una verdadera denuncia del socialismo, en lugar de un sermón que les dé consuelo religioso. En vez de reconfortar al pueblo, lleno de problemas y cansado de su vida, que va a la iglesia con su fe en el cristianismo, los sacerdotes denuestan a los obreros en huelga que se oponen al gobierno; además, los exhortan a soportar su pobreza y opresión con humildad y paciencia. Convierten a la iglesia y al púlpito en una tribuna de propaganda política.

Los obreros pueden comprobar fácilmente que el encono del clero hacia los socialdemócratas no fue en modo alguno provocado por estos. Los socialdemócratas han emprendido la tarea de agrupar y organizar a los obreros en la lucha contra el capital, es decir, contra los explotadores que les exprimen hasta la última gota de sangre, y en la lucha contra el gobierno zarista, que mantiene prisionero al pueblo. Pero los socialdemócratas jamás azuzan a los obreros contra el clero, ni se inmiscuyen en sus creencias religiosas; ¡de ninguna manera! Los socialdemócratas del mundo y de nuestro país consideran que la conciencia y las opiniones personales son sagradas. Cada quien puede sustentar la fe y las ideas que le hagan feliz. Nadie tiene derecho a perseguir o atacar a los demás por sus opiniones religiosas. Eso

piensan los socialistas. Y por esta razón, entre otras, los socialistas llaman al pueblo a luchar contra el régimen zarista, que viola continuamente la conciencia de los hombres al perseguir a católicos, católicos rusos, judíos, herejes y librepensadores. Son precisamente los socialdemócratas quienes más abogan por la libertad de conciencia. Parecería, por tanto, que el clero debería prestar ayuda a los socialdemócratas, que tratan de esclarecer al pueblo trabajador. Cuanto más comprendemos las enseñanzas que los socialistas dan a la clase obrera, menos comprendemos el odio del clero hacia los socialistas.

Los socialdemócratas se proponen poner fin a la explotación de los trabajadores por los ricos. Cualquiera pensaría que los servidores de la Iglesia serían los primeros en facilitarles la tarea a los socialdemócratas. ¿Acaso Jesucristo (cuyos siervos son los sacerdotes) no enseñó que «es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que los ricos entren en el reino de los cielos»? Los socialdemócratas tratan de imponer en todos los países un régimen social basado en la igualdad, la libertad y la fraternidad de todos los ciudadanos. Si el clero realmente desea poner en práctica el precepto «ama a tu prójimo como a ti mismo», ¿por qué no acoge con agrado la propaganda socialdemócrata? Con su lucha desesperada, con la educación y organización del pueblo, los socialdemócratas tratan de sacarlo de su opresión y ofrecer a sus hijos un futuro mejor. A esta altura, todos tendrían que admitir que los curas deberían bendecir a los socialdemócratas. ¿Acaso Jesucristo, a quien ellos sirven, no dijo «lo que hagas por los pobres lo haces por mí»?

En cambio, vemos al clero por un lado excomulgar y perseguir a los socialdemócratas, y por el otro, ordenar a los obreros que sufran pacientemente, es decir, que permitan pacientemente que los capitalistas los exploten. El clero brama contra los socialdemócratas, exhorta a los obreros a no «alzarse» contra los amos, a someterse obedientemente a la opresión de este gobierno que mata a personas indefensas, envía a millones de obreros a la monstruosa carnicería de la guerra, persigue a católicos, católicos rusos y «viejos creyentes[2]». Así, al convertirse en vocero de los ricos, en defensor de la explotación y la opresión, el clero se coloca en contradicción flagrante con la doctrina cristiana. Los obispos y curas no propagan la enseñanza cristiana: adoran el becerro de oro y el látigo que azota a los pobres e indefensos.

Además, todos saben cómo los curas se aprovechan de los obreros; les sacan dinero en ocasión del casamiento, el bautismo y el entierro. ¿Cuántas veces sucede que un cura, llamado al lecho de un enfermo para administrarle

los últimos sacramentos, se niega a presentarse hasta que se le paguen sus «honorarios»? Presa de la desesperación, el obrero sale a vender o empeñar todo lo que posee con tal de que no les falte consuelo religioso a sus seres queridos.

Es cierto que hay eclesiásticos de otra talla. Hay algunos llenos de bondad y compasión, que no buscan el lucro; estos están siempre dispuestos a ayudar a los pobres. Pero debemos reconocer que son muy pocos, que son las moscas blancas. La mayoría de los curas se arrastran sonrientes ante los ricos, perdonándoles con su silencio toda depravación, toda iniquidad. Otro es su comportamiento con los obreros; sólo piensan en esquilmarlos sin piedad; en sus severos sermones fustigan la «codicia» de los obreros, cuando estos simplemente se defienden de los abusos del capitalismo. La flagrante contradicción que existe entre las acciones del clero y las enseñanzas del cristianismo debe ser materia de reflexión para todos. Los obreros se preguntan por qué, en su lucha por la emancipación, encuentran en los siervos de la Iglesia enemigos y no aliados. ¿Cómo es que la Iglesia defiende la riqueza y la explotación sangrienta en vez de ser un refugio para los explotados? Para comprender este fenómeno extraño basta echar un vistazo a la historia de la Iglesia y examinar su evolución a través de los siglos.

II

Los socialdemócratas quieren el «comunismo»; eso es principalmente lo que el clero les reprocha. En primer lugar, es evidente que los curas que hoy combaten al «comunismo» en realidad combaten a los primeros apóstoles. Porque estos fueron comunistas ardientes.

Todos saben que la religión cristiana apareció en la antigua Roma, en la época de la decadencia del Imperio, que antes había sido rico y poderoso y comprendía lo que hoy es Italia y España, parte de Francia, parte de Turquía, Palestina y otros territorios. La situación de Roma en la época del nacimiento de Cristo era muy parecida a la que impera actualmente en la Rusia zarista. Por una parte, un puñado de ricos viviendo en la holgazanería y gozando de toda clase de lujos y placeres; por otra, una inmensa masa popular que se pudría en la pobreza; por encima de todos, un gobierno despótico, basado en la violencia y la corrupción, ejercía una opresión implacable. Todo el Imperio Romano estaba sumido en el desorden más completo, rodeado de enemigos amenazantes; la soldadesca desatada descargaba su crueldad sobre la población indefensa; el campo estaba desierto; las ciudades, sobre todo Roma,

la capital, estaban plagadas de pobres que elevaban sus ojos, llenos de odio, a los palacios de los ricos; el pueblo carecía de pan y techo, ropas, esperanzas y la posibilidad de salir de la pobreza.

Hay una sola diferencia entre la Roma decadente y el imperio del zar; Roma no conocía el capitalismo; la industria pesada no existía. En esa época, el orden imperante era la esclavitud. Los nobles, los ricos, los financistas satisfacían sus necesidades poniendo a trabajar a los esclavos que las guerras les dejaban. Con el paso del tiempo estos ricos se adueñaron de casi todas las provincias italianas quitándoles la tierra a los campesinos romanos. Al apropiarse de los cereales de las provincias conquistadas como tributo sin costo, invertían esas ganancias en sus propiedades, plantaciones magníficas, viñedos, prados, quintas y ricos jardines, cultivados por ejércitos de esclavos que trabajaban bajo el látigo del capataz. Los campesinos privados de su tierra y de pan fluían a la capital desde todas las provincias. Pero allí no se encontraban en mejor situación para ganarse la vida, puesto que todo el trabajo lo hacían los esclavos. Así se formó en Roma un numeroso ejército de desposeídos —el proletariado— que no podía vender ni su fuerza de trabajo. La industria no podía absorber a esos proletarios provenientes del campo, como ocurre hoy; se convirtieron en víctimas de la pobreza sin remedio, en mendigos. Esta gran masa popular, hambrienta y sin trabajo, que atosigaba los suburbios y los espacios abiertos y las calles de Roma, constituía un peligro permanente para el gobierno y las clases poseedoras. Por ello el gobierno se vio obligado a salvaguardar sus intereses aliviando su pobreza. De vez en cuando distribuía entre el proletariado maíz y otros comestibles almacenados en los graneros del Estado. Para hacerles olvidar sus penas les ofrecía espectáculos circenses gratuitos. A diferencia del proletariado contemporáneo, que mantiene a toda la sociedad con su trabajo, el inmenso proletariado romano vivía de la caridad.

Los infelices esclavos, tratados como bestias, hacían todo el trabajo en Roma. En este caos de pobreza y degradación, el puñado de magnates romanos pasaba los días en orgías y en medio de la lujuria. No había salida para esta monstruosa situación social. El proletariado se quejaba, y de vez en cuando amenazaba con iniciar una revuelta, pero una clase de mendigos, que vive de las migajas que caen de la mesa del señor, no puede iniciar un nuevo orden social. Los esclavos que con su trabajo mantenían a toda la sociedad estaban demasiado pisoteados, demasiado dispersos, demasiado aplastados por el yugo, tratados como bestias, y vivían demasiado aislados de las demás clases como para poder transformar la sociedad. A menudo se alzaban contra

sus amos, trataban de liberarse mediante batallas sangrientas, pero el ejército romano aplastaba las revueltas, masacraba a miles de esclavos y crucificaba a otros tantos.

En esta sociedad putrefacta, donde el pueblo no tenía salida de su trágica situación, ni esperanzas de una vida mejor, los infelices volvieron su mirada al cielo para encontrar allí la salvación. La religión cristiana aparecía ante estos infelices como una tabla de salvación, un consuelo, un estímulo y se convirtió, desde sus comienzos, en la religión del proletariado romano. De acuerdo con la situación material de los integrantes de esta clase, los primeros cristianos levantaron la consigna de la propiedad común: el comunismo. ¿Qué podía ser más natural? El pueblo carecía de los medios de subsistencia y moría de hambre. Una religión que defendía al pueblo; que exigía que los ricos compartan con los pobres los bienes que debían pertenecer a todos; una religión que predicaba la igualdad de todos los hombres, tenía que lograr gran éxito. Sin embargo, nada tiene en común con las reivindicaciones que hoy levantan los socialdemócratas con el objetivo de convertir en propiedad común los instrumentos de trabajo, los medios de producción, para que la humanidad pueda vivir y trabajar en armonía.

Hemos visto que los proletarios romanos no vivían de su trabajo, sino de las limosnas del gobierno. De modo que la consigna de propiedad colectiva que levantaban los cristianos no se refería a los bienes de producción, sino a los de consumo. No exigían que la tierra, los talleres y las herramientas se convirtieran en propiedad colectiva, sino simplemente que todo —casa, comida, ropas y todos los productos elaborados necesarios para vivir— se dividiera entre ellos. Los comunistas cristianos se cuidaban bien de averiguar el origen de estas riquezas. El trabajo productivo recaía siempre sobre los esclavos. Los cristianos sólo deseaban que los que poseían la riqueza abrazaran el cristianismo y convirtieran sus riquezas en propiedad común para que todos gozaran de estas cosas en igualdad y fraternidad.

Así estaban organizadas las primeras comunidades cristianas. Un contemporáneo escribió:

> Esta gente no cree en la fortuna, sino que predica la propiedad colectiva y ninguno de ellos posee más que los demás. El que quiere entrar en su orden debe poner su fortuna como propiedad común. Es por ello que no existe entre ellos pobreza ni lujos: todos poseen todo en común como hermanos. No viven en una ciudad propia, pero en cada ciudad tienen casa para ellos. Si cualquier extranjero perteneciente a su religión llega allí, comparten con él toda su propiedad, y él puede beneficiarse de la

> misma como si fuese propia. Aunque no se conocieran hasta entonces, le dan la bienvenida y son todos muy fraternales entre ellos. Cuando viajan no llevan sino un arma para protegerse de los ladrones. En cada ciudad tienen su administrador, quien distribuye ropas y alimentos entre los viajeros. No existe el comercio entre ellos. Pero si uno le ofrece a otro un objeto que éste necesita recibe algún otro objeto a cambio. Pero cada cual puede exigir lo que necesita, aun sin tener con qué retribuir.

En los «Hechos de los apóstoles» leemos lo siguiente acerca de la primera comunidad de Jerusalén: «Nadie consideraba que lo suyo le pertenecía; todo era propiedad común. Los que tenían tierras o casas las vendían y después ponían lo obtenido a los pies de los apóstoles. Y a cada uno se le daba de acuerdo a sus necesidades».

En 1780, el historiador alemán Vogel escribió lo mismo acerca de los primeros cristianos:

> Según las reglas, todo cristiano tenía derecho a la propiedad de los demás cristianos de la comunidad; en caso de necesidad, podía exigir que los más ricos dividieran su fortuna y la compartieran con él según sus necesidades. Todo cristiano podía utilizar la propiedad de sus hermanos; los que poseían algo no tenían derecho a privar a sus hermanos de su uso. Así, el cristiano que no tenía casa podía exigirle al que tuviera dos o tres que lo recibiera; el dueño se reservaba sólo su propia vivienda. Debido al uso común de los bienes, había que darle alojamiento al que no tuviera.

El dinero se colocaba en una caja común y un miembro de la sociedad, especialmente designado para este propósito, repartía la fortuna común entre todos. Habían eliminado, por lo tanto, la vida familiar; todas las familias cristianas de una ciudad vivían juntas, como una sola gran familia. Para terminar, digamos que algunos curas atacan a los socialdemócratas diciendo que abogamos por la comunidad de las mujeres. Es obvio que ésta es una mentira enorme, producto de la ignorancia o del encono del clero. Los socialdemócratas lo consideran una distorsión vergonzosa y bestial del matrimonio. Y, sin embargo, esta práctica era común entre los primeros cristianos.

III

Así, los cristianos de los primeros siglos eran comunistas fervientes. Pero el suyo era un comunismo basado en el consumo de bienes elaborados, no en el trabajo, y resultó incapaz de reformar la sociedad, de poner fin a la desigualdad entre los hombres y de derribar las barreras que separaban a los pobres de los ricos. Porque, al igual que antes, las riquezas creadas por el trabajo volvían a un grupo restringido de poseedores, ya que los medios de producción (sobre todo la tierra) seguían siendo propiedad individual y el trabajo —para toda la sociedad— lo seguían haciendo los esclavos. El pueblo, privado de medios de subsistencia, sólo recibía limosnas, según la buena voluntad de los ricos.

Mientras que algunos (un puñado, en relación con la masa popular) posean para su uso exclusivo las tierras cultivables, bosques y prados, animales de labranza y aperos, talleres, herramientas y materiales para la producción, y mientras los demás —la inmensa mayoría— no posean los medios indispensables para la producción, no puede hablarse de igualdad entre los hombres. En esa situación, la sociedad se encuentra dividida en dos clases: ricos y pobres, los que viven en el lujo y los que viven en la pobreza. Supongamos, por ejemplo, que los propietarios ricos, influidos por la doctrina cristiana, ofrecieran repartir entre los pobres la riqueza que poseen en dinero, granos, fruta, ropa y animales. ¿Cuál sería el resultado? La pobreza desaparecería durante varias semanas y en ese lapso la población podría alimentarse y vestirse. Pero los productos elaborados se consumen en poco tiempo. Pasado un breve lapso, el pueblo habría consumido las riquezas distribuidas y quedaría nuevamente con las manos vacías. Los dueños de la tierra y de los medios de producción producirían más, gracias a la fuerza de trabajo de los esclavos, y nada cambiaría.

Bien, he aquí por qué los socialdemócratas discrepan con los comunistas cristianos. Dicen: «No queremos que los ricos compartan sus bienes con los pobres; no queremos caridad ni limosna; nada de ello puede borrar la desigualdad entre los hombres. Lo que exigimos no es que los ricos compartan con los pobres, sino la desaparición de ricos y pobres». Ello es posible con la condición de que todas las fuentes de riqueza —la tierra, herramientas y los demás medios de producción—, pasen a ser propiedad colectiva del pueblo trabajador, que producirá según las necesidades de cada uno. Los primeros cristianos creían poder remediar la pobreza del proletariado con las riquezas que los poseedores dispensaban. ¡Eso es lo mismo que sacar agua con un colador! El comunismo cristiano era incapaz de cambiar o mejorar la situación económica y no prosperó.

Al principio, cuando los seguidores del nuevo Salvador constituían sólo un pequeño sector en el seno de la sociedad romana, el compartir los bienes y las comidas y el vivir todos bajo un mismo techo era factible. Pero a medida que el cristianismo se difundía por el imperio, la vida comunitaria de sus fieles se hacía más difícil. Pronto desapareció la costumbre de la comida en común y la división de bienes tomó otro cariz. Los cristianos ya no vivían como una gran familia; cada uno se hizo cargo de sus propiedades y sólo ofrecía el excedente a la comunidad. Al perder su carácter de participación en la vida comunitaria, los aportes de los más ricos a las arcas comunes se convirtieron rápidamente en simple limosna, puesto que los cristianos ricos dejaron de participar de la propiedad común y pusieron al servicio de los demás sólo una parte de lo que poseían, porción que podía ser mayor o menor según la buena voluntad del donante. Así, en el corazón mismo del comunismo cristiano surgió la diferencia entre ricos y pobres, diferencia análoga a la que imperaba en el Imperio Romano, y que los primeros cristianos habían combatido. Pronto los únicos participantes en las comidas comunitarias fueron los cristianos pobres y los proletarios; los ricos cedían una parte de su riqueza y se apartaban. Los pobres vivían de las migajas que les arrojaban los ricos y la sociedad volvió rápidamente a ser lo que había sido. Los cristianos no habían cambiado nada.

Sin embargo, los Padres de la Iglesia prosiguieron la lucha contra esta penetración de la desigualdad social en el seno de la comunidad cristiana, fustigando a los ricos con palabras ardientes y exhortándolos a volver al comunismo de los primeros apóstoles. En el siglo IV después de Cristo, San Basilio predicaba así contra los ricos: «Infelices, ¿cómo se justificarán ustedes ante el Juez Celestial? Me preguntan ustedes, '¿cuál es nuestra culpa, si sólo guardamos lo que nos pertenece?' Yo les pregunto, ¿cómo consiguieron lo que llaman su propiedad?, ¿cómo se enriquecen los poseedores si no es apropiándose de lo que le pertenece a todos? Si cada uno tomara lo que necesitare y dejare el resto para los demás, no habría ricos ni pobres».

Quien más predicó el retorno de los cristianos al primitivo comunismo de los apóstoles fue San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, nacido en Antioquía en el 347 y muerto en el exilio, en Armenia, en el 407. En su Undécima Homilía sobre los «Hechos de los apóstoles», este célebre pastor decía:

> Y reinaba entre ellos la caridad; entre ellos (los apóstoles) nadie era pobre. Nadie consideraba que lo suyo le pertenecía, toda la riqueza era propiedad común […] reinaba una gran caridad entre todos ellos. Esta

caridad consistía en que no había pobres entre ellos, hasta tal punto que aquellos que poseían bienes se apresuraban a despojarse de los mismos. No dividían su fortuna en dos partes, entregando una y guardando para sí la otra; daban lo que tenían. De modo que no había desigualdad entre ellos; todos vivían en la abundancia. Todo se hacía con la mayor reverencia. Lo que daban no pasaba de la mano del dador a la del receptor; lo que daban lo hacían sin ostentación; ponían sus bienes a los pies de los apóstoles, que eran los administradores y los amos y utilizaban los bienes como cosa comunitaria y no privada. Con ello ponían coto a cualquier intento de caer en la vanagloria. ¡Ay! ¿Por qué se han perdido estas tradiciones? Ricos y pobres, todos nos beneficiaríamos con esta piadosa conducta y todos derivaríamos el mismo placer de conformarnos a ella. Los ricos, al despojarse de sus posesiones, no se empobrecerían, y los pobres se enriquecerían… Pero intentemos dar una idea exacta de lo que habría que hacer…

«Supongamos —y que ni ricos ni pobres se alarmen, pues se trata de una mera suposición— supongamos que vendemos todo lo que nos pertenece y ponemos todo el producto de la venta en un pozo común. ¡Qué cantidad de oro tendríamos! No sé cuánto, exactamente, pero si todos, sin distinción de sexo, trajeran sus tesoros, si vendieran sus campos, sus propiedades, sus casas —no hablo de esclavos, porque no los había en la comunidad cristiana, y los que llegaban a ella se convertían en hombres libres— si todos hicieran eso, digo, tendríamos cientos de miles de libras de oro, millones, sumas inmensas.

»¡Pues bien! ¿Cuánta gente creen ustedes que viva en esta ciudad? ¿Cuántos cristianos? ¿Están ustedes de acuerdo en que son cien mil? El resto son judíos y gentiles. ¿Cuántos no se unirían? Cuenten a los pobres, ¿cuántos son? A lo sumo cincuenta mil necesitados. ¿Cuánto requeriría su alimentación diaria? Calculo que el gasto no sería excesivo, si se organizara la distribución y provisión comunitaria de los alimentos.

»Acaso preguntarán ustedes: '¿Qué será de nosotros cuando esta riqueza sea consumida?'

¿Qué? ¿Acaso ello ocurriría? ¿Acaso la gracia de Dios no se multiplicaría por mil? ¿No estaríamos creando un cielo en la tierra? Si esta comunidad de bienes existía entre cinco mil fieles con tan buenos resultados como la desaparición de la pobreza, ¿qué no lograría una multitud tan grande? Y entre los mismos paganos, ¿quién no acudiría a incrementar el tesoro común? La riqueza en manos de unas pocas personas se pierde más fácil y rápidamente; la distribución de la propiedad es la causa de la pobreza. Tomemos el ejemplo de un hogar compuesto por un

hombre, su mujer y diez hijos; la mujer carda la lana, el hombre aporta su salario; ¿en qué caso gasta más esta familia, viviendo juntos o separados? Es obvio que si vivieran separados. Diez casas, diez mesas, diez sirvientes y diez asignaciones especiales de dinero si los hijos vivieran separados. ¿Qué hacen los que poseen numerosos esclavos? ¿No es cierto, acaso, que para disminuir los gastos los alimentan a la misma mesa? La división origina pobreza; la concordia y la unidad de las voluntades origina riquezas.

En los monasterios se vive como en los primeros tiempos de la Iglesia. ¿Quién muere allí de hambre? ¿Quién no tiene allí suficiente alimento? ¡Sin embargo los hombres de nuestro tiempo sienten mayor temor ante ese tipo de vida que ante el peligro de caer al mar! ¿Por qué no lo hemos intentado? Lo temeríamos menos. ¡Qué cosa buena sería! Si un puñado de fieles, apenas ocho mil, osaron en un mundo donde sólo había enemigos tratar de vivir en forma comunitaria, sin ayuda exterior, ¿cuánto mejor podríamos hacerlo hoy, cuando hay cristianos en todo el mundo? ¿Quedaría un solo gentil? Creo que ninguno. Atraeríamos a todos a nuestra causa.

San Juan Crisóstomo pronunció en vano estos ardientes sermones. Los hombres no trataron de imponer el comunismo en Constantinopla, ni en ningún otro lugar del mundo. A medida que el cristianismo se difundía, y pasaba a ser en Roma después del siglo IV la religión dominante, los fieles se alejaban cada vez más del ejemplo de los primeros apóstoles. Dentro de la propia comunidad cristiana se acrecentaba la desigualdad en la posesión de bienes.

En el siglo VI, Gregorio Magno dijo:

De ninguna manera basta con no robar la propiedad ajena; se equivocan ustedes si guardan la riqueza que Dios creó para todos. Quien no da a los demás lo que posee, es un asesino, un homicida; cuando guarda para sí lo que podría dar a los pobres, puede decirse que mata a quienes podrían haber vivido de esa abundancia; cuando compartimos con los que sufren, no les damos lo que nos pertenece sino lo que les pertenece a ellos. No es un acto de compasión, sino el saldo de una deuda.

Estos llamados no rindieron frutos. Pero la culpa de ninguna manera recae sobre los cristianos de aquellas épocas, quienes respondían mucho mejor a las palabras de los Padres de la Iglesia que los cristianos actuales. No es la primera vez en la historia de la humanidad que las condiciones económicas resultan más poderosas que los más bellos discursos.

El comunismo, esta comunidad de consumidores de bienes que proclamaron los primeros cristianos, no podía existir sin el trabajo comunitario de toda la población, la propiedad común de la tierra y los talleres. En la época de los primeros cristianos no era posible iniciar el trabajo comunitario (con medios de producción comunitarios) porque, como ya hemos dicho, el trabajo no lo realizaban los hombres libres, sino los esclavos, marginados de la sociedad. El cristianismo no se propuso abolir la desigualdad entre el trabajo de los hombres, ni entre su propiedad. Por eso fracasaron sus esfuerzos por suprimir la desigualdad en la distribución de bienes. La voz de los Padres de la Iglesia que proclamaba el comunismo fue encontrando cada vez menos eco. Rápidamente esos llamamientos se volvieron más infrecuentes, hasta desaparecer del todo. Los Padres de la Iglesia dejaron de predicar la comunidad y división de los bienes, porque el crecimiento de la comunidad cristiana provocó cambios fundamentales en la propia Iglesia.

IV

Al principio, cuando la comunidad cristiana era pequeña, no existía un clero en el sentido estricto del término. Los fieles de cada ciudad formaban una comunidad religiosa independiente. Elegían un responsable de dirigir el culto y realizar los ritos religiosos. Cualquier cristiano podía ser obispo o prelado. Era una función electiva, susceptible de ser revocada, *ad honorem* y sin más poder que el que la comunidad estaba dispuesta a otorgarle libremente. A medida que el número de fieles aumentaba y las comunidades se volvían más numerosas y ricas, administrar sus negocios y ejercer un puesto oficial se volvió una ocupación que requería mucho tiempo y dedicación. Puesto que los funcionarios no podían realizar estas tareas y dedicarse al mismo tiempo a sus ocupaciones, surgió la costumbre de elegir entre los miembros de la comunidad un eclesiástico que se dedicaba exclusivamente a dichas funciones. Por tanto, estos empleados de la comunidad debían recibir una compensación por dedicarse exclusivamente a los negocios de ésta. Así se formó en el seno de la Iglesia una nueva casta de empleados, separada del común de los fieles: el clero. Paralelamente a la desigualdad entre ricos y pobres, surgió la desigualdad entre clero y pueblo. Los eclesiásticos, elegidos originalmente entre sus iguales para cumplir una función temporaria, se elevaron rápidamente a la categoría de una casta que dominaba al pueblo.

Cuanto más numerosas se volvían las comunidades cristianas en el inmenso Imperio Romano, más sintieron los cristianos, perseguidos por el gobierno, la necesidad de unirse para cobrar fuerzas. Las comunidades, dispersas por todo el territorio del Imperio, se organizaron en una Iglesia única. Esta unificación era ya una unificación del clero y no del pueblo. Desde el siglo IV, los eclesiásticos de las diversas comunidades se reunían en concilios. El primer concilio se reunió en Nicea en el 325. Así se formó el clero, sector aparte y separado del pueblo. Los obispos de las comunidades más fuertes y ricas pasaron a dominar los concilios. Es por eso que el obispo de Roma se colocó rápidamente a la cabeza del conjunto de la cristiandad y se convirtió en Papa. Así surgió un abismo entre el pueblo y el clero dividido jerárquicamente.

Al mismo tiempo, las relaciones económicas entre el pueblo y el clero sufrieron cambios profundos. Antes de la creación de esta orden, todo lo que los miembros ricos de la Iglesia aportaban al fondo común era propiedad de los pobres. Después, gran parte de los fondos empezaron a ser utilizados para pagarle al clero que administraba la Iglesia. Cuando, en el siglo IV, el gobierno comenzó a proteger a los cristianos y a reconocer que su religión era la dominante, cesaron las persecuciones, los ritos ya no se celebraron en catacumbas ni en casas modestas, sino en iglesias de una magnificencia cada vez mayor. Estos gastos redujeron aun más las sumas destinadas a los pobres. Ya en el siglo V, los haberes de la Iglesia se dividían en cuatro partes: una para el obispo, la segunda para el clero inferior, la tercera para la manutención de la Iglesia y la cuarta para su distribución entre los pobres. Así pues, toda la población cristiana pobre recibía una suma igual a la que el obispo tenía para él solo.

Con el paso del tiempo se perdió la costumbre de asignar a los pobres una suma determinada de antemano. Por otra parte, a medida que aumentaba la importancia del clero superior, los fieles perdían el control sobre las propiedades de la Iglesia. Los obispos dispensaban limosna a los pobres a voluntad. El pueblo recibía limosna de su propio clero. Y eso no es todo. En los comienzos de la cristiandad, los fieles hacían ofrendas según su buena voluntad. A medida que la religión cristiana se convertía en religión de Estado, el clero exigía que tanto los pobres como los ricos hicieran aportes. Desde el siglo VI, el clero impuso un impuesto especial, el diezmo (la décima parte de la cosecha) a pagar a la Iglesia. Este impuesto cayó como una carga pesadísima sobre las espaldas del pueblo; en la Edad Media se convirtió en un verdadero infierno para los campesinos oprimidos por la servidumbre. Este

diezmo se imponía a cada pedazo de tierra, a cada propiedad. Pero era el siervo quien lo pagaba con su trabajo. Así, los pobres no sólo perdieron el socorro y la ayuda de la Iglesia, sino que vieron cómo los curas se aliaban a los demás explotadores: los príncipes, nobles y prestamistas. En la Edad Media, mientras la servidumbre reducía al pueblo trabajador a la pobreza, la Iglesia se enriquecía cada vez más. Además del diezmo y otros impuestos, la Iglesia se benefició en este periodo con grandes donaciones, legados de libertinos ricos de ambos sexos, quienes a último momento querían pagar por su vida pecaminosa. Entregaban a la Iglesia dinero, casas, aldeas enteras con sus siervos y a menudo la renta de las tierras y los impuestos en trabajo (corvea).

De esta manera, la Iglesia adquirió riquezas enormes. Al mismo tiempo, el clero dejó de ser el «administrador» de la riqueza que la Iglesia le había confiado. En el siglo XII, declaró abiertamente en una ley —que, dijo, provenía de las Sagradas Escrituras—, que la riqueza de la Iglesia no pertenece a los pobres sino al clero y, sobre todo, a su jefe, el Papa. Por tanto, los puestos eclesiásticos eran la mejor posibilidad de gozar de una buena renta. Cada eclesiástico disponía de la propiedad de la Iglesia como si fuera propia y la legaba a sus propios parientes, hijos y nietos. Así se consumó el pillaje de los bienes de la Iglesia, que quedaron en manos de los familiares de los clérigos. Por esa razón, los papas se proclamaron soberanos de la fortuna de la Iglesia y ordenaron el celibato sacerdotal, para impedir la dispersión de su patrimonio. El celibato se decretó en el siglo XI, pero, debido a la oposición del clero, no consiguió imponerse sino hasta el siglo XIII. Para impedir aún más la dispersión de la riqueza de la Iglesia, en 1297 el Papa Bonifacio VIII prohibió a los eclesiásticos entregar sus rentas a legos sin permiso papal. Así, la Iglesia llegó a acumular riquezas inmensas, sobre todo en tierras fértiles, y el clero de los países cristianos se convirtió en el más rico de los propietarios terratenientes. ¡En algunos casos poseía un tercio o más de todas las tierras del país!

Los campesinos no sólo pagaban impuestos en trabajo (corvea), sino también el diezmo, en tierras de príncipes y nobles y en las tierras inmensas pertenecientes a obispos, arzobispos, párrocos y conventos. Entre los señores feudales más poderosos, la Iglesia apareció como el más grande explotador. Por ejemplo, en Francia, a fines del siglo XVIII, antes de la Gran Revolución, el clero era dueño de la quinta parte de las tierras del país, con una renta anual de aproximadamente cien millones de francos. Los diezmos sumaban veintitrés millones. Con esta suma engordaban a 2,800 prelados y obispos,

5,600 superiores y priores, 60 mil párrocos y curas y a los 24 mil monjes y 36 mil monjas que poblaban los conventos. Este ejército de curas estaba exento del pago de impuestos y del servicio militar. En momentos de «calamidades» —guerra, mala cosecha, epidemia— la Iglesia pagaba al fisco un impuesto «voluntario» que jamás excedía los 16 mil francos.

El clero privilegiado formaba con la nobleza una clase dominante que vivía de la sangre y el sudor de los siervos. La jerarquía eclesiástica, los puestos mejor pagados, sólo estaban al alcance de los nobles y quedaban en manos de la nobleza. A consecuencia de ello, en la época de la servidumbre, el clero fue el aliado fiel de la nobleza, la apoyaba y la ayudaba a oprimir al pueblo, al que no le daba más que sermones donde lo exhortaba a ser humilde y resignarse a su suerte. Cuando el proletariado rural y urbano se alzaba contra la opresión y la servidumbre, encontraba en el clero un enemigo feroz. Es cierto que en el seno de la propia Iglesia existían dos clases: el clero superior, que absorbía toda la riqueza, y la gran masa de curas rurales, cuyos modestos ingresos no sumaban más de doscientos a quinientos francos al año. Esta clase sin privilegios se alzaba contra el clero superior, y en 1789, durante la Gran Revolución, se unió al pueblo para luchar contra el poder de la nobleza secular y eclesiástica.

V

Así se fueron modificando las relaciones entre la Iglesia y el pueblo en el curso de los siglos. La cristiandad se inició como mensaje de consuelo para los desheredados y oprimidos. Creó una doctrina para combatir la desigualdad social y el antagonismo entre ricos y pobres; enseñó la comunidad de la riqueza. Pero este templo de igualdad y fraternidad no tardó en convertirse en fuente de nuevos antagonismos sociales. Al abandonar la lucha contra la propiedad privada que habían librado los primeros apóstoles, el clero se dedicó a amasar fortunas; se alió a las clases poseedoras que vivían de la explotación de las masas trabajadoras. En épocas feudales la Iglesia era miembro de la clase dominante, la nobleza, y defendía con pasión su poder contra la revolución. A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, los pueblos de Europa central liquidaron la servidumbre y los privilegios de la nobleza. En ese momento, la Iglesia se volvió a aliar con las clases dominantes: la burguesía industrial y comercial. Hoy la situación es distinta y el clero ya no posee grandes extensiones de tierras, pero tiene capitales a los que trata de

hacer productivos mediante la explotación del pueblo en el comercio y la industria, como hacen los capitalistas.

La Iglesia Católica de Austria posee, según sus propias cifras, un capital de más de 813 millones de coronas, de las cuales 300 millones consisten en tierras cultivables, 387 millones en bonos y 70 millones en deudas de industriales y comerciantes. De esa manera, la Iglesia se ha adaptado a los tiempos modernos, transformándose de señor feudal en capitalista de la industria y el comercio. Al igual que antes, colabora con la clase que se enriquece a costillas del proletariado rural e industrial.

Este cambio es más notable aún en la organización de los conventos. En algunos países, como Alemania y Rusia, los claustros católicos se cerraron hace mucho tiempo. Pero donde todavía existen, como en Francia, Italia y España, todo corrobora el papel importantísimo que desempeña la Iglesia en el régimen capitalista.

En la Edad Media los conventos eran refugios del pueblo, que se guarecía allí de la crueldad de señores y príncipes; encontrando alimentos y protección en casos de extrema pobreza. Los claustros no negaban pan y alimentos a los hambrientos. No debemos olvidar que la Edad Media no conocía el comercio que es corriente en nuestros días. Cada granja y cada convento producía en abundancia lo que necesitaba, gracias al trabajo de siervos y artesanos. Sucedía a menudo que las reservas no encontraban salida. Cuando había excedente de grano, vegetales, leña, éste carecía de valor. No había comprador y no todos los productos podían conservarse. En estos casos, los conventos proveían generosamente a las necesidades de los pobres, dándoles en el mejor de los casos una pequeña porción de lo que les habían sacado a sus siervos. (Ésta era la costumbre de la época y casi todas las fincas de la nobleza hacían lo mismo). Para los conventos, esta benevolencia era una fuente de ganancias; con su reputación de abrir sus puertas a los pobres, recibían grandes regalos y herencias de los ricos y poderosos.

Con el surgimiento del capitalismo y la producción para el comercio, cada producto adquirió un precio y se volvió intercambiable. En ese momento se acabaron las buenas acciones de los conventos, las casas de los señores y la Iglesia. El pueblo perdió su último refugio. Ésta es una de las razones por las que, en los inicios del capitalismo, en el siglo XVIII, cuando los obreros aún no se habían organizado para defender sus intereses, apareció una pobreza tan impresionante que parecía que la humanidad había regresado a la decadencia del Imperio Romano. Pero si la Iglesia Católica de los viejos tiempos trató de ayudar al proletariado romano predicando el comunismo, la igualdad y la

fraternidad, en la etapa capitalista actuó de manera completamente distinta. Trató sobre todo de sacar ganancias de la pobreza del pueblo, como mano de obra barata. Los conventos se convirtieron en infiernos de explotación capitalista, que además hacían trabajar a mujeres y niños. El juicio contra el Convento del Buen Pastor de 1903 en Francia fue un ejemplo notable de estos abusos. Había niñas de doce, diez y nueve años obligadas a trabajar en condiciones abominables, arruinando su vista y su salud, mal alimentadas y sometidas a un régimen carcelario.

En la actualidad, casi todos los conventos franceses están cerrados y la Iglesia ya no tiene posibilidad de explotar directamente. De igual modo, el diezmo, azote de los campesinos, fue abolido hace mucho. Ello no le impide al clero exprimirle dinero a la clase obrera mediante otros métodos, sobre todo misas, casamientos, entierros y bautismos. Y los gobiernos que apoyan al clero obligan al pueblo a pagarle tributo. Además, en todos los países —salvo Estados Unidos y Suiza, donde la religión es un asunto personal—, la Iglesia le saca al Estado sumas enormes que provienen, obviamente, del trabajo del pueblo.

En Francia, por ejemplo, los gastos del clero suman cuarenta millones de francos anuales.

En síntesis, el trabajo de millones de explotados garantiza la existencia de la Iglesia, el gobierno y la clase capitalista. Las estadísticas de los ingresos de la Iglesia, antes refugio de los pobres, en Austria-Hungría, dan una idea de su riqueza. Hace cinco años (o sea, en 1900), sus ingresos anuales sumaban sesenta millones de coronas, y sus gastos no excedían los 35 millones. Así, en un año «ahorraba» veinticinco millones, a costa del sudor y la sangre de los trabajadores. He aquí algunos detalles sobre esa suma:

El Arzobispado de Viena, con un ingreso anual de trescientas mil coronas y gastos no mayores de la mitad de esa suma, «ahorró» 150 mil. El capital fijo de ese arzobispado suma alrededor de siete millones de coronas. El Arzobispado de Praga posee un ingreso de más de medio millón y gastos de alrededor de trescientos mil; su capital es de casi once millones. El Arzobispado de Olomuc tiene ingresos de más de medio millón y gastos por alrededor de cuatrocientos mil. Su fortuna asciende a catorce millones. El clero inferior, que tanto se lamenta de su pobreza, explota a la población en igual medida. Los ingresos anuales de los párrocos austríacos suman más de 35 millones, los gastos sólo 21 millones y como resultado los «ahorros» de los curas párrocos suman catorce millones anuales. Las propiedades parroquiales ascienden a más de 450 millones. Por último, hace cinco años los

conventos recibían, deducidos los gastos, un «ingreso neto» de cinco millones anuales. Estas riquezas aumentan con los años… a la par la pobreza de los trabajadores explotados por el capitalismo y el Estado. En nuestro país y en todos los demás, la situación es idéntica a la de Austria-Hungría.

VI

Después de haber pasado revista a la historia de la Iglesia, no puede sorprendernos que el clero apoye al zar y a los capitalistas contra los obreros revolucionarios que luchan por un futuro mejor. Los obreros conscientes, organizados en el Partido Socialdemócrata, luchan por convertir la idea de la igualdad social y la fraternidad entre los hombres —que alguna vez fue la causa de la Iglesia cristiana— en una realidad.

Pero si la igualdad resultó irrealizable en una sociedad basada en la esclavitud o la servidumbre, en cambio puede realizarse en nuestra época de capitalismo industrial. Lo que los apóstoles cristianos no lograron con encendidos discursos contra el egoísmo de los ricos, lo pueden lograr en un futuro cercano los proletarios modernos, los obreros conscientes de su situación como clase, conquistando el poder político en todos los países, y arrancando las fábricas, las tierras y todos los medios de producción de manos de los capitalistas para convertirlos en propiedad común de los trabajadores. El comunismo por el que luchan los socialdemócratas no consiste en dividir entre los mendigos, los ricos y los ociosos la riqueza producida por esclavos y siervos, sino en el trabajo comunitario honesto y el goce de los frutos comunes de dicho trabajo. El socialismo no es la generosidad de los ricos con los pobres, sino la abolición total de las diferencias entre ricos y pobres, que obligue a todos a trabajar según su capacidad mediante la abolición de la explotación del hombre por el hombre.

Para implantar el orden socialista, los obreros se organizan en el partido obrero, el Partido Socialdemócrata, que persigue este fin. Y es por ello que la socialdemocracia y el movimiento obrero suscitan el odio feroz de las clases poseedoras que viven a costillas de los trabajadores.

Las inmensas riquezas que la Iglesia amasa sin esfuerzo provienen de la explotación y pobreza del pueblo trabajador. La riqueza de arzobispos y obispos, conventos y parroquias, la riqueza de los dueños de las fábricas y de los comerciantes y terratenientes, se consigue al precio de los esfuerzos inhumanos de los obreros urbanos y rurales. ¿Cuál puede ser el origen de los donativos y las herencias que los señores ricos dejan a la Iglesia? No es,

obviamente, el trabajo de sus manos ni el sudor de sus frentes, sino la explotación de los obreros que trabajan para ellos; siervos ayer, obreros asalariados hoy. Además, la subvención que el Estado le otorga al clero proviene en su mayor parte de los impuestos que pagan las masas populares. El clero, al igual que la clase capitalista, vive a costillas del pueblo, lucrando con su degradación, ignorancia y opresión. El clero y los parásitos capitalistas odian a la clase obrera organizada, consciente de sus derechos, que lucha por la conquista de sus libertades. La destrucción del desgobierno capitalista y la instauración de la igualdad entre los hombres serían un golpe mortal para el clero, que subsiste debido a la explotación y la pobreza. Pero, sobre todas las cosas, el socialismo quiere garantizarle a la humanidad la felicidad real y honesta acá abajo, educar lo más posible al pueblo y asegurarle el primer puesto en la sociedad. Los sirvientes de la Iglesia temen esta felicidad como a la plaga.

Los capitalistas moldearon a martillazos los cuerpos de los trabajadores, forjaron sus cadenas de pobreza y esclavitud. Además, para ayudar a los capitalistas y servir a sus propios intereses, el clero encadena la mente del pueblo a la más crasa ignorancia, porque sabe bien que la educación significaría el fin de su poder. Así, el clero falsifica las primeras enseñanzas del cristianismo, cuyo objeto era brindar la felicidad terrena a los humildes, y trata de convencer a los trabajadores de que el sufrimiento y la degradación que soportan no son producto de una estructura social defectuosa, sino de la voluntad del cielo y de la «providencia». Así, la Iglesia mata la esperanza del obrero, su fuerza, su deseo de un futuro mejor, su fe y su amor propio. Los curas de hoy, con sus enseñanzas falsas y venenosas, perpetúan la ignorancia y degradación del pueblo. He aquí algunas pruebas irrefutables.

En países donde el clero católico ejerce gran poder sobre la mente de las masas, por ejemplo, en España e Italia, el pueblo está sumido en la más profunda ignorancia. Florecen allí la bebida y el crimen. Por ejemplo, comparemos las provincias alemanas Bavaria y Sajonia. Bavaria es una provincia agrícola cuya población sufre la influencia preponderante del clero católico. Sajonia es una provincia industrializada donde los socialdemócratas desempeñan un gran papel en la vida de los trabajadores y ganan las elecciones parlamentarias en la mayoría de los distritos, una de las razones por las que la burguesía odia esta provincia «roja». ¿Y con qué nos encontramos? Las estadísticas oficiales demuestran que la cantidad de crímenes cometidos en la Bavaria ultracatólica es mucho más elevada que en la «Sajonia roja». En 1898, de cada cien mil habitantes, observamos:

Crimen	Bavaria	Sajonia
Robo a mano armada	204	185
Asalto calificado	296	72
Perjurio	4	1

La situación es casi idéntica cuando comparamos Possen, dominada por los curas, con Berlín, donde la influencia de los socialdemócratas es mayor. En Possen, en el curso de un año, vemos 232 casos de asalto calificado por cada cien mil habitantes, en Berlín sólo 172.

En la ciudad papal de Roma, en un solo mes de 1869 (penúltimo año del poder temporal del Papa), se dictaron las siguientes condenas: 279 por homicidio, 728 por asalto calificado, 297 por robo y 21 por incendio. Estos son los resultados del dominio del clero sobre el pueblo.

Esto no significa que el clero incite al pueblo al crimen. Todo lo contrario: en sus sermones, los curas denuncian el hurto, el robo y la embriaguez. Pero los hombres no hurtan, roban ni se emborrachan porque les guste. Lo hacen por su pobreza o ignorancia. Por lo tanto, el que perpetúa la ignorancia y pobreza del pueblo, el que aplasta su energía y voluntad para salir de esa situación, el que pone obstáculos en el camino de quienes quieren educar al proletariado, es tan responsable de los crímenes como si fuese su cómplice.

La situación era parecida hasta hace poco en las zonas mineras de la Bélgica católica. Los socialdemócratas fueron allá. Por todo el país resonó su vigoroso llamado a los obreros, infelices y degradados: «¡Obrero, levántate! ¡No robes, no bebas, no desesperes, no agaches la cabeza! ¡Únete a tus hermanos de clase en la organización, lucha contra los explotadores que te maltratan! ¡Saldrás de la pobreza, serás un hombre!».

Así, en todas partes los socialdemócratas levantan al pueblo y fortalecen a quienes han perdido las esperanzas, unen a los débiles en una poderosa organización. Abren los ojos de los ignorantes y les enseñan el camino de la igualdad, la libertad y el amor al semejante.

En cambio, los servidores de la Iglesia sólo llevan al pueblo palabras de humillación y desaliento. Si Cristo reapareciera hoy sobre la tierra, seguramente atacaría a los curas, obispos y arzobispos que defienden a los ricos y explotan a los desgraciados, como antes atacó a los mercaderes, a los que echó del templo para que su sucia presencia no manchara la Casa del Señor.

Por eso se libra una batalla sin cuartel entre el clero, sostén de la opresión, y los socialdemócratas, heraldos de la liberación. Se puede considerar este

combate como si lo libraran la noche oscura y el sol naciente. Porque al no poder combatir al socialismo con la inteligencia y la verdad, los curas tienen que recurrir a la violencia y la maldad. Estos judas calumnian a quienes despiertan la conciencia de clase. Con mentiras y calumnias tratan de manchar la memoria de quienes dieron sus vidas por la causa obrera. Estos sirvientes y adoradores del becerro de oro apoyan y aplauden los crímenes del gobierno zarista y defienden el trono de este déspota que oprime al pueblo como otro Nerón.

¡Pero se agitan ustedes en vano, siervos degenerados de Cristo convertidos en siervos de Nerón! En vano ayudan ustedes a quienes nos asesinan, en vano protegen a los explotadores del proletariado bajo el signo de la cruz. Sus crueldades y calumnias no pudieron impedir en el pasado el triunfo de la idea cristiana, idea que hoy ustedes han sacrificado al becerro de oro: hoy sus esfuerzos no impedirán la marcha del socialismo. Hoy los paganos son ustedes, con sus mentiras y enseñanzas, y nosotros quienes predicamos entre los pobres y explotados la fraternidad y la igualdad. Somos nosotros quienes marchamos a la conquista del mundo, como antes aquél que dijo que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos.

VII

Dos palabras para terminar. El clero posee dos armas para combatir a la socialdemocracia. En los lugares en que el movimiento obrero apenas empieza a cobrar fuerza, como es el caso de nuestro país, donde las clases poseedoras tienen la esperanza de aplastarlo, el clero combate a los socialistas con sermones, calumniándolos y denunciando la «codicia» de los trabajadores. Pero en los países donde hay libertades democráticas y el partido obrero es fuerte, como en Alemania, Francia, Holanda, el clero recurre a otros métodos. Oculta sus verdaderos propósitos y, en vez de enfrenarse a los obreros como enemigo, se les acerca como falso amigo. Así, se puede ver a los curas organizando sindicatos «cristianos», para capturar a los obreros, como peces en la red, en la trampa de esos falsos sindicatos donde se enseña mansedumbre, a diferencia de las organizaciones socialdemócratas, cuyo objetivo es que los obreros luchen y se defiendan.

Cuando el gobierno zarista caiga bajo los golpes del proletariado revolucionario de Polonia y Rusia, cuando la libertad política se imponga en nuestro país, veremos al mismísimo arzobispo Popiel y a los curas, que hoy

despotrican contra los activistas, empezar repentinamente a organizar a los obreros en asociaciones «cristianas» y «nacionales», para engañarlos. Ya vemos los comienzos de la actividad solapada de la «democracia nacional», que asegura a los curas su colaboración futura y los ayuda hoy a calumniar a los socialdemócratas.

Por eso los obreros deben estar advertidos del peligro, para no permitir que los engañen con palabras melosas, en la mañana de la victoria de la revolución, los que hoy desde el púlpito osan defender al gobierno zarista, que mata obreros, y al aparato represivo del capital, causa principal de la pobreza del proletariado.

Para defenderse en la actualidad del antagonismo del clero durante la revolución y contra su falsa amistad de mañana, después de la revolución, es necesario que los obreros se organicen en el Partido Socialdemócrata.

Y ésta es la respuesta a los ataques del clero: la socialdemocracia de ninguna manera combate los credos religiosos. Por el contrario, exige total libertad de conciencia para todo individuo, y la mayor tolerancia para cada fe y opinión. Pero, desde el momento en que los curas utilizan el púlpito como medio de lucha política contra la clase obrera, los obreros deben combatir a los enemigos de su derecho y su liberación. Porque el que defiende a los explotadores y el que ayuda a perpetuar este régimen de miseria es el enemigo mortal del proletariado, ya vista sotana o uniforme de la policía[3].

EN EL ALBERGUE

El siguiente artículo fue publicado originalmente en la revista socialista dirigida a las mujeres, Igualdad, dirigida por Clara Zetkin, en enero de 1912.

El ambiente festivo de nuestra capital imperial se ha visto súbitamente turbado. Las almas piadosas estaban aún entontando la canción tradicional Feliz navidad, navidad bendita, cuando corrió la noticia de que un envenenamiento masivo de indigentes acababa de producirse en el albergue de la ciudad. Sus víctimas habían sido jóvenes y viejos por igual: el empleado Joseph Geihe de 21 años; el obrero Karl Melchior de 47; Lucian Szczyptierowski de 65, etc. Cada día aparecían más nombres de indigentes víctimas del envenenamiento. La muerte los halló en todas partes: en el albergue, en la prisión, en los salones con calefacción o simplemente en la calle, acurrucados en cualquier rincón. Antes que el año nuevo llegara entre campanadas, 150 personas se retorcían de agonía y setenta habían sido bendecidas.

El modesto edificio de la calle Froebel, que habitualmente todo el mundo rehúye, ha concentrado en estos días la atención general. ¿Qué causó este envenenamiento en masa? ¿Fue acaso una epidemia o una intoxicación provocada por alimentos en mal estado? La policía se apresura a tranquilizar al público. No se trataba de una enfermedad contagiosa, ni de nada que presentara peligro alguno para la población decente y las gentes distinguidas de la ciudad. No habían muerto más que los *habitués* del albergue que, con ocasión de la fiesta de Navidad, habían ingerido arenques podridos o aguardiente adulterado, adquiridos «a precio de ganga». Pero ¿de dónde sacaron las víctimas esos arenques putrefactos? ¿Se los habían comprado a un pescadero ambulante o los habían recogido de los montones de basura del mercado? Esta hipótesis fue inmediatamente descartada, por la sencilla razón de que los desechos de los mercados no son un bien sin dueño del que se puede apropiar el primer vagabundo que llega, como podrían creerlo los ingenuos que ignoren las normas de la economía política. Estos desechos se recolectan y se venden a grandes empresas, que, tras desinfectarlos y molerlos

cuidadosamente, los utilizan para el engorde de puercos. Agentes de policía patrullan los mercados para evitar que los vagabundos se lleven sin autorización el alimento de los puercos, para comérselo ellos mismos, así, sin desinfectar y sin moler. Era, pues, imposible que los indigentes hubieran recogido su festín de Navidad entre los montones de basura de los mercados. Por eso la policía buscaba a un vendedor ambulante o un cantinero que les hubiera vendido los arenques podridos o aguardiente adulterado, causantes del envenenamiento.

En toda su vida, ni Joseph Gehie ni Karl Melchior ni Lucian Szczyptierowski habían atraído tanta atención como hoy. Ahora tienen el honor de que los médicos de las Comisiones Reales hurguen personalmente en sus intestinos. El contenido de sus estómagos, que tan poco había preocupado al mundo hasta entonces, ahora se examina minuciosamente y se discute apasionadamente en la prensa. Los periódicos anuncian que diez de esos señores se ocupan en preparar cultivos del bacilo, causa del envenenamiento. Por otro lado, el mundo quiere saber exactamente dónde fue que cayó enfermo cada uno de esos miserables; ¿en el establo, donde la policía encontró muerto a uno de ellos, o en el albergue donde había pasado la noche? Lucían Szczyptierowski se ha convertido de pronto en un personaje importante y seguramente estaría orgullosísimo, si no fuera en este momento un cadáver pestilente en la mesa de disección.

Sí, el emperador mismo —que ¡bendito sea Dios!, está a salvo de estos males, gracias al aumento de tres millones de marcos que, debido a la carestía de la vida, se han añadido al sueldo que recibe en calidad de rey de Prusia—, el emperador mismo pide insistentemente noticias de los envenenados que están siendo tratados en el hospital municipal. Y su digna esposa expresa, con ternura femenina, a través del chambelán von Winterfeldt, sus condolencias al señor alcalde Kirschner. Es cierto que el alcalde Kirschner no comió de ese arenque, a pesar de su buen precio, y que él y su familia gozan de excelente salud. Tampoco es, que sepamos, pariente o amigo de Joseph Gehie o de Lucian Szczyptierowski. Pero ¿a quién si no debía trasmitir el señor chambelán von Winterfeldt las condolencias de la emperatriz? Evidentemente no podía darle el pésame de su majestad a los restos de cadáveres que yacen sobre la mesa de disección. En cuanto a sus familiares, nadie sabe quiénes son. ¿Cómo ubicarlos en las tabernas, los hospicios, las zonas rojas, o las fábricas y las minas donde trabajan? Por eso el alcalde Kirschner acepta en su nombre las condolencias de la emperatriz, lo que le da fuerzas para soportar estoicamente el dolor… de los deudos de Szczyptierowski.

Ante la catástrofe, también los concejales de la ciudad dieron pruebas de una viril sangre fría. Hicieron investigaciones. Redactaron informes cubriendo de tinta innumerables fojas de papel. En todo momento mantuvieron la cabeza en alto y, pese la agonía en que otros hombres se debatían, conservaron el valor, con el estoicismo con que los héroes antiguos enfrentaban su propia muerte.

Y, sin embargo, el suceso puso una nota discordante en la vida pública. Habitualmente, nuestra sociedad conserva cierta decencia exterior. Observa la honorabilidad, el orden y buenas costumbres. Es cierto que hay lagunas o imperfecciones en la estructura y en la vida del Estado, pero… ¿no tiene acaso manchas el mismo Sol? Y, aquí abajo, ¿existe alguna cosa que sea perfecta? Los obreros mismos —al menos los mejor pagados, los que están sindicalizados—, creen de buena fe que el proletariado debe conducir su existencia y su lucha dentro de los límites de la honorabilidad y la compostura. ¿Acaso la miseria no ha sido ya refutada como una teoría sombría? Todos saben bien que existen albergues, mendigos, prostitutas, soplones, criminales y otros malos elementos… pero en general se piensa en ellos como en algo lejano, que existe en alguna parte, lejos de la sociedad propiamente dicha.

Entre la clase obrera «decente» y sus parias se levanta un muro, y rara vez se piensa en los miserables que, del otro lado, se arrastran en el estiércol. Pero, de pronto, algo sucede, y es como si, en un círculo de gentes bien educadas, amables y distinguidas, alguien descubriera por casualidad, en medio de los muebles caros y bellos, las huellas de un crimen abominable. Bruscamente, un horrible espectro le arranca a nuestra sociedad su máscara de compostura, revelando que su honorabilidad no es más que el maquillaje de la prostituta. Bruscamente se releva que la superficie brillante de la civilización cubre un abismo de miseria, de sufrimiento y de barbarie, y surgen imágenes verdaderamente infernales de criaturas humanas hurgando en los montones de basura en busca de desechos y retorciéndose en los horrores de la agonía. Y así, agonizando, se les ve exhalar un último aliento pestilente.

Y el muro que nos separa de este siniestro reino de sombras se muestra de pronto como un simple decorado de papel.

¿Quiénes eran estos *habitués* del albergue nocturno envenenados por el arenque podrido o el aguardiente adulterado? Un dependiente de almacén, un albañil, un tornero, un herrero… obreros, obreros, nada más que obreros. ¿Y quiénes son las víctimas anónimas que la policía no ha podido identificar?

Son siempre obreros, nada más que obreros… o, en todo caso, lo eran hasta ayer.

Y, en efecto, ningún obrero está seguro contra el albergue o el arenque podrido. Si hoy uno está vigoroso y es honesto y trabajador, ¿qué será de él si mañana no lo reciben en su puesto de trabajo, por haber alcanzado el fatal límite de edad o porque su patrón lo considera inutilizable? ¿Qué será de su vida si mañana cae víctima de un accidente que haga de él un inválido, un mendigo?

Se dice que los pobres fracasados del albergue no son más que malos elementos, viejos con demencia senil o delincuentes juveniles, gente con tendencias anormales o sin juicio. Es posible, pero los malos elementos de las clases superiores no caen nunca en el albergue; ellos van a dar a sanatorios privados o a las colonias, donde puedan satisfacer con toda libertad sus perversos instintos a costa de los negros y las negras. Cuando las reinas y grandes duquesas ancianas pierden sus facultades mentales, pasan el resto de sus días en suntuosos palacios, rodeadas de una muchedumbre de respetuosos servidores. Al viejo sultán Abdul Hamid[4], ese monstruo vil sobre cuya consciencia pesan millares y millares de víctimas, y cuyos innumerables crímenes y excesos sexuales le han entorpecido los sentidos, la sociedad le tiene deparada, como último refugio, una espléndida villa con jardines magníficos, cocineros de primer orden y un harem de mujeres florecientes, de doce años en adelante. Para el joven criminal Prosper von Arenberg[5], una prisión confortable, bien provista de *champagne*, de ostras y de alegre compañía. Para los príncipes de instintos pervertidos, la indulgencia de los tribunales, la abnegación de esposas heroicas y el dulce consuelo de una buena y añeja cava. Para la viuda de Olsztyn[6], que tiene sobre su consciencia un asesinato y un suicidio, una confortable existencia burguesa, retretes de seda y la discreta simpatía de la sociedad.

Pero los viejos proletarios, cuyo espíritu se ha debilitado por la edad, el trabajo y las privaciones, revientan como los perros de Constantinopla, en las calles, contra las bardas, en los albergues o en el arroyo, y a su lado se encuentra por todo legado una cola de arenque podrido. La división de clases se prolonga cruelmente más allá de la locura, más allá del crimen, más allá de la muerte. Para la canalla aristocrática: indulgencia de la sociedad y gozos hasta el último sorbo. Para el Lázaro proletario: el hambre y el bacilo de la muerte en los montones de basura.

Así se cierra el círculo de la existencia proletaria en la sociedad capitalista. Apenas sale de la infancia, el proletario comienza a trabajar,

abnegado y honesto, al servicio paciente y rutinario del capital. La cosecha del oro se acumula, por millones y decenas de millones, en los graneros de los capitalistas. Una ola de riquezas a cual más formidables se vierte en los bancos y la Bolsas de Valores. Y mientras, los obreros, en masas grises y silenciosas, salen de las fábricas y las construcciones como entraron en ellas por la mañana: como eternos vendedores de la única mercancía que poseen, su propio pellejo.

De tiempo en tiempo, un accidente o un fenómeno climático los barre de la superficie de la tierra por docenas y por centenares. Una mención en el periódico, una cifra redondeada, dan noticia somera del accidente. Al cabo de algunos días se les ha olvidado y su último suspiro se apaga entre el jadeo y las trepidaciones de la carrera por las ganancias. Al cabo de algunos días, nuevas decenas y nuevos centenares han ocupado ya sus puestos bajo el yugo del capital.

De tiempo en tiempo sobreviene una crisis, semanas y semanas de paro, de lucha desesperada con el hambre. Si el obrero balancearse en la cuerda floja, conserva su empleo, feliz de poder tender de nuevo los músculos y los nervios al servicio del capital.

Pero sus fuerzas disminuyen poco a poco. Un periodo prolongado de desempleo, un accidente, la vejez que se aproxima, o un motivo cualquiera… y he aquí al obrero obligado a aceptar la primera ocupación que encuentra. Pierde su profesión y cae cada vez más bajo, irremediablemente. Pronto el azar domina su existencia, la desgracia lo persigue. La carestía de la vida lo golpea cada vez más duro. La energía que despliega constantemente en la lucha por un trozo de pan termina por relajarse; su amor propio desaparece y he aquí que pronto se encuentra ante la puerta del albergue, cuando no en la prisión.

Cada año, millares de existencias proletarias caen así de las condiciones normales de la clase obrera para hundirse en la oscuridad de la miseria. Se hunden sin ruido, como un sedimento sobre el suelo de la sociedad, como sustancias inútiles de las que el capital no puede sacar ya ningún provecho: igual que un montón de basura humana que la sociedad barre despiadadamente con su escoba de hierro. El brazo de la ley, el hambre y el frío proceden aquí con total libertad. Y, al final, la sociedad burguesa tiende a sus parias la copa de veneno que los hace desaparecer.

> La indigencia —dice Karl Marx en *El capital*— es el asilo de inválidos del ejército activo del trabajo y el peso muerto del ejército industrial de

reserva… junto con éste, constituye una de las condiciones de existencia de la producción capitalista y del desarrollo de la riqueza…

Cuanto mayores sean la riqueza social, el capital en funciones, y la extensión e intensidad de su crecimiento; cuanto mayores sean, por tanto, el volumen absoluto del proletariado y la fuerza productiva de su trabajo, mayor será también el ejército industrial de reserva… Por lo tanto, la magnitud relativa del ejército industrial de reserva crece a medida que crecen las potencias de la riqueza… Tal es la ley absoluta, general, de la acumulación capitalista[7].

Lucian Szczyptierowski, que murió en la calle envenenado por un arenque podrido, pertenece al proletariado, tanto como el obrero calificado que recibe buen salario, compra postales de año nuevo y lleva un reloj de cadena dorada. El albergue de indigentes y las celdas de detención son los pilares que sostienen a la sociedad actual, junto al palacio del canciller del Reich y la Banca de Alemania, tal como el festín de arenque podrido y de aguardiente adulterado en el albergue es la contraparte invisible del caviar y del *champagne* en la mesa del millonario. En vano buscarán los señores de las comisiones médicas en el microscopio el germen mortal en los intestinos de los envenenados y preparar líquidos de cultivo. El verdadero bacilo del que han muerto los indigentes del albergue es la sociedad capitalista con sus cultivos.

Cada día los indigentes mueren de hambre y de frío. Nadie se ocupa de ellos, salvo el parte cotidiano de la policía. La emoción que este hecho banal provocó esta vez se explica únicamente por su carácter masivo. Pues es sólo cuando su miseria adquiere un carácter de masa que el proletario puede obligar a la sociedad a interesarse en él. Hasta los indigentes que habitualmente se tomarían por un simple montón de cadáveres adquieren, cuando se vuelven masa, verdadera importancia pública.

Normalmente, un cadáver es una cosa muda, sin la menor importancia. Pero hay cadáveres que hablan más alto que las trompetas e iluminan más que las antorchas. Después de la insurrección del 18 de marzo de 1848, los obreros de Berlín llevaron en brazos los cadáveres de sus hermanos caídos ante el palacio real y obligaron al despotismo a inclinarse ante sus víctimas. Ahora se trata de levantar en nuestros brazos, nuestros millones de brazos proletarios, los cadáveres de los indigentes de Berlín envenenados, que son carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, y de enarbolarlos en la nueva jomada de lucha que se abre ante nosotros, al grito mil veces repetido de «¡Abajo el orden social infame que engendra estos horrores!»[8].

EL VOTO FEMENINO Y LA LUCHA DE CLASES

El siguiente es el discurso que Rosa Luxemburg pronunció en las II Jornadas de Mujeres Socialdemócratas, el 12 de mayo de 1912.

«¿Por qué no hay organizaciones de mujeres trabajadoras en Alemania? ¿Por qué se sabe tan poco del movimiento de mujeres obreras?». Con estas palabras, Emma Ihrer, una de las fundadoras del movimiento de mujeres proletarias de Alemania, introducía en 1898 su obra *Las obreras en la lucha de clases*. Apenas han transcurrido catorce años desde entonces y el movimiento de mujeres proletarias ha experimentado una gran expansión. Más de ciento cincuenta mil trabajadoras sindicalizadas constituyen el núcleo más activo de la lucha económica del proletariado. Muchos miles de mujeres políticamente organizadas se han formado tras la bandera de la socialdemocracia: el órgano de las mujeres socialdemócratas [Die *Gleichheit* (La igualdad), editado por Clara Zetkin] tiene más de cien mil suscriptoras; el voto femenino es uno de los puntos vitales del programa de la socialdemocracia.

Pero es posible que precisamente estos datos lleven a algunos a subestimar la importancia de la lucha por el sufragio femenino. Pueden pensar: aun sin la igualdad de derechos políticos del sexo débil, hemos hecho enormes progresos tanto en la educación como en la organización de las mujeres. Por lo tanto, el voto femenino no es una necesidad urgente. Quien piense así se equivoca. El extraordinario despertar político y sindical de las mujeres proletarias en los últimos quince años ha sido posible sólo gracias a que las obreras, a pesar de estar privadas de sus derechos, se interesaron vivamente por las luchas políticas y parlamentarias de su clase. Hasta este momento, las proletarias viven del voto masculino, en el que indudablemente inciden, aunque de forma indirecta. Las campañas electorales son una causa común de los hombres y de las mujeres de la clase obrera. En todos los mítines electorales de la socialdemocracia, las mujeres constituyen ya una gran parte, si no la mayoría. Siempre están interesadas y se sienten apasionadamente implicadas. En todos los distritos en que existe una

organización socialdemócrata fuerte, las mujeres ayudan en la campaña. Y son las mujeres las que llevan a cabo el inestimable trabajo de distribuir volantes y recoger suscripciones para la prensa socialdemócrata, un arma muy importante en las campañas.

El Estado capitalista no ha podido evitar que las mujeres del pueblo asuman todas estas obligaciones y esfuerzos en la vida política. Poco a poco, el estado se ha visto obligado a concederles el derecho de asociación y de reunión. Sólo les niega el último derecho político: el derecho al voto, que les permitiría elegir directamente representantes populares en el parlamento y en la administración, y también ser elegidas ellas mismas. Aquí, como en todos los ámbitos de la sociedad, la consigna es: «¡Cuidado con empezar cosas nuevas!». Pero las cosas ya han empezado. El actual Estado cedió ante las mujeres proletarias al admitirlas en las asambleas públicas y en las asociaciones políticas. Pero no cedió por voluntad propia, sino forzado por la presión irresistible del auge obrero. Y fue también el apasionado empuje de las mujeres proletarias mismas el que forzó al Estado policíaco pruso-germano a renunciar al famoso «sector femenino**[9]**» en las reuniones y abrir las puertas de las organizaciones políticas a las mujeres. La bola de nieve empezaba a rodar más deprisa. Gracias al derecho de asociación y de reunión, las proletarias han tomado una parte activísima en la vida parlamentaria y en las campañas electorales. La consecuencia inevitable, el resultado lógico del movimiento es que hoy millones de mujeres proletarias reclaman desafiantes y llenas de confianza: *¡Queremos el voto!*

Hace tiempo, en la idílica era del absolutismo anterior a 1848, se decía que la clase obrera no estaba «suficientemente madura» para tener derechos políticos. Esto no puede decirse de las mujeres proletarias actualmente, pues han demostrado sobradamente su madurez política. Todo el mundo sabe que, sin ellas, sin la ayuda entusiasta de las mujeres proletarias, el partido socialdemócrata no habría alcanzado la brillante victoria del 12 de enero (de 1912), no habría obtenido sus cuatro millones y cuarto de votos. En cualquier caso, la clase obrera siempre ha tenido que demostrar su madurez para las libertades políticas por medio de un movimiento de masas revolucionario. Sólo cuando el Emperador por la Gracia de Dios y los mejores y más nobles hombres de la nación sintieron realmente el calloso puño del proletariado en su carne y su rodilla en sus pechos, entendieron inmediatamente la «madurez» política del pueblo. Hoy les toca a las mujeres proletarias mostrarle su madurez al Estado capitalista… mediante un constante y poderoso movimiento de masas que utilice todos los medios de la lucha proletaria.

El objetivo es el voto femenino, pero el movimiento de masas que se necesita para conseguirlo no es una tarea de las mujeres solamente, sino una responsabilidad común de clase, de las mujeres y los hombres del proletariado. Porque la actual falta de derechos de las mujeres en Alemania es sólo un eslabón de la cadena de la reacción: la monarquía. En la moderna Alemania, con su capitalismo avanzado y altamente industrializado del siglo XX, en la era de la electricidad y de los aviones, la falta de derechos políticos para la mujer es un resabio del pasado muerto, pero también un resultado del dominio del Emperador por la Gracia de Dios. Ambos fenómenos —el derecho divino como el factor más importante de la vida política, y la mujer, casta en un rincón de su casa, indiferente a las tormentas de la vida pública, a la política y a la lucha de clases— hunden sus raíces en las podridas condiciones del campo y de los gremios en la ciudad. En aquellos tiempos eran justificables y necesarios. Pero tanto la monarquía como la falta de derechos de la mujer han sido desbordados por el desarrollo del capitalismo moderno, y hoy son caricaturas ridículas. Pero siguen en pie en nuestra sociedad moderna, no porque la gente se olvidara de abolirlos, ni tampoco por la mera inercia de las circunstancias. No, si todavía existen es porque ambos —la monarquía, y la mujer privada de sus derechos— se han convertido en instrumentos poderosos en manos de los enemigos del pueblo. Los peores y más brutales defensores de la explotación y esclavización del proletariado se atrincheran tras el trono y el altar, pero también tras la esclavitud política de las mujeres. La monarquía y la falta de derechos de la mujer se han convertido en los instrumentos más importantes de la dominación capitalista de clase.

En realidad, para el Estado actual se trata de negar el voto a las mujeres *obreras*, y sólo a ellas. Teme, con razón, se conviertan en una amenaza para las instituciones tradicionales del dominio de clase, incluyendo, por ejemplo, al militarismo (del que ninguna mujer obrera con cabeza puede dejar de ser enemiga mortal), la monarquía, el sistema fraudulento de impuestos sobre la alimentación y los medios de vida, etc. El voto femenino aterra al actual Estado capitalista porque tras él están los millones de mujeres que reforzarían al enemigo interior, es decir, a la social-democracia. Si se tratara del voto de las damas burguesas, el Estado capitalista lo considerará como un apoyo para la reacción. La mayoría de estas mujeres burguesas, que actúan como leonas en la lucha contra los «privilegios masculinos», se alinearían como dóciles corderitos en las filas de la reacción conservadora y clerical si tuvieran derecho al voto. Serían incluso más reaccionarias que la parte masculina de su

clase. A excepción de las pocas que tienen alguna profesión o empleo, las mujeres de la burguesía no participan en la producción social. No son más que co-consumidoras de la plusvalía que sus maridos extraen del proletariado. Son los parásitos de los parásitos del cuerpo social. Y los consumidores son a menudo mucho más crueles que los agentes directos del dominio y la explotación de clase a la hora de defender su «derecho» a una vida parasitaria. La historia de todas las grandes luchas revolucionarias lo confirma de una forma horrible. La gran Revolución Francesa, por ejemplo. Tras la caída de los jacobinos, cuando Robespierre era conducido al lugar de la ejecución, las mujeres de la burguesía triunfante bailaban desnudas en las calles, bailaban de gozo alrededor del héroe caído de la revolución. Y en 1871, cuando la heroica Comuna obrera de París fue aplastada por los cañones, las radiantes mujeres de la burguesía fueron incluso más lejos que sus hombres en su sangrienta venganza contra el proletariado derrotado. Las mujeres de las clases propietarias defenderán siempre fanáticamente la explotación y la esclavitud del pueblo trabajador gracias al cual reciben indirectamente los medios para su existencia socialmente inútil.

Económica y socialmente, las mujeres de las clases explotadoras no son un sector independiente de la población. Su única función social es la de ser instrumentos para la reproducción natural de las clases dominantes. Por el contrario, las mujeres del proletariado son económicamente independientes y socialmente tan productivas como el hombre. Pero no en el sentido de que con su trabajo doméstico ayuden a que los hombres puedan, con su miserable salario, mantener la existencia cotidiana de la familia y criar a los hijos. Pese a que este tipo de trabajo exige, en mil pequeños esfuerzos, un gasto gigantesco de sacrificios y energía, no es productivo en el sentido del actual orden económico capitalista, pues concierne sólo proletario, a su felicidad y su bienestar, y por lo tanto no existe para nuestra sociedad actual. Mientras dominen el capital y el trabajo asalariado, sólo el trabajo que produce plusvalía, el que crea ganancias para el capitalista, puede considerarse trabajo productivo. Desde este punto de vista, la bailarina del *music-hall*, cuyas piernas suponen un beneficio para el bolsillo del empresario, es una trabajadora productiva, mientras que al grueso de mujeres y madres proletarias que se quedan dentro de las cuatro paredes de sus casas se les considera improductivas. Esto puede parecer brutal y demente, pero corresponde exactamente a la brutalidad y la demencia del actual sistema económico capitalista, y aprehender clara y tajantemente esta realidad brutal es la primera tarea de las mujeres proletarias.

Precisamente desde este punto de vista, la reivindicación de la mujer proletaria por la igualdad de derechos políticos está firmemente anclada sobre bases económicas. Hoy millones de mujeres proletarias generan ganancias para el capitalista, al igual que los hombres, en las fábricas, en las tiendas, en el campo, en la industria doméstica, en las oficinas, en almacenes. Son, por lo tanto, productivas en el sentido estricto de la sociedad actual. Cada día aumenta el número de mujeres explotadas por el capitalismo, cada nuevo progreso industrial o técnico crea nuevos puestos de trabajo para mujeres en el ámbito de la maquinaria del beneficio capitalista. Y con ello cada día y cada avance industrial supone una nueva piedra en la construcción de la igualdad de derechos políticos de las mujeres. La educación y la inteligencia de la mujer se han hecho necesarias para el mecanismo económico. La mujer tradicional del «círculo familiar» patriarcal ya no responde a las necesidades de la industria y del comercio ni a las necesidades de la vida política. Claro que también en este aspecto el Estado capitalista ha olvidado sus deberes. Hasta ahora han sido los sindicatos y las organizaciones socialdemócratas las que más han hecho por el despertar espiritual y moral de las mujeres. Hace décadas que los obreros socialdemócratas eran ya conocidos como los más capaces e inteligentes. También hoy han sido los sindicatos y la socialdemocracia los que han sacado a las mujeres proletarias de su estrecha y triste existencia, de su miserable e insípida vida doméstica. La lucha de clases proletaria ha ampliado sus horizontes, las ha hecho más flexibles, ha desarrollado su mente y les ha ofrecido grandes objetivos que justifiquen sus esfuerzos. El socialismo ha supuesto el renacimiento espiritual para las masas proletarias femeninas y con ello también las ha convertido, sin duda alguna, en una fuerza de trabajo más capaz y productiva para el capital.

Si bien la falta de derechos políticos de la mujer proletaria ya sólo rige a medias, puesto que las mujeres participan activa y masivamente en la vida política, no deja de ser una vil injusticia. Sin embargo, la socialdemocracia no utiliza en su lucha el argumento de la «injusticia». Ésta es la diferencia sustancial que nos separa del socialismo utópico, sentimental, de antes. No contamos con la noción de justicia de la clase dominante, sino sólo con el poder revolucionario de las masas obreras y con el curso del desarrollo social, que abona el camino para este poder. Así pues, el que sean injustas no es por sí mismo un argumento para acabar con las instituciones reaccionarias. Pero cuando el sentimiento de injusticia se apodera de sectores cada vez más amplios de la sociedad —dice Friedrich Engels, el cofundador del socialismo científico— es siempre una señal segura de que las bases económicas de la

sociedad se tambalean, y de que las actuales condiciones están en contradicción con el curso del desarrollo. El poderoso movimiento actual de millones de mujeres proletarias, que consideran su falta de derechos políticos una vergonzosa injusticia, indica infaliblemente que las bases sociales del orden existente están podridas y que sus días están contados.

Hace cien años, el francés Charles Fourier, uno de los primeros grandes propagadores de los ideales socialistas, escribió estas memorables palabras: «En toda sociedad, el grado de emancipación de la mujer es la medida natural de la emancipación general». Esto es totalmente cierto para nuestra sociedad. La actual lucha de masas en favor de los derechos políticos de las mujeres es sólo una expresión y una parte de la lucha general del proletariado por su liberación. En esto radica su fuerza y su futuro. Porque, gracias al proletariado femenino, conceder a las mujeres el sufragio universal, igual y directo supondría un inmenso avance e intensificación de la lucha de clases proletaria. Por esta razón, la sociedad burguesa teme el voto femenino, y por esto también nosotros queremos conseguirlo y lo conseguiremos. Luchando por el voto de la mujer, aceleramos al mismo tiempo la hora en que la actual sociedad se desmorona en pedazos bajo el martillo del proletariado revolucionario[10].

LA PROLETARIA

Artículo publicado el 5 de marzo de 1914.

El Día de la Mujer Trabajadora[11] inaugura la Semana de la Socialdemocracia. Con el arduo trabajo de estas jornadas, el partido de los desposeídos sitúa su columna femenina a la vanguardia para sembrar la semilla del socialismo en nuevos campos. Y la igualdad de derechos políticos para la mujer es el primer clamor que lanzan las mujeres para reclutar nuevos defensores de las reivindicaciones de toda la clase obrera.

Así, por primera vez en siglos, la moderna proletaria se presenta hoy en la tribuna pública como la fuerza más avanzada de la clase obrera y, al mismo tiempo, de todo el sexo femenino, y emerge como la primera luchadora de vanguardia.

La mujer del pueblo ha trabajado arduamente desde siempre.

En la horda primitiva, llevaba pesadas cargas y recogía alimentos; en la aldea primitiva, sembraba cereales, molía, hacía cerámica; en la antigüedad, era la esclava de los patricios y alimentaba a sus retoños con su propio pecho; en la Edad Media estaba atada a la servidumbre de las hilanderías del señor feudal. Pero desde que existe la propiedad privada, la mujer del pueblo trabaja casi siempre lejos del gran taller de la producción social y, por lo tanto, lejos también de la cultura, confinada a los estrechos límites de una existencia doméstica miserable. El capitalismo la ha arrojado al yugo de la producción social, a los campos ajenos, a los talleres, a la construcción, a las oficinas, a las fábricas y a los almacenes, separándola por primera vez de la familia. La mujer burguesa, en cambio, es un parásito de la sociedad, cuya única función es la de participar del consumo de los frutos de la explotación. La mujer pequeño-burguesa es el animal de carga de la familia. Sólo en la persona de la actual proletaria accede la mujer a la categoría de ser humano, pues sólo la lucha, sólo la participación en el trabajo cultural, en la historia de la humanidad, nos convierte en seres humanos.

El mundo de la mujer burguesa es su hogar. En cambio, el hogar de la proletaria es el mundo, el mundo entero, con todo su dolor y su alegría, con su

fría crueldad y su ruda grandeza. La proletaria es esa mujer que migra con los trabajadores de los túneles desde Italia hasta Suiza, que acampa en barrancas y seca pañales cantando, mientras la dinamita hace volar las rocas por los aires. Es la jornalera rural, la empleada estacional que descansa durante la primavera sobre su modesto montón de ropa en medio del ruido, en medio de los trenes y las estaciones, con un pañuelo en la cabeza y esperando pacientemente un tren que la lleve de un lado a otro. Con cada ola de miseria que la crisis europea arroja hacia América, esa mujer emigra, instalada en el entrepuente de los barcos, junto con miles de proletarios hambrientos de todo el mundo, para que, cuando el reflujo de la ola produzca a su vez una crisis en América, se vea obligada a regresar a la miseria de la patria europea, a nuevas esperanzas y desilusiones, a una nueva búsqueda de pan y de trabajo.

A la mujer burguesa no le interesan realmente los derechos políticos, porque no ejerce en la sociedad función económica alguna, pero goza de los frutos acabados de la dominación de clase. En lo que concierne a las burguesas, la reivindicación de la igualdad de derechos para la mujer es pura ideología, propia de grupos débiles, aislados y sin raíces materiales, es un fantasma del antagonismo entre el hombre y la mujer, un capricho. De ahí el aspecto risible del movimiento sufragista.

La proletaria, en cambio, necesita derechos políticos, porque ejerce en la sociedad la misma función económica que el proletario, trabaja igual que él para el capital, y mantiene igual que él al Estado, que la oprime tanto como a él. Tiene los mismos intereses y necesita las mismas armas para defenderse. Las profundas raíces de sus exigencias políticas no están en el antagonismo entre el hombre y la mujer, sino en el abismo social que separa a los explotados de los explotadores, es decir, en el antagonismo entre el capital y el trabajo.

Con la socialdemocracia, la proletaria podrá introducirse en el taller de la historia, para conquistar, con sus poderosas fuerzas, la igualdad real, aun cuando la Constitución burguesa se la niegue en el papel. Así, la mujer trabajadora sacudirá junto con el hombre las columnas del orden social existente y, antes de que este orden le conceda algo parecido a sus derechos, ella habrá participado en su derrumbe.

El taller del futuro necesita de muchas manos y de un aliento cálido. Todo un mundo de dolor femenino espera la salvación[12].

La Revolución Rusa (fragmento: Democracia y dictadura)

Hallándose presa en Alemania por su oposición a la guerra, Luxemburg recibió algunas noticias de la Revolución Rusa de 1917, dirigida por el partido bolchevique de V.I. Lenin y L.D. Trotsky, así como de la intervención alemana que inició en marzo del año siguiente sobre Ucrania y otros territorios occidentales del antiguo imperio zarista. El siguiente es un fragmento del texto que escribió en ese contexto.

El error básico de la teoría Lenin-Trotsky es que ellos también, igual que Kautsky, oponen la dictadura a la democracia. «Dictadura o democracia», es como plantean la cuestión tanto los bolcheviques como Kautsky. Éste se decide naturalmente en favor de «la democracia», es decir, de la democracia burguesa, precisamente porque la opone a la alternativa de la revolución socialista, oponiéndola a la democracia, y por lo tanto, a favor de la dictadura. Lenin y Trotsky, por otro lado, se deciden a favor de la dictadura de un puñado de personas, es decir, de la dictadura según el modelo burgués. Son dos polos opuestos, ambos igualmente distantes de una genuina política socialista. El proletariado, cuando toma el poder, no puede nunca seguir el buen consejo que le da Kautsky, con el pretexto de «la inmadurez del país», de renunciar a la revolución socialista y dedicarse a la democracia. No puede seguir este consejo sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional y a la revolución. Debería y debe encarar inmediatamente medidas socialistas, de la manera más enérgica, inflexible y firme, en otras palabras ejercer una dictadura, pero una dictadura de la *clase*, no de un partido o una camarilla. Dictadura de la clase significa, en el sentido más amplio del término, la participación más activa e ilimitada posible de la masa popular, la democracia sin límites.

«Como marxistas —escribe Trotsky— nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal». Es cierto que nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal, pero tampoco fuimos nunca adoradores fetichistas del socialismo ni del marxismo. ¿Se desprende de esto que también

debemos tirar el socialismo por la borda, a la manera de Cunow, Lensch y Parvus, si nos resulta incómodo? Trotsky y Lenin son la refutación viviente de esta respuesta.

«Nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal». Lo que realmente quiere decir es: siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la democracia *burguesa*; siempre hemos denunciado el duro contenido de desigualdad social y falta de libertad que se esconde bajo la dulce cobertura de la igualdad y la libertad formales. Y no lo hicimos para repudiar a éstas sino para impulsar a la clase obrera a no contentarse con la cobertura sino a conquistar el poder político, para crear una democracia socialista en reemplazo de la democracia burguesa, no para eliminar la democracia.

Pero la democracia socialista no es algo que recién comienza en la tierra prometida después de creados los fundamentos de la economía socialista, no llega como una suerte de regalo de Navidad para los ricos, quienes, mientras tanto, apoyaron lealmente a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza simultáneamente con la destrucción del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza en el momento mismo de la toma del poder por el partido socialista. Es lo mismo que la dictadura del proletariado.

¡Sí, dictadura! Pero esta dictadura consiste en la *manera de aplicar la democracia*, no en su *eliminación*, en el ataque enérgico y resuelto a los derechos bien atrincherados y las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin lo cual no puede llevarse a cabo una transformación socialista. Pero esta dictadura debe ser el trabajo de la *clase* y no de una pequeña minoría dirigente que actúa en nombre de la clase; es decir, debe avanzar paso a paso partiendo de la participación activa de las masas; debe estar bajo su influencia directa, sujeta al control de la actividad pública; debe surgir de la educación política creciente de la masa popular.

Indudablemente los bolcheviques hubieran actuado de esta manera de no haber sufrido la terrible presión de la guerra mundial, la ocupación alemana y todas las dificultades anormales que trajeron consigo, lo que inevitablemente tenía que distorsionar cualquier política socialista, por más que estuviera imbuida de las mejores intenciones y los principios más firmes.

Lo prueba el uso tan extendido del terror que hace el gobierno soviético, especialmente en el periodo más reciente, antes del colapso del imperialismo alemán y después del atentado contra la vida del embajador alemán. El lugar

común de que en las revoluciones no todo es color de rosa resulta bastante inadecuado.

Todo lo que sucede en Rusia es comprensible y refleja una sucesión inevitable de causas y efectos, que comienza y termina en la derrota del proletariado en Alemania y la invasión de Rusia por el imperialismo alemán. Sería exigirles algo sobrehumano a Lenin y sus camaradas pretender que en tales circunstancias apliquen la democracia más decantada, la dictadura del proletariado más ejemplar y una floreciente economía socialista. Por su definida posición revolucionaria, su fuerza ejemplar en la acción, su inquebrantable lealtad al socialismo internacional, hicieron todo lo posible en condiciones tan endiabladamente difíciles. El peligro comienza cuando hacen de la necesidad una virtud, y quieren congelar en un sistema teórico acabado todas las tácticas que se han visto obligados a adoptar en estas fatales circunstancias, recomendándolas al proletariado internacional como un modelo de táctica socialista. Cuando actúan de esta manera, ocultando su genuino e incuestionable rol histórico bajo la hojarasca de los pasos en falso que la necesidad los obligó a dar, prestan un pobre servicio al socialismo internacional por el cual lucharon y sufrieron. Quieren apuntarse como nuevos descubrimientos todas las distorsiones que prescribieron en Rusia le necesidad y la compulsión, que en última instancia son sólo un producto secundario de la bancarrota del socialismo internacional en la actual guerra mundial.

Que los socialistas gubernamentales alemanes clamen que el gobierno bolchevique de Rusia es una expresión distorsionada de la dictadura del proletariado. Si lo fue o lo es todavía, se debe solamente a la actuación del proletariado alemán, a su vez una expresión distorsionada de la lucha de clases socialista. Todos estamos sujetos a las leyes de la historia, y el ordenamiento socialista de la sociedad sólo podrá instaurarse internacionalmente. Los bolcheviques demostraron ser capaces de dar todo lo que se puede pedir a un partido revolucionario genuino dentro de los límites de las posibilidades históricas. No se espera que hagan milagros. Pues una revolución proletaria modelo en un país aislado, agotado por la guerra mundial, estrangulado por el imperialismo, traicionado por el proletariado mundial, sería un milagro.

Pero hay que distinguir en la política de los bolcheviques lo esencial de lo no esencial, el meollo de las excrecencias accidentales. En el momento actual, cuando nos esperan luchas decisivas en todo el mundo, la cuestión del socialismo fue y sigue siendo el problema más candente de la época. No se

trata de tal o cual cuestión táctica secundaria, sino de la capacidad de acción del proletariado, de su fuerza para actuar, de la voluntad de tomar el poder del socialismo como tal. En esto, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los primeros, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial; son todavía los únicos, hasta ahora, que pueden clamar con Hutten: «¡Yo osé!».

Esto es lo esencial y duradero en la política bolchevique. En este sentido, suyo es el inmortal galardón histórico de haber encabezado al proletariado internacional en la conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al «bolchevismo[13]».

CONTRA LA PENA CAPITAL

Luxemburg publicó el siguiente artículo a principios de noviembre de 1918 en el periódico del recién fundado Partido Comunista de Alemania Bandera roja, cuando ella misma acababa de salir de la prisión (donde había estado por su oposición a la guerra desde junio de 1916), liberada por la revolución que abolió la monarquía alemana y transfirió el poder al ala moderada de la socialdemocracia.

No deseábamos la amnistía ni el perdón para los presos políticos del viejo orden. Exigíamos el derecho a la libertad, a la agitación y a la revolución para los cientos de hombres valientes y leales que gemían en las cárceles y fortalezas porque, bajo la dictadura de los criminales imperialistas, habían luchado por el pueblo, la paz y el socialismo.

Ahora estamos todos en libertad.

Nos encontramos nuevamente en las filas, listos para el combate. No fue la camarilla de Scheidemann y sus aliados burgueses, con el príncipe Max de Baden a la cabeza, quienes nos liberaron[14]. Fue la revolución proletaria la que hizo saltar las puertas de nuestras celdas.

Pero la otra clase de infortunados habitantes de esas sombrías mansiones ha sido completamente olvidada. Nadie piensa ahora en las figuras pálidas y tristes que suspiran tras los barrotes de la prisión por haber infringido las leyes ordinarias.

Sin embargo, también ellos son víctimas desgraciadas del orden social infame contra el cual se dirige la revolución; víctimas de la guerra imperialista que llevó la desgracia y la miseria hasta los extremos más intolerables de la tortura; víctimas de esa horrorosa masacre de hombres que liberó los instintos más viles.

La justicia burguesa es como una red que atrapa a las sardinas, pero deja escapar a los tiburones. Los especuladores que ganaron millones durante la guerra fueron absueltos o recibieron penas ridículas, mientras los ladronzuelos, hombres y mujeres, fueron castigados con severidad draconiana.

Agotados por el hambre y el frío, en celdas sin calefacción, estos seres abandonados por la sociedad esperan piedad y compasión.

Y su espera ha sido en vano, pues en su afán de obligar a las naciones a degollarse mutuamente y distribuir coronas, el último de los Hohenzollern olvidó a estos infelices. Desde la conquista de Lieja[15], no ha habido una sola amnistía, ni siquiera en el feriado oficial de los esclavos alemanes, el cumpleaños del káiser.

La revolución proletaria debería arrojar un rayo de bondad para iluminar la triste vida de las prisiones, disminuir las sentencias draconianas, abolir los bárbaros castigos físicos —las cadenas y los azotes— y mejorar en lo posible la atención médica, la alimentación y las condiciones de trabajo. ¡Es una cuestión de honor!

El régimen penitenciario imperante, impregnado de un brutal espíritu de clase y de barbarie capitalista, debería modificarse radicalmente.

Pero una reforma total, acorde con el espíritu del socialismo, sólo puede basarse en un nuevo orden social y económico; tanto el crimen como el castigo hunden sus raíces profundamente en la organización social. Sin embargo, hay una medida radical que puede tomarse sin complicados procesos legales. La pena capital, vergüenza mayor del ultrarreaccionario código alemán, debe eliminarse de inmediato. ¿Por qué vacila este gobierno de obreros y soldados? Hace doscientos años, el noble Beccaria[16] denunció la ignominia de la pena capital. ¿No existe esta ignominia para ustedes, Ledebour, Barth, Däumig[17]?

No tienen ustedes tiempo, tienen mil problemas y mil dificultades, mil tareas los esperan. Cierto. Pero, reloj en mano, tomen ustedes el tiempo que se necesita para decir: «¡Queda abolida la pena de muerte!». ¿Dirán ustedes que para resolver este problema se requieren largas deliberaciones y votaciones? ¿Se perderán así en la maraña de las complicaciones formales, los problemas de jurisdicción, la burocracia departamental?

¡Ah, cuán alemana es esta revolución alemana! ¡Cuán habladora y pedante! ¡Cuán rígida, inflexible y mezquina!

La olvidada pena de muerte es sólo un pequeño detalle aislado. Pero ¡con qué precisión revelan estos pequeños detalles el espíritu motriz que guía a la revolución!

Tomemos cualquier historia de la Gran Revolución Francesa… por ejemplo, la aburrida crónica de Mignet[18]. ¿Es posible leerla sin que el corazón lata con fuerza y arda la frente? Quien la haya abierto en una página cualquiera, ¿puede cerrarla antes de haber oído, conteniendo el aliento, la

última nota de esa grandiosa tragedia? Es como una sinfonía de Beethoven elevada a lo grandioso y a lo grotesco, una tempestad tronando en el órgano del tiempo, grande y soberbia tanto en sus errores como en sus hazañas, en la victoria como en la derrota, en el primer grito de júbilo ingenuo y en el último suspiro.

¿Y qué ocurre en este momento en Alemania?

En todo, sea grande o pequeño, uno siente que estos siguen siendo los viejos y sobrios ciudadanos de la difunta socialdemocracia, para quienes el carnet de afiliado es todo, y el hombre y el espíritu, nada.

No debemos olvidar, empero, que la historia no se hace sin grandeza de espíritu, sin una elevada moral, sin gestos nobles.

Cuando Liebknecht y yo abandonamos las hospitalarias salas donde vivimos en los últimos tiempos —él, entre sus pálidos compañeros de penitenciaría, yo con mis pobres, queridas ladronas y mujeres de la calle, con quienes pasé tres años y medio de mi vida— pronunciamos este juramento, mientras nos seguían con sus ojos tristes: «¡No los olvidaremos!».

¡Exigimos al comité ejecutivo de los Consejos de Obreros y Soldados que tome medidas inmediatas para mejorar la situación de los presos en las cárceles alemanas!

¡Exigimos que se elimine inmediatamente la pena de muerte del código penal alemán!

Durante los cuatro años de masacre de los pueblos, la sangre fluyó a raudales. Hoy, cada gota de ese precioso fluido debería preservarse devotamente en urnas de cristal.

Actividad revolucionaria y humanitarismo profundo: eso es lo único que forma el verdadero aliento vital del socialismo.

Hay que darle la vuelta al mundo. Pero cada lágrima que podría haber sido evitada es una acusación; y es un criminal quien, con inconsciencia brutal, aplasta una pobre lombriz[19].

TEXTOS DE CLARA ZETKIN

¡POR LA LIBERACIÓN DE LA MUJER!

La siguiente es la intervención de Clara Zetkin ante el Congreso Obrero Internacional de 1889 celebrado en Paris, en la sesión del 19 de julio.

No es sorprendente que los elementos reaccionarios tengan una concepción reaccionaria del empleo femenino. Pero sí lo es que también entre los socialistas haya quien quiera exigir la abolición del empleo femenino. La cuestión de la emancipación de la mujer es, en última instancia, la cuestión del empleo femenino; es una cuestión económica y por ello tenemos derecho a esperar de los socialistas una mejor comprensión de sus implicaciones.

Los socialistas deberían saber que, dado el desarrollo que ha alcanzado la economía, el empleo femenino se ha vuelto una necesidad; que su tendencia natural es a disminuir el tiempo de trabajo de todos y a aumentar la riqueza de la sociedad; y que lo que produce la reducción general de los salarios no es el empleo femenino en sí, sino la explotación a la que lo someten los capitalistas que se apropian de él.

Ante todo, los socialistas deberían saber que la esclavitud social o la libertad radica en la dependencia o independencia económica.

Nadie que haya inscrito en su bandera la liberación de toda la humanidad puede condenar a toda una mitad del género humano a la esclavitud política y social que resulta de la dependencia económica. Así como el obrero está sometido al capitalista, así estará la mujer sometida al hombre mientras no sea económicamente independiente. Y la condición de esa independencia económica es el empleo. Si se quiere que las mujeres sean seres humanos libres y formen parte de la sociedad con los mismos derechos que los hombres, no se necesita ni abolir ni limitar el trabajo de la mujer, salvo en casos muy específicos.

Las obreras que aspiran a la igualdad social no esperan nada del movimiento femenino burgués, que supuestamente lucha por los derechos de las mujeres. Ese edificio está construido sobre arena y no tiene cimientos reales. Las trabajadoras están totalmente convencidas de que el problema de la emancipación femenina no está aislado de la cuestión social, sino que

forma parte de ella. Tienen perfectamente claro que este problema nunca se resolverá si no es con una transformación fundamental de la sociedad. La cuestión de la emancipación femenina es hija de los nuevos tiempos, y es la maquinaria quien la ha dado a luz.

La emancipación de la mujer significa fundamentalmente la transformación integral de su posición social, una revolución de su papel en la vida económica. El viejo modo de producción, con sus medios de trabajo rudimentarios, mantenía a la mujer atada a la familia y restringía su círculo de acción al interior del hogar. En el seno de la familia, la mujer representaba una fuerza de trabajo extraordinariamente productiva. Producía casi todos los objetos que la familia usaba. Dentro del viejo esquema de producción y de comercio, producir esos artículos fuera de la familia era muy difícil, cuando no imposible. Mientras aquellas relaciones de producción regían, la mujer era económicamente productiva en el hogar.

Pero la producción industrial mató la actividad económica de la mujer en el hogar. Dado que la gran industria produce todos los artículos de manera más barata, rápida y masiva de lo que podía hacerlo la industria doméstica con las precarias herramientas de la producción pigmea, la mujer debía a menudo pagar más caro la materia prima (como el lienzo), que el producto terminado de la gran industria. Pero, además del precio de la materia prima, debía sacrificar tiempo y esfuerzo. Por consiguiente, la actividad productiva dentro del hogar se volvió un sinsentido económico, un despilfarro de energías y de tiempo. Aun cuando el trabajo doméstico de las mujeres siga siendo útil a un pequeño número de individuos, no deja de ser una pérdida para el conjunto de la sociedad.

Es por eso que las viejas amas de casa prácticamente han desaparecido. La gran industria ha vuelto inútil la producción casera para consumo familiar y le ha quitado el sentido a las labores domésticas de la mujer. Pero, al mismo tiempo, ha sentado las bases para su trabajo en la sociedad. La producción industrial, que puede prescindir de la fuerza muscular y del trabajo calificado, permitió integrar a las mujeres a un gran campo de empleo. La mujer ingresó en la industria para incrementar los ingresos en la familia. Con el desarrollo de la industria moderna, el trabajo industrial femenino se volvió una necesidad.

Con cada innovación moderna, el trabajo de hombres se hace superfluo y miles de trabajadores son arrojados a la calle, creándose un ejército de reserva de pobres, y el salario disminuye constantemente. Antes, para asegurar la subsistencia de una familia, bastaba el ingreso del padre de familia, y las

mujeres ocuparse del hogar; ahora, ese ingreso apenas alcanza para sostener a un hombre soltero. Cada familia trabajadora requiere para sostenerse el sueldo de dos adultos.

Esto liberó a la mujer de su dependencia económica respecto al hombre. Al emplearse en las fábricas, las mujeres ya no se quedaban en casa como meros apéndices económicos del hombre. Cobraron consciencia de su potencial económico, que les hacía autosuficientes e independientes de los maridos. Y con el fin de su dependencia económica respecto al hombre, terminó la base de su dependencia social. Actualmente, sin embargo, es evidente que esta independencia económica no ha beneficiado a las mujeres, sino sólo a los capitalistas. Gracias a su monopolio de los medios de producción, estos usurparon este nuevo factor económico, y los pusieron a su servicio. Las mujeres, que se habían liberado de su dependencia económica respecto a los maridos, simplemente cambiaron de amos, pues se vieron sometidas a los capitalistas. De ser esclavas del marido, pasaron a ser esclavas del patrón. Sin embargo, el cambio fue benéfico para ellas, pues dejaron de estar económicamente subordinadas al hombre, y de ser inferiores a él, para convertirse en sus iguales. Los capitalistas, sin embargo, no se conforman con explotar a la mujer misma, sino que usan el empleo femenino para explotar más a fondo a los trabajadores hombres.

El trabajo de las mujeres fue desde el comienzo más barato que el de los hombres. Si el salario de estos se calculaba originalmente para cubrir la manutención de toda una familia; el de la mujer representaba apenas los costos de manutención de una sola persona, e incluso sólo en parte, pues se espera que la mujer siga trabajando en el hogar, después de terminar sus labores en la fábrica. Además, como los productos que las mujeres fabricaban en casa con instrumentos primitivos ya sólo representaban una parte ínfima del trabajo social medio, en comparación con los productos de la gran industria, se asumía que las mujeres eran menos productivas que los hombres y por lo tanto debían conformarse con sueldos menores. A esto se añade el que las mujeres en general consumen menos que los hombres.

Pero lo que hizo la fuerza de trabajo femenina particularmente atractiva para los capitalistas no fue sólo su bajo costo, sino la relativa docilidad de las mujeres. Los capitalistas especulan con la posibilidad de pagarle a las mujeres lo menos posible y con deprimir así el salario de los hombres. Del mismo modo, aprovecharon el trabajo de los niños para deprimir el salario de las mujeres; y el trabajo de las máquinas para deprimir el costo de toda la fuerza de trabajo humana. El sistema capitalista es el único culpable de que en el

empleo femenino se produzca un efecto opuesto a su tendencia natural, prolongando las jornadas en vez de acortarlas. En vez de producir un aumento en la riqueza de la sociedad, es decir, un mayor bienestar material de cada miembro de la sociedad, sólo ha producido el aumento de las ganancias de un puñado de capitalistas y un empobrecimiento cada vez mayor de las masas. Las consecuencias nefastas del empleo femenino, que hoy son tan dolorosamente evidentes, sólo desaparecerán cuando desaparezca el sistema de producción capitalista.

Para no sucumbir ante sus competidores, cada capitalista debe esforzarse al máximo para aumentar cuanto sea posible la diferencia entre el costo de un artículo (es decir, de su producción) y su precio de venta; en otras palabras, debe producir tan barato como le sea posible. Por ello, el capitalista tiene el mayor interés en prolongar la jornada de trabajo continuamente y en pagar salarios tan irrisoriamente bajos como le sea posible. Este empeño se opone directamente al interés de todos los trabajadores, sean hombres o mujeres. No hay, por tanto, una oposición real entre los intereses de los obreros y los de las obreras; pero sí una oposición irreconciliable entre los intereses del capital y los del trabajo.

Hay razones económicas para no apoyar la prohibición del trabajo femenino. La situación económica actual es tal, que ni el capitalista, ni el ciudadano varón pueden prescindir del trabajo de la mujer. El capitalista debe mantenerlo en vigor para mantenerse competitivo, y el hombre debe contar con él si quiere sostener a su familia. Si lográsemos abolir el trabajo femenino por vía legislativa, ello no mejoraría el salario de los hombres. El capitalista cubriría muy pronto la pérdida de la fuerza de trabajo barata femenina recurriendo a máquinas perfeccionadas a gran escala, y en poco tiempo todo volvería a ser como antes.

Se ha visto que después de grandes huelgas que consiguen resultados favorables a los trabajadores, los capitalistas revierten sus conquistas, con ayuda de las máquinas perfeccionadas.

Si, por la competencia que crea, exigiéramos la abolición del trabajo femenino o su limitación, con la misma lógica tendríamos que exigir la abolición de las máquinas y la restauración del sistema medieval de gremios, que fijaba el número exacto de empelados que cada tipo de trabajo podía contratar.

Además de las razones económicas para oponerse a la abolición del trabajo femenino, hay razones de principio. Es en ellas en las que se basan las mujeres cuando protestan con todas sus fuerzas contra esos intentos. Deben

oponerles la resistencia más ardorosa, y al mismo tiempo la más justificada, pues saben que su igualdad social y política con los hombres depende exclusivamente de su independencia económica, que les permite trabajar para la sociedad fuera de sus hogares.

Como cuestión de principio, las mujeres protestamos enérgicamente contra toda limitación del empleo femenino. No formularemos ninguna demanda en particular porque no queremos separar de ningún modo nuestra causa de la causa de los trabajadores en general, no exigimos otra protección contra el capital que la que demanda el trabajo en general.

Sólo consentimos una única excepción en beneficio de las mujeres embarazadas, cuya condición requiere medidas de protección particular en interés de la mujer misma. ¡No reconocemos ninguna cuestión particular de la mujer ni de la obrera! No creemos que para nuestra plena emancipación baste ni nuestra admisión en el sistema de la llamada libre empresa, ni un acceso igualitario a la educación (aunque ambas exigencias sean naturales y justas), como tampoco la conquista de derechos políticos. Los países que han concedido un sufragio universal, libre y directo muestran lo poco que esto vale. Si no viene acompañado de la libertad económica, el derecho al voto sería un cambio sin rumbo. Si la emancipación social dependiera de los derechos políticos, en los países con derecho al voto universal no existiría la cuestión social. La emancipación de las mujeres, como la emancipación de todo el género humano, sólo ocurrirá dentro del marco de la emancipación del trabajo con respecto al capital. Sólo en una sociedad socialista conseguirán las mujeres, como los trabajadores, la totalidad de sus derechos.

En vista de estos hechos, a las mujeres que se interesen seriamente en su liberación, no les queda más que sumarse al Partido Socialdemócrata, el único que lucha por la emancipación del trabajo.

Las mujeres se han puesto bajo el estandarte del socialismo sin la ayuda de los hombres, y a veces incluso contra sus deseos. Es verdad que algunas han dado este paso independientemente de sus propias intenciones, forzadas por el entendimiento claro de sus circunstancias sociales. ¡Pero ya marchan bajo ese estandarte, y no se apartarán de él! Enarbolándolo, lucharán por su emancipación y su reconocimiento como seres humanos iguales.

Si se han sumado al Partido Socialdemócrata, es porque están dispuestas a participar de todas las labores y todos los sacrificios que su lucha conlleva, pero también están totalmente decididas a exigir, después de la victoria, todos los derechos que en justicia les corresponden. Tanto en lo que toca a sacrificios y deberes como en lo que toca a sus derechos, no aceptarán ser ni

más ni menos que sus camaradas varones, acogidos bajo las mismas condiciones en las filas de los combatientes[20].

SÓLO CON LA MUJER PROLETARIA TRIUNFARÁ EL SOCIALISMO

El siguiente es el discurso que pronunció Zetkin ante el Congreso de Gotha del Partido Socialdemócrata de Alemania, el 16 de octubre de 1896.

Los estudios de Bachofen, Morgan y otros parecen demostrar que la opresión social de la mujer coincide con la aparición de la propiedad privada. La contradicción, en el seno de la familia, entre el hombre poseedor y la mujer no-poseedora constituye la base de la dependencia económica y de la situación social de disminución de los derechos del sexo femenino. Según Engels, en esta situación radica una de las primeras y más antiguas formas de dominio clasista: «En la familia, el marido es el burgués y la mujer el proletario». En aquel momento, no se podía hablar aún de cuestión femenina en el sentido moderno de la palabra. Sólo los trastornos sociales del modo de producción capitalista han dado vida a la cuestión femenina moderna, al destruir la antigua economía familiar que en el período pre-capitalista garantizaba a las grandes masas femeninas un medio de sustento y daba sentido a su vida. No parece razonable aplicar a la actividad que las mujeres llevaban a cabo en la antigua economía doméstica los conceptos negativos de miseria y angustia que caracterizan la actividad de las mujeres de nuestros días. Bajo la antigua forma familiar, la mujer podía cumplir su labor productiva en su seno, y por ello no era consciente de que estaba privada de todos los derechos sociales, a pesar de que el desarrollo de su individualidad se veía fuertemente limitado.

El período del Renacimiento es el *Sturm und Drang* que señala el despertar del moderno individualismo y le permite desarrollarse en las más diversas direcciones. Nos encontramos con individuos de talla gigantesca, tanto en el bien como en el mal, que pisotean las instituciones religiosas y morales y desprecian tanto el cielo como la tierra, el infierno como el paraíso; encontramos mujeres en el centro de los acontecimientos sociales, artísticos y políticos. Pero aún no se ve ni rastro de la «cuestión femenina». Y ello es tanto más característico cuanto se trata de un período en que la antigua

economía familiar, bajo el fuerte impulso de la división del trabajo, empieza a desaparecer. Millares de mujeres dejan de vivir en el seno de la familia. Pero la cuestión femenina, por llamarla de este modo, se resuelve entonces con su entrada a los conventos y las órdenes religiosas.

Las máquinas, el modo moderno de producción, empezaron gradualmente a cavar la fosa a la producción doméstica autosuficiente, planteando a millones de mujeres el problema de encontrar un nuevo modo de sustento, un sentido a su vida, y una actividad que fuese agradable. Millones de mujeres se vieron obligadas a buscar esto afuera, en la sociedad. Entonces empezaron a tomar consciencia de que la falta de derechos hacía muy difícil la salvaguarda de sus intereses y, a partir de este momento, surge la genuina cuestión femenina moderna. Citemos algunas cifras que demuestran hasta qué punto el modo moderno de producción agudizó la cuestión femenina: en 1882, de un total de 23 millones de mujeres, existían en Alemania cinco millones y medio de trabajadoras asalariadas, es decir, casi una cuarta parte de la población femenina encontraba ya su sustento fuera de la familia. Según el censo de 1895, las mujeres ocupadas en la agricultura, en sentido amplio, eran un 8% más de las censadas en 1882; en la agricultura, en sentido estricto, habían aumentado en un 6%, mientras que para el mismo período los hombres habían disminuido respectivamente un 3 y un 11%. En los sectores de la industria y la minería, las mujeres habían aumentado un 35%, mientras que los hombres sólo lo habían hecho en un 28%; en el comercio, el número de mujeres había aumentado en más del 94%; el de los hombres sólo en un 38%. Estas áridas cifras demuestran la urgencia de la cuestión femenina con más elocuencia que las declaraciones más apasionadas.

Sin embargo, la cuestión femenina sólo existe en el seno de aquellas clases sociales que son producto del modo de producción capitalista. Por ello, no existe una cuestión femenina en la clase campesina, aunque su economía natural esté ya muy reducida y llena de grietas. En cambio, podemos encontrar una cuestión femenina en el seno de las clases sociales que son las criaturas más directas del modo de producción moderno. Por tanto, la cuestión femenina se plantea para las mujeres del proletariado, de la pequeña y media burguesía, de los estratos intelectuales y de la gran burguesía; además, presenta distintas características según la situación de clase de estos grupos.

¿Cómo se presenta la cuestión femenina para las mujeres de la alta burguesía? Gracias a su patrimonio, estas mujeres pueden desarrollar libremente su individualidad, seguir sus propias inclinaciones. Sin embargo, como mujeres, siguen dependiendo del varón. El residuo de la tutela sexual de

los tiempos antiguos ha desembocado en el derecho de familia, para el que sigue siendo válida la frase: «y él será tu señor».

¿Qué aspecto presenta la familia de la alta burguesía en que la mujer está legalmente sometida a su marido? Desde el momento mismo de su creación, este tipo de familia ha carecido de presupuestos morales. La unión se decide con base en el dinero, no a la persona; es decir: lo que el capitalismo une no lo puede separar una moral sentimental. Por tanto, en la moral matrimonial, dos prostituciones hacen una virtud. A ello corresponde también el estilo de la vida familiar. Si la mujer no se ve obligada a asumir sus deberes de mujer, madre y vasalla, es porque los transfiere al personal de servicio al que paga un salario. Si las mujeres de estos estratos desean darle un sentido a su vida, deben ante todo disponer de su patrimonio libremente y de manera autónoma. Por ello, esta reivindicación se sitúa en el centro del movimiento femenino burgués. Estas mujeres luchan por conquistar este derecho contra el mundo masculino de su clase, y su lucha es exactamente la misma que la burguesía inició en su momento contra los estratos privilegiados: una lucha por la abolición de toda discriminación social del patrimonio.

¿Cuáles son las características de la cuestión femenina en los estratos de la pequeña y media burguesía y entre las intelectuales burguesas? En este caso, la familia no está separada de la propiedad, sino básicamente de los fenómenos concomitantes a la producción capitalista; en la medida en que ésta avanza en su marcha triunfal, la pequeña y media burguesía van acercándose progresivamente a su destrucción. En el caso de las intelectuales burguesas, se produce además otra circunstancia que contribuye a que sus condiciones de vida empeoren: el capital necesita fuerza de trabajo inteligente y científicamente preparada y, por ello, ha favorecido una sobreproducción de proletarios del trabajo mental, produciendo un deterioro en la posición social de los que pertenecen a las profesiones liberales, que en el pasado eran decorosas y muy rentables. Sin embargo, el número de matrimonios decrece en la misma medida, ya que, si por un lado, las premisas materiales han empeorado, por el otro han aumentado las necesidades vitales del individuo y por tanto el individuo perteneciente a estos estratos reflexiona mucho antes de decidirse a contraer matrimonio. El límite de edad para la creación de una familia es cada vez más alto, y el hombre se siente cada vez menos inclinado al matrimonio, debido también en parte a que la sociedad permite al soltero empedernido una vida cómoda, sin exigirle una mujer legítima: la explotación capitalista de la fuerza de trabajo proletaria con salarios de hambre da también suficiente para que la demanda de prostitutas por parte del mundo

masculino esté ampliamente cubierta por una conspicua oferta. Y, por ello, el número de mujeres solteras entre los estratos de la media burguesía es cada vez más elevado. Las mujeres y las adolescentes de esta clase se ven rechazadas por la sociedad en la que no pueden vivir una existencia que sólo les procure el pan, pero satisfacción moral. En estos estratos, la mujer no está equiparada al hombre en lo que se refiere a la propiedad de bienes privados; ni siquiera está equiparada en calidad de trabajadora, como acontece en los estratos proletarios; la mujer de las clases medias debe conquistar ante lodo la igualdad económica con el hombre, y sólo lo puede conseguir mediante dos reivindicaciones: la igualdad de derechos en la formación profesional y la igualdad de derechos en la práctica profesional. Desde el punto de vista económico, esto significa la consecución de la libertad de profesión y competencia entre hombre y mujer. La conquista de estas reivindicaciones desencadena un contraste de intereses entre los hombres y las mujeres de la burguesía media y de la *intelligentsia*. La competencia de las mujeres en las profesiones liberales es la causa de la resistencia de los hombres frente a las reivindicaciones de las feministas burguesas. Se trata del simple temor a la competencia; sea cual sea el argumento que se haga valer contra el trabajo intelectual de las mujeres —un cerebro menos eficiente, la profesión natural de madre, etc.—, sólo se trata de pretextos. Esta lucha competitiva impulsa a la mujer de estos estratos a la conquista de los derechos políticos, con el fin de romper todas las barreras que obstaculizan su actividad económica.

Hasta ahora he esbozado solamente el primer móvil, que es básicamente económico. Sin embargo, flaco favor haríamos al movimiento femenino burgués si limitáramos sus motivos al factor económico, ya que también incluye un aspecto mucho más profundo, un aspecto moral y espiritual. La mujer burguesa no sólo pide ganarse su propia existencia, sino también una vida espiritual, el desarrollo de su propia personalidad. Precisamente es en estos estratos donde se encuentran aquellas trágicas figuras, tan interesantes desde el punto de vista psicológico, de mujeres cansadas de vivir como juguetes en una casa de muñecas y que desean participar en el desarrollo de la cultura moderna; las aspiraciones de las feministas burguesas están plenamente justificadas, tanto en el aspecto económico como desde el punto de vista moral y espiritual.

En lo que respecta a la mujer proletaria, la cuestión femenina surge a partir de la necesidad de explotación del capital, que está obligado a buscar una fuerza de trabajo más barata… de modo que también la mujer proletaria se ve inserta en el mecanismo de la vida económica de nuestros días, se ve

arrastrada al taller o atada a la máquina. Ha entrado en la vida económica para aportar un poco de ayuda a su marido, pero el modo de producción capitalista la ha transformado en una competidora desleal: quería aumentar el bienestar de la familia y ha empeorado la situación; quería ganar dinero para que sus hijos tuviesen un mejor destino y casi siempre se ve arrancada de sus brazos. Como fuerza de trabajo, ha llegado a ser absolutamente igual al hombre: la máquina ha hecho superflua la fuerza de los músculos y, en todas partes, el trabajo de las mujeres ha podido producir los mismos resultados productivos que el de los hombres. Tratándose, además, de una fuerza de trabajo voluntaria, que sólo en rarísimos casos se atreve a oponer resistencia a la explotación capitalista, los capitalistas han multiplicado las posibilidades con el fin de poder emplear el trabajo industrial de las mujeres a la máxima escala. En consecuencia, la mujer del proletariado ha podido conquistar su independencia económica. Pero de ello no ha sacado ninguna ventaja. Si en la época de la familia patriarcal el hombre tenía derecho a usar moderadamente la fusta para castigar a la mujer —recuérdese el derecho bávaro del siglo XVII (Kurbayrisches Recht)— el capitalismo ahora la castiga con el látigo. Antes el dominio del hombre sobre la mujer se veía mitigado por las relaciones personales, mientras que entre obrera y empresario sólo existe una relación mercantilizada. La proletaria ha conquistado su independencia económica, pero, como persona, como mujer y como esposa no tiene la menor posibilidad de desarrollar su individualidad. Para su tarea de mujer y de madre sólo le quedan las migajas que la producción capitalista deja caer al suelo.

Por eso, la lucha de emancipación de la mujer proletaria no puede ser igual a la que libra la mujer burguesa contra el hombre de su clase; por el contrario, en su lucha ella va unida al hombre de su clase contra la clase de los capitalistas. Ella, la mujer proletaria, no necesita luchar contra los hombres de su clase para derrocar las barreras que se oponen a la libre competencia. Las necesidades de explotación del capital y el desarrollo del modo de producción moderno han triunfado ya completamente en esa lucha. Por el contrario, deben levantarse nuevas barreras contra la explotación de la mujer proletaria, con las que deben armonizarse y garantizarse sus derechos de esposa y madre. El objetivo final de su lucha no es la libre competencia con el hombre, sino la conquista del poder político por parte del proletariado. La mujer proletaria combate codo a codo con el hombre de su clase contra la sociedad capitalista. Eso no significa que no deba apoyar también las reivindicaciones del movimiento femenino burgués. Pero la conquista de estas reivindicaciones sólo representa para ella un instrumento, un medio para un

fin, la posibilidad de entrar en lucha al lado del proletario varón y con las mismas armas.

La sociedad burguesa no se opone radicalmente a las reivindicaciones del movimiento femenino burgués: esto ha sido demostrado por las reformas en favor de las mujeres que se han promulgado en el ámbito del derecho público y privado en distintos estados. En Alemania, estas reformas se producen con gran lentitud debido, por una parte, a la lucha por la competencia económica en las profesiones liberales, lucha que los hombres temen, y por otra, al lento y reducido desarrollo de la democracia burguesa en Alemania que, por temor al proletariado, no asume las tareas que la historia le ha asignado. La burguesía teme que la realización de estas reformas sólo represente ventajas para la socialdemocracia. Una democracia burguesa sólo puede hacer reformas en la medida en que no se deje hipnotizar por el miedo. Esto no sucede, por ejemplo, en Inglaterra, un país en el que existe una burguesía eficiente y enérgica, mientras que la burguesía alemana, que tiembla ante el proletariado, renuncia a su obra reformista en los campos político y social. Además, la actitud pequeñoburguesa —tacañería y prejuicios de filisteo— todavía está muy extendida en Alemania.

Evidentemente, el temor de la democracia burguesa es corto de vista. Aunque las mujeres consiguieran la igualdad política, nada cambiaría en las relaciones de fuerza. La mujer proletaria se pone de parte del proletariado y la burguesa de parte de la burguesía. No nos dejemos engañar por las tendencias socialistas en el seno del movimiento femenino burgués: se manifestarán mientras las mujeres burguesas se sientan oprimidas, pero no más allá.

Cuanto menos comprende su misión la democracia burguesa, menos corresponde a la socialdemocracia apoyar la causa de la igualdad política de las mujeres. No queremos parecer más guapos de lo que somos y no es por la belleza de un principio que apoyar más su reivindicación, sino en el interés de clase del proletariado. Cuanto mayor sea la influencia nefasta del trabajo femenino sobre la vida de los hombres, más coactiva es la necesidad de acercar las mujeres a la lucha económica. Cuanto más profunda sea la incidencia de la lucha política en la existencia del individuo, más urgente y necesario es que la mujer participe en la lucha política. Las leyes contra los socialistas han dejado muy claro por primera vez, a millares de mujeres, lo que significa el derecho de clase, el estado de clase y el dominio de clase; por primera vez han enseñado a millones de mujeres a tomar consciencia del poder que con tanta brutalidad interviene en la vida familiar. Las leyes contra los socialistas han realizado un trabajo que centenares de agitadoras no

hubieran sido capaces de realizar, y agradecemos sinceramente a su artífice, así como a todos los órganos del Estado que han colaborado en su aplicación, desde el ministro hasta el policía, por su involuntaria actividad propagandística. ¡Y después dirán que nosotros, los socialistas, no somos agradecidos!

Otro suceso debe ser considerado imparcialmente. Me refiero a la publicación del libro de August Bebel, *La mujer y el socialismo*. No hablo ahora de los elementos positivos o de las lagunas que presenta esta obra, sino del período en el que se publicó. Ha sido algo más que un libro, ha sido un acontecimiento, un suceso. Por primera vez, se ponía en claro las relaciones que unen la cuestión femenina al desarrollo histórico; por primera vez, en este libro, se afirmaba que solamente podemos conquistar el futuro si las mujeres combaten a nuestro lado. Y hago estas observaciones como camarada de partido y no como mujer.

Ahora bien, ¿cuáles son las conclusiones prácticas para llevar nuestra agitación a las mujeres? No es tarea de un Congreso hacer propuestas prácticas aisladas; su tarea consiste en delinear una orientación general para el movimiento femenino proletario.

El principio-guía debe ser el siguiente: ninguna agitación específicamente feminista, sino agitación socialista entre las mujeres. No debemos poner en primer plano los intereses más mezquinos del mundo de la mujer: nuestra tarea es la conquista de la mujer proletaria para la lucha de clase. Nuestra agitación entre las mujeres no incluye tareas especiales. Las reformas que se deben conseguir para las mujeres en el seno del sistema social existente ya están incluidas en el programa mínimo de nuestro partido.

La agitación entre las mujeres debe unirse a los problemas que revisten una importancia prioritaria para todo el movimiento obrero. La tarea principal consiste en la formación de la consciencia de clase en la mujer y su compromiso activo en la lucha de clases. La organización sindical de las obreras se presenta como extremadamente ardua. De 1892 a 1895, el número de las obreras inscritas en las organizaciones centrales ha alcanzado la cifra de siete mil. Si a ellas añadimos las obreras inscritas en las organizaciones locales, y comparamos la cifra con la de las obreras en activo, solamente en la gran industria, cifra que llega a setecientas mil, tendremos una idea del inmenso trabajo que todavía queda por hacer. Este trabajo es mucho más difícil por el hecho de que muchas mujeres están empleadas en la industria a domicilio. Debemos combatir además la opinión tan difundida entre las jóvenes que creen que su actividad industrial es algo pasajero, y que cesará

con el matrimonio. Para muchas mujeres, el resultado final es por el contrario un doble deber, ya que deben trabajar en la fábrica y en la familia. Por ello es indispensable que se fije la jornada de trabajo legal de las obreras. Mientras en Inglaterra todos coinciden en considerar que la eliminación del trabajo domiciliario, la fijación de la jomada de trabajo legal y la obtención de salarios más elevados representan elementos de expresa importancia para la organización sindical de las obreras, en Alemania, a los obstáculos ya mencionados, debe añadirse la violación de las leyes sobre el derecho de reunión y de asociación. La plena libertad de asociación que la legislación del Reich reconoce a las obreras queda anulada por las disposiciones regionales vigentes en algunos estados federales. Por añadidura, no quiero ni siquiera referirme al modo en que en Sajonia se aplica el derecho de asociación, si se puede hablar de tal derecho; por lo que se refiere a los dos mayores estados federales, Baviera y Prusia, ya se ha dicho que las leyes sobre el derecho de asociación se aplican de tal modo que casi es imposible para las obreras formar parte de organizaciones sindicales. En particular en Prusia, no hace mucho tiempo, el gobierno de distrito del «liberal» Herr von Bennigsen, eterno candidato a ministro, ha hecho lo imposible en la redacción de los derechos de asociación y de reunión. En Baviera las mujeres son excluidas de todas las asambleas públicas…

… Esta situación hace imposible que las mujeres proletarias puedan organizarse a lado de los hombres. Hasta ahora han llevado una lucha contra el poder policiaco y contra las leyes de los juristas y, por lo menos formalmente, han llevado la peor parte.

En realidad, son las vencedoras, ya que cuantas medidas se han puesto en práctica con el fin de aniquilar la organización de la mujer proletaria sólo han conseguido provocar un incremento en su consciencia de clase. Si aspiramos a la creación de una organización femenina potente en el terreno económico y político, debemos ante todo conquistar la libertad de movimientos en la lucha contra el trabajo domiciliario, por una reducción de la jornada de trabajo y, en primer lugar, contra lo que las clases dominantes suelen denominar derecho de asociación.

En este Congreso del Partido no pueden definirse las formas en las que debe desarrollarse la agitación femenina; ante todo debemos hacer nuestros los métodos con los cuales haremos progresar la agitación. En la resolución que les ha sido propuesta a ustedes se propone la elección de algunos delegados femeninos que tendrán la tarea de promover y dirigir, de modo unitario y programático, la organización económica y sindical entre las

mujeres. La propuesta no es nueva: ya había sido aceptada en el Congreso de Frankfurt, lo cual permitió que en determinados lugares se llevara a cabo con notable éxito; en el futuro podrá comprobarse si, aplicada a gran escala, puede propiciar un aumento masivo de la participación femenina en el movimiento proletario.

La agitación no puede hacerse sólo con discursos. Muchas indiferentes no vienen a nuestras asambleas, innumerables esposas y madres no pueden asistir a nuestras asambleas… y la tarea de la agitación socialista entre las mujeres no puede ser la de alejar a la mujer proletaria de sus deberes de madre y de esposa; por el contrario, la agitación debe procurar que puedan asumir su misión mucho mejor de lo que lo han hecho hasta ahora, y ello en interés de la emancipación del proletariado. La mejora de las relaciones en el seno de la familia, de la actividad doméstica de la mujer, reafirma su determinación para la lucha. Si le facilitamos la tarea de educadora de sus hijos, podrá hacerles conscientes y hacer que continúen luchando con el mismo entusiasmo y la misma abnegación con que lo hacen sus padres por la emancipación del proletariado. Cuando el proletario dice: «Mi mujer», entiende: «La compañera de mis ideales, de mis luchas, la educadora de mis hijos para las batallas del futuro». Y, de esta manera, muchas madres, muchas esposas que educan en la consciencia de clase a sus maridos y a sus hijos, contribuyen en la misma medida que las compañeras que vemos presentes en nuestras asambleas.

Por ello, si la montaña no va a Mahoma, Mahoma debe ir a la montaña. Debemos llevar el socialismo a las mujeres a través de los periódicos en el ámbito de una agitación programada. Propongo que, para ello, se distribuyan octavillas, pero no octavillas tradicionales que resuman en un cuarto de página todo el programa socialista, toda la ciencia de nuestro siglo, sino octavillas breves, que desarrollen desde un ángulo concreto una cuestión práctica, con un planteamiento de clase…

… Repito, se trata de sugerencias que someto al examen de ustedes. La agitación entre las mujeres es una empresa agotadora, que requiere muchos sacrificios, pero que tendrá su recompensa y que por tanto debe emprenderse. Si el proletariado sólo puede conquistar su plena emancipación gracias a una lucha que no haga discriminaciones de nacionalidad o de profesión, sólo podrá alcanzar su objetivo si no tolera ninguna discriminación de sexo. La inclusión de las grandes masas de mujeres proletarias en la lucha de liberación del proletariado es una de las premisas necesarias para la victoria de las ideas socialistas, para la construcción de la sociedad socialista.

Sólo la sociedad socialista podrá resolver el conflicto provocado en nuestros días por la actividad profesional de la mujer. Si la familia desaparece como unidad económica, y en su lugar se forma la familia como unidad moral, la mujer será capaz de promover su propia individualidad en calidad de compañera a lado del hombre, con iguales derechos jurídicos, profesionales y reivindicativos y, con el tiempo, podrá asumir plenamente su misión de esposa y de madre[21].

El movimiento de las mujeres socialistas de Alemania

Artículo publicado originalmente el 9 de octubre de 1909.

En 1907, el Partido Socialdemócrata de Alemania contaba con 29 mil 458 mujeres afiliadas, y en 1908, con 62 mil 257. Estas cifras muestran el resultado práctico que tuvo la propaganda política en favor del socialismo en doce meses. El año 1908 fue el primero en el que la nueva ley de asociación de todo el Imperio permitió a las mujeres afiliarse a organizaciones políticas. Hasta entonces, cada estado federal contaba con una ley de asociación propia y las mujeres tenían prohibido afiliarse a asociaciones y partidos políticos. Como esto no era suficiente, las autoridades interpretaban las leyes tan arbitrariamente que llegaban a considerar que un comité de tres mujeres constituía ya una organización política, aplicándoles duras penas y sanciones. Y lo que es peor: las leyes que se mantuvieron en algunos estados federales hasta mayo de 1908 prohibían a las mujeres asistir a mítines y conferencias políticas públicas. Es evidencia del poder de la consciencia de clase, del sentido práctico y de la formación, el que, a pesar de las limitaciones de las leyes reaccionarias y las prácticas brutales de las autoridades, casi treinta mil mujeres socialistas se hayan sumado al Partido, y que en el curso de un año esa cantidad se haya duplicado. En 1908, 257 secciones locales del SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) han incluido mujeres en sus comisiones ejecutivas, y otras cincuenta están por hacerlo. Pero hay más, el Partido ha constituido 150 círculos de estudio y lectura para darle instrucción teórica y práctica a las mujeres.

La propaganda socialista entre las esposas de los obreros y las mujeres asalariadas se ha ido desarrollando en cientos de mítines públicos, en los que las camaradas se dirigen de forma muy particular a las mujeres obreras. Se han distribuido entre ellas más de un millón de copias de un folleto que analiza de forma simple y popular los acontecimientos políticos actuales, reflejando las razones por las que las mujeres, al igual que los hombres, deben interesarse por la política y unirse al SPD. Desde 1892, el periódico *Igualdad*,

órgano femenino del Partido, ha difundido las ideas socialistas entre las obreras, dándoles formación teórica. Existen varios sindicatos con un gran número de mujeres afiliadas, entre las que este periódico —que el año pasado alcanzó un tiraje de 73 mil copias— se reparte gratuitamente.

El Buró de la Mujer del SPD, que en los años anteriores fue el centro de su actividad y propaganda, se integró en 1908 al Buró General del Partido, de acuerdo con la nueva forma de organización política para ambos sexos. En otras palabras, el Buró de la Mujer trabaja ahora conjuntamente con el Ejecutivo del Partido, en el que participan dos de sus miembros, una de ellas como miembro adjunto. Cuando se considera conveniente, cosa que ocurre muy a menudo, el Buró de la Mujer también colabora con el comité general de los sindicatos. Por ejemplo, nuestro Buró coeditó el folleto que mencionaba antes con el Ejecutivo del SPD y el comité general de los sindicados, y atrajo mediante circulares la atención de las camaradas hacia diversas tareas prácticas favorables a reformas sociales. Juntos están haciendo una enérgica campaña para que un extenso número de mujeres asalariadas coordinen cuerpos administrativos del Seguro de Enfermedad, que, de hecho, los únicos que las mujeres pueden coordinar en Alemania. Las camaradas también buscan crear comités locales para la protección de la infancia y mejorar los ya existentes. Dado que la supervisión que el Estado le da a la ley de protección de la infancia es absolutamente insuficiente, estos comités, junto con los consejos locales de los sindicatos, tienen que supervisar su administración. Además de esto, se instó a las mujeres socialistas a que fundaran y mejoraran los comités de protección a las obreras y recogieran sus quejas sobre las condiciones laborales ilegales y dañinas para remitirlas al inspector de fábrica.

Además de su trabajo en esta línea, las mujeres socialistas continúan su actividad a favor de la plena emancipación política de su sexo. La lucha por el sufragio universal que, especialmente en Prusia, han conducido de la manera más intensa, fue una lucha por el sufragio adulto para ambos sexos defendida en mítines y panfletos. Una incansable actividad de diversas formas, incluyendo una gran cantidad de mítines públicos y fabriles, ha conseguido llenar los sindicatos de mujeres trabajadoras. El número de afiliadas ha pasado de 136 mil 429 en 1907 a 138 mil 443 en 1908. El trabajo de nuestros sindicatos para organizar e instruir a las mujeres asalariadas no es más pequeño ni menos importante que el que realiza el SPD por inducir a las mujeres en las luchas políticas de la clase obrera.

El Partido y los sindicatos se inspiran en la concepción socialista de la historia, y son conscientes de la gran importancia que tiene, como principio y como práctica, un movimiento de mujeres; y en consecuencia, las organizaciones políticas y sindicales proporcionan una ayuda abundante a la labor de las camaradas. ¡Cuánto les debe movimiento de mujeres socialistas por su ayuda fraternal! No obstante, hay que enfatizar que su desarrollo, así como su extensión y madurez, debe atribuirse, en última instancia, al trabajo de las propias camaradas.

Lo más destacado del movimiento de mujeres socialistas en Alemania es su claridad y su espíritu revolucionario, acordes con las teorías y los principios socialistas. Las mujeres de este movimiento son plenamente conscientes de que el destino social de su sexo está ligado a la evolución general de la sociedad, siendo la evolución del trabajo y la vida económica su fuerza motriz más poderosa. La emancipación integral de todas las mujeres depende, en consecuencia, de la emancipación social del trabajo; y esta sólo puede realizarse con la lucha de clases de la mayoría explotada. Por tanto, las mujeres socialistas se oponen tajantemente a la creencia de las mujeres burguesas de que las mujeres de todas las clases deben reunirse en torno a un único movimiento apolítico y neutral que reivindique exclusivamente los derechos de las mujeres. Sostienen, en la teoría y en la práctica, la convicción de que los antagonismos de clase son más poderosos, efectivos y decisivos que los antagonismos sociales entre sexos, y que, por ello, las mujeres obreras nunca conseguirían su plena emancipación a través de una lucha de todas las mujeres sin distinción de clase contra los monopolios sociales del sexo masculino, sino sólo en la lucha de clases de todos los explotados, independientemente de su sexo, en una lucha de clases contra todos los que explotan, independientemente de su sexo. Eso no quiere decir, en absoluto, que subestimen la importancia de la emancipación política del sexo femenino; por el contrario, emplean mucha más energía que las mujeres alemanas de derecha por conquistar el sufragio. Pero el voto no es la máxima expresión de sus aspiraciones, sino un arma, un medio de lucha para alcanzar su objetivo revolucionario: el orden socialista.

El movimiento de mujeres socialistas en Alemania se inspira en la grandiosa máxima de Karl Marx: «Hasta ahora, los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo». Se esfuerza por ayudar a cambiar el mundo despertando la consciencia y la voluntad de las mujeres trabajadoras de unirse en la

realización de la obra más titánica que la historia conocerá: la emancipación del trabajo por obra de la propia clase trabajadora[22].

EL DEBER DE LAS MUJERES EN TIEMPOS DE GUERRA

En noviembre de 1914 —cinco meses después del estallido de la Primera Guerra Mundial— la prensa socialista de varios países publicó un resumen del llamamiento de Clara Zetkin a las mujeres socialistas.

El deseo de paz del proletariado internacional resultó insuficiente para evitar la guerra mundial. Igual que una bala de cañón que rodara sobre la frágil hierba, que ayer mecía la brisa suavemente, así las fuerzas del imperialismo, impulsadas por el capitalismo, han pasado por encima de las manifestaciones y esperanzas proletarias por la paz. Ahora el mundo está en llamas y se está librando una guerra como nunca antes se había conocido…

¿Qué hace falta?

La ley marcial nos impide hallar una respuesta. Nos encontramos con que las fuerzas impulsoras del capitalismo han sobrepasado los límites del desarrollo pacífico. Las consecuencias son incalculables y, cualesquiera que sean los cambios que la guerra traiga a Europa, es seguro que ésta no acabará hasta haber provocado los efectos más tremendos en la economía de las naciones y en el mercado mundial. Es por ello que la clase obrera debe redoblar sus esfuerzos como portadora consciente del proceso histórico hacia el orden social más alto del socialismo.

Sería indigno de las mujeres socialistas contemplar con los brazos cruzados estos acontecimientos históricos, en que se está gestando el futuro. Los tiempos las llaman a emprender grandes tareas, y su cumplimiento requiere de toda la dedicación, todo el entusiasmo y todo el sacrificio que fluyen del «eterno femenino» de su naturaleza y su convicción.

El hambre es la hermana gemela de la guerra. Su mano despiadada y reseca llama a la puerta de cada familia cuyo proveedor ha marchado al frente. El desempleo también se extiende con mayor rapidez que cualquier epidemia; la ansiedad, el hambre, la enfermedad y la mortalidad infantil le suceden… ¿Qué traerá el invierno? Millones de bocas se hacen esta pregunta…

Aquí nos encontramos con un amplio campo donde las mujeres socialistas pueden dar una batalla, una batalla que, a su vez, es por sus derechos como seres humanos; el momento requiere de toda su fuerza. Y así, las mujeres socialistas están trabajando pacíficamente a lado del «Servicio de la Mujer» nacionalista-burgués y con sus representantes en los órganos comunales; sin unirse, no obstante, a su organización, algo que supondría un lastre para su propio trabajo. Nuestra camarada, la señora Zietz, ha escrito recientemente un artículo en el que señala la necesidad de ese tipo de actividad y las líneas de demarcación por las que debe guiarse en cada caso.

Si los municipios realmente quisieran impedir el terrible riesgo de la miseria, no podrían hacerlo sin la ayuda diaria de nuestras camaradas, que aportan a su trabajo el conocimiento adquirido en el Partido Socialista y en los sindicatos, así como también la experiencia práctica que han ganado como proletarias. Ellas saben cómo encontrar la forma de aliviar, con sensibilidad y orgullo, a aquellos que sufren, y saben encontrar la palabra que afloje sus lenguas. Tienen en los ojos la rapidez necesaria para detectar dónde y cómo se necesita su ayuda; más que cualquier persona, pueden hablar «por el mudo y por la causa de todo los olvidados». Nada de limosnas; ayuda y trabajo como deber social, que es la exigencia presentada con convicción ante todos los organismos públicos. Y nuestras mujeres deben, además, despertar el espíritu socialista, la solidaridad de clase proletaria entre aquellos a los que ayudan; pues téngase presente que toda la ayuda y el socorro amorosos son por sí solos incapaces de sacudir los cimientos de la sociedad capitalista.

La guerra ha adelgazado las filas de nuestras organizaciones políticas y sindicales. Cuando hablamos de preservar las organizaciones, nos referimos, sobre todo, al espíritu que reside en ellas. Una de las formas más importantes de conservar este espíritu es mediante el tiraje de nuestra prensa, que, por encima de toda la confusion de la batalla y los montones de escombros, debe agitar la bandera del Socialismo Internacional en alto e impoluta.

¡Socialismo Internacional! ¿No suenan a burla estas palabras? En los días en los que los representantes del proletariado debieron haberse reunido en Viena para el acto por la paz y la libertad de los pueblos, decenas de miles de hijos del pueblo exhalaban su último aliento en los campos de batalla; otras decenas de miles gemían en los campos y hospitales, y aquella muerte y aquellas heridas habían sido infligidas por mano de sus hermanos. Cientos de miles, incluso millones, independientemente del uniforme que llevan, declaran con los dientes apretados: «Nosotros no deseamos hacerlo, debemos hacerlo. Los derechos y la independencia de nuestra patria están en peligro».

La guerra tiene su propia lógica, sus propias leyes y normas. Genera un ambiente que exige heroísmo, pero, por otro lado, más allá de los deseos de los combatientes, despierta a menudo la bestia que habita en el subconsciente del hombre. Las cartas que llegan del frente muestran el endurecimiento del alma y los sentidos ante los horrores de la guerra, un endurecimiento que, en muchos casos, desemboca en brutalidad y bestialidad. Los periódicos refieren las más horribles atrocidades que se cometen más allá de las fronteras alemanas en nombre del patriotismo, contra la invasión de los soldados alemanes; sí, incluso contra los heridos y los que cuidan de ellos. Y aunque estos hechos pueden exagerarse, y en efecto se exageran, no cabe duda de que existe barbarie más que suficiente.

Pero ¿nos engañan los oídos? Deben cometerse barbaridades similares para «vengar» estas fechorías. Esto es lo que leemos en parte de la prensa burguesa. Por cada alemán injustamente fusilado, se debe quemar una aldea. El *Berliner Neueste Nachrichten* va incluso más allá y exige la expulsión de todos los habitantes de los distritos ocupados… Quien sea descubierto vestido de civil en los distritos prohibidos, tiene 24 horas para abandonarlos, so pena de ser fusilado como «espía». Junto con los llamados a la barbarie viene, por supuesto, la denigración de los pueblos extranjeros —cuya amistad con Alemania se buscaba ayer mismo—, y el menosprecio de sus contribuciones a la marcha ascendente de la humanidad. Es como se hubieran roto todos los estándares con que si se medía el derecho y la justicia en la vida de las naciones; como si se hubieran falsificado todas las pesas con que se pesaban las cosas de las naciones. ¡Qué lejos parece estar el ideal proletario de la solidaridad internacional y la hermandad de los pueblos! ¿Es posible que la guerra acabe no sólo con la vida del ser humano, sino también con sus metas?

No, y mil veces no. No permitamos que las masas trabajadoras olviden que la guerra ha sido causada por complicaciones políticas y económicas, y no por los defectos personales de los pueblos contra los que lucha Alemania. Tengamos el coraje, cuando oigamos que se insulta a la «pérfida Albion», «la Francia degenerada», «los bárbaros rusos», etc., de responder subrayando las aportaciones indelebles que estos pueblos han hecho al desarrollo de la humanidad y cómo han contribuido a la realización de la civilización alemana. Los alemanes, que han contribuido mucho al patrimonio internacional de la civilización, deben ser capaces de juzgar a los otros pueblos con justicia y veracidad. Permitámonos señalar que todos los pueblos tienen el mismo derecho a la independencia y la autonomía por cuya preservación luchan los alemanes…

Las mujeres socialistas escuchamos en este tiempo de sangre y hierro las voces que todavía hablan bajo, con dolor y consuelo, del futuro. Trasmitámosles esas voces a nuestros hijos. Protejámoslos del sonido de bronce de las nociones que llenan las calles a diario, en las que el barato orgullo de raza ahoga a la humanidad. En nuestros hijos debe crecer la seguridad de que ésta, la más espantosa de todas las guerras, será la última. La sangre de los muertos y los heridos no debe ser una corriente que divida el sufrimiento presente y la esperanza futura, sino que los consolide y vincule rápidamente y para siempre[23].

ROSA LUXEMBURG

El siguiente artículo fue publicado en el número 5 de la revista La Internacional Comunista, *en septiembre de 1919.*

En Rosa Luxemburgo vivía una voluntad indomable. Siempre dueña de sí, sabía atizar en el interior de su espíritu una llama dispuesta a brotar cuando hiciese falta, sin perder jamás su aspecto sereno e imparcial. Acostumbrada a dominarse a sí misma, podía disciplinar y dirigir el espíritu de los demás. Su sensibilidad exquisita la movía a buscar asideros para no dejarse arrastrar por las impresiones externas; pero, bajo aquella apariencia de temperamento reservado, se escondía un alma delicada, profunda, apasionada, que no sólo abrazaba como propio todo lo humano, sino que se extendía también a los demás seres vivientes, pues para ella el universo formaba un todo armónico y orgánico. ¡Cuántas veces se detenía aquella a quien llamaban «Rosa la sanguinaria», fatigada y abrumada de trabajo, y regresaba a salvar la vida de un insecto extraviado entre la hierba! Su corazón estaba abierto a todos los dolores humanos. Nunca le faltaba tiempo ni paciencia para escuchar a cuantos acudían a ella buscando ayuda y consejo. Nunca necesitaba nada para sí, y se privaba con gusto de lo más necesario para dárselo a otros.

Severa consigo misma, era toda indulgencia para con sus amigos, cuyas preocupaciones y penas la entristecían más que sus propios pesares. Su fidelidad y su abnegación estaban por encima de toda prueba. Y aquella a quien se tachaba de fanática y de sectaria, rebozaba cordialidad, ingenio y buen humor cuando se encontraba rodeada de sus amigos. Su conversación era el encanto de todos. La disciplina que se había impuesto y su natural pundonor le habían enseñado a sufrir apretando los dientes. En su presencia parecía desvanecerse todo lo que era vulgar y brutal. Aquel cuerpo pequeño, frágil y delicado, albergaba una energía sin igual. Sabía exigir siempre de sí misma el máximo esfuerzo y jamás fallaba. Y cuando se sentía a punto de sucumbir al agotamiento de sus energías, emprendía, para descansar, un trabajo todavía más pesado. El trabajo y la lucha le infundían aliento. Rara vez salía de sus labios un «no puedo»; en cambio, el «debo» aparecía a todas

horas. Ni lo delicado de su salud ni las adversidades hacían mella en su espíritu. Rodeada de peligros y contrariedades, jamás perdió la seguridad en sí misma. Su alma libre vencía los obstáculos que la cercaban.

Mehring tiene mucha razón cuando dice que Luxemburg era la más genial discípula de Karl Marx. Su pensamiento, tan claro como profundo, brillaba siempre por su independencia; no necesitaba someterse a las fórmulas rutinarias, pues sabía juzgar por sí misma el verdadero valor de las cosas y los fenómenos. Su espíritu lógico y penetrante se enriquecía con el aprendizaje de las contradicciones que ofrece la vida. Sus ambiciones personales no se colmaban con conocer a Marx, con dominar e interpretar su doctrina; necesitaba seguir investigando por cuenta propia y creando en el espíritu del maestro. Su estilo brillante le permitía dar realce a sus ideas. Sus tesis no eran jamás demostraciones secas y áridas, circunscritas a los límites de la teoría y de la erudición. Chispeantes de ingenio y de ironía, en todas ellas vibraba su emoción contenida y todas revelaban una inmensa cultura y una fecunda vida interior. Gran teórica del socialismo científico, Luxemburg no incurría jamás en esa pedantería libresca que lo aprende todo en letra de molde y no sabe de más alimento espiritual que los conocimientos indispensables y circunscritos a su especialidad; su gran afán de saber no conocía límites y su amplio espíritu, su aguda sensibilidad, la llevaban a descubrir en la naturaleza y en el arte fuentes inagotables de gozo y de riqueza interior.

En el espíritu de Rosa Luxemburg, el ideal socialista era una pasión avasalladora que todo lo arrollaba; una pasión simultánea del cerebro y del corazón, que la devoraba y la acuciaba a crear. La única ambición grande y pura de esta mujer sin par, la obra de toda su vida, fue la de preparar la revolución que había de abrir paso al socialismo. Vivir la revolución y tomar parte en sus batallas fue para ella la suprema dicha. Con una voluntad férrea, con un desprecio total de sí misma, con una abnegación que no se puede expresar con palabras, Rosa puso al servicio del socialismo todo lo que era, todo lo que valía, su persona y su vida. No fue sólo el día de su muerte cuando le ofrendó la vida a sus ideas; se la había dado ya trozo a trozo, cada minuto de su existencia de lucha y de trabajo. Por esto podía legítimamente exigir también de los demás que lo entregaran todo, su vida incluso, en aras del socialismo. Rosa Luxemburg simboliza la espada y la llama de la revolución, y su nombre quedará grabado en los siglos como el de una de las más grandiosas e insignes figuras del socialismo internacional[24].

LA ORGANIZACIÓN DE LAS MUJERES

La siguiente es la intervención que Zetkin pronunció ante el IV Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en 1922.

Camaradas: antes de comenzar mi informe sobre las actividades del Secretariado Femenil Internacional del Comité Ejecutivo Internacional y el desarrollo de la actividad comunista entre las mujeres, se necesitan unas breves observaciones. Son necesarias porque nuestro trabajo todavía no se entiende del todo, no sólo por nuestros opositores, sino incluso por nuestros propios camaradas. Estos son algunos, se trata de resabios de un punto de vista anterior; en otros, se trata de prejuicio deliberado, pues muchos no simpatizan con nuestra causa e incluso se oponen a ella.

El Secretariado Femenil Internacional es parte del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, y no sólo desarrolla su actividad en constante cooperación con él, sino también bajo su dirección directa. Lo que normalmente llamamos Movimiento de Mujeres Comunistas no es un movimiento independiente de las mujeres, sino que existe para realizar propaganda comunista sistemática entre las mujeres. Esto obedece a un propósito doble: en primer lugar, incorporar a las secciones nacionales de la Comintern a aquellas mujeres que ya estén imbuidas del ideal comunista, haciéndolas colaboradoras conscientes en la actividad de esas secciones; y, en segundo lugar, ganar a las mujeres indiferentes al ideal comunista y atraerlas a las luchas del proletariado. Las masas de mujeres trabajadoras deben movilizarse para estas luchas. No hay trabajo en el Partido ni lucha en el movimiento en cualquier país en el que las mujeres no sintamos el deber de participar. Además, deseamos tomar nuestro lugar en los Partidos Comunistas y en la Internacional, donde el trabajo sea más arduo y el tiroteo más tupido, sin rehuir ni el más humilde y modesto trabajo cotidiano.

Se ha hecho evidente que requerimos órganos especiales para llevar a cabo el trabajo comunista de organización y educación entre las mujeres como parte de la vida del Partido. La agitación comunista entre las mujeres no es sólo una tarea de mujeres, sino de todo el Partido Comunista de cada país,

de la Internacional Comunista. Para conseguir nuestro objetivo es necesario establecer órganos partidistas, Secretarías de la Mujer, Departamentos de la Mujer o como quiera que los llamemos, destinados a esta labor.

Por supuesto, no negamos que cualquier personalidad fuerte, sea hombre o mujer, pueda hacer el mismo trabajo en alguna organización local o distrital. Pero, por mucho que admitamos que estos logros individuales se dan el Partido, debemos preguntarnos cuánto mayores serían los beneficios obtenidos si, en lugar de trabajar individualmente, contáramos con la cooperación de más fuerzas. La unidad de acción hacia a un objetivo común debe ser la consigna en nuestro partido, en la Internacional y en el trabajo con las mujeres.

Como cuestión de eficacia, de división práctica del trabajo, las camaradas suelen ser más aptas para tomar parte en los órganos especiales dedicados al trabajo comunista entre las mujeres. No podemos soslayar el hecho de que las grandes masas de mujeres viven y trabajan actualmente en condiciones especiales. Por eso, en general, son las camaradas quienes encuentran el método más apropiado y rápido para acercarse a las obreras y comenzar la propaganda comunista. Así como las comunistas consideramos nuestro derecho y nuestro deber el tomar parte en la actividad diaria del Partido —desde el humilde trabajo de distribución de volantes, hasta la lucha final y decisiva—, y consideraríamos insultante que se nos considerara indignas de participar en la gran vida histórica del Partido y de la Internacional Comunista, así no excluimos a ningún hombre del trabajo comunista dirigido especialmente a las mujeres.

Durante el último año hemos tenido ejemplos buenos y malos del trabajo comunista entre las mujeres. Hemos podido ver los lados buenos en países como Bulgaria y Alemania, donde las secciones de la Internacional Comunista han creado órganos especiales, y donde las Secretarías de la Mujer han desarrollado el trabajo de organización y educación de las mujeres comunistas, movilizado a las obreras e incorporándolas a la lucha social. En estos países, el movimiento de mujeres comunistas se ha convertido en uno de los puntos fuertes de la vida general del partido. Ahí, el partido cuenta con muchas mujeres militantes que, además, están unidas a las grandes masas de mujeres en armas que no están afiliadas al Partido.

Cuando se quiere, se puede. Y si queremos la revolución mundial, podremos encontrar un camino hacia las masas de mujeres explotadas y esclavizadas, independientemente de si las condiciones históricas lo facilitan o lo dificultan.

Permítanme mostrarles algunos ejemplos negativos de la falta de órganos especiales para trabajar entre las mujeres en los partidos comunistas. Allí donde no existen las Secretarías de la Mujer u órganos similares, hemos observado una caída de la participación de la mujer en la vida del Partido Comunista y la retirada del proletariado femenino de la lucha de su clase. En Polonia, el Partido se ha negado hasta ahora a establecer espacios especiales para el trabajo entre las mujeres. El Partido estaba de acuerdo con permitir a las mujeres luchar en sus filas y participar en huelgas y movimientos de masas. Sin embargo, empezamos a darnos cuenta de que esto no es suficiente para que el ideal comunista cale entre el proletariado femenino. Las últimas elecciones en Japón han demostrado que la reacción encuentra su apoyo fundamental entre las masas de mujeres ignorantes e indiferentes que todavía no han sido atraídas al comunismo. Y esto no debe ocurrir nunca más.

En Inglaterra, la organización para dirigir una agitación sistemática entre el proletariado femenino está totalmente ausente, y el Partido Comunista de Gran Bretaña se excusa en su debilidad y continuamente rechaza o pospone la creación de un órgano especial que se dedique a la agitación sistemática entre las mujeres. Todas las llamadas a la acción del Secretariado Femenino Internacional han sido en vano, pues aún no se ha establecido una Secretaría de la Mujer. Lo único que se ha hecho fue nombrar a una camarada como agitadora general del Partido. Nuestras camaradas han organizado varias conferencias destinadas a educar políticamente a las mujeres comunistas fuera de sus propias filas. Y los buenos resultados de estas conferencias exhortan al Partido Comunista a reforzar el desarrollo de conferencias similares.

La actitud del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de Gran Bretaña no se debe, en mi opinión, sólo a su debilidad financiera, sino también, en parte, a su juventud y a las deficiencias que resultan de él. No obstante, tampoco quisiera criticar demasiado a este Partido. El éxito del Partido Comunista en las últimas elecciones generales en Gran Bretaña prueba su firme determinación y su éxito en la práctica. Sin embargo, esta victoria electoral, así como la actividad política y la reorganización decididas, obligan en este momento al Partido Comunista de Gran Bretaña a pasar de ser un pequeño partido propagandista a una organización que se dirija directamente a las masas en un esfuerzo por organizar al proletariado femenino. La sección británica de la Internacional no puede permanecer indiferente al hecho de que en su país hay millones de obreras militando en sociedades sufragistas, en sindicatos de mujeres del viejo tipo, en cooperativas de consumidores, en el Partido Laborista y en el Partido Laborista Independiente. Corresponde al

Partido Comunista luchar con todas estas organizaciones para atraer las mentes, los corazones, la fuerza de voluntad y las acciones del proletariado femenino. Por lo tanto, será una necesidad a largo plazo la creación de órganos especiales que permitan organizar y capacitar a las mujeres del Partido Comunista y hacer que las mujeres proletarias fuera del Partido se sumen a la lucha por sus intereses de clase.

En varios países, las mujeres comunistas, bajo la dirección de su partido, han aprovechado cada oportunidad para despertar a las mujeres proletarias y dirigirlas a la lucha contra el sistema capitalista. Por ejemplo, éste fue el caso de Alemania en la lucha contra la llamada Ley del Aborto, que se usó para una campaña eficaz y de gran alcance contra la dominación de la clase burguesa y el Estado burgués. Esta campaña nos aseguró la simpatía y la adhesión de grandes masas de mujeres. No se presentó como una cuestión femenina, sino como una cuestión política del proletariado.

Estamos plenamente conscientes de la importancia del trabajo entusiasta y exhaustivo en los sindicatos y las cooperativas. Con el fin de llevar a cabo un trabajo enérgico y sistemático en ambos espacios, es necesario ganar influencia sobre las grandes secciones de mujeres e incorporarlas a la lucha. Esto es lo que debe hacerse al influir sobre las trabajadoras a través de sus sindicatos y en las amas de casa proletarias y pequeñoburguesas mediante el movimiento cooperativista. Sin embargo, quisiera señalar que en nuestro trabajo no hay cabida para falsas ilusiones. Debemos, por el contrario, dar lo mejor de nosotras para acabar con la ilusión de que los movimientos sindicalistas y cooperativistas, bajo el sistema capitalista, son capaces de conseguir leyes en beneficio del proletariado y destruir los fundamentos del capitalismo. Por útil e indispensable que sea el trabajo de los sindicatos y las cooperativas, no pueden derrocar al capitalismo.

Las condiciones son especialmente favorables para concentrar también a mujeres no proletarias bajo la bandera del comunismo. El declive del capitalismo ha creado en Gran Bretaña, Alemania y otros estados burgueses una clase de nuevos ricos, así como una clase de nuevos pobres; la clase media se está proletarizando. En consecuencia, las exigencias vitales están alterando el corazón de muchas mujeres que hasta ahora llevaban una existencia segura y feliz en el capitalismo. Muchas mujeres profesionales, particularmente las intelectuales —profesoras, funcionarías y empleadas de oficina de todo tipo—, se están rebelando y se ven empujadas a la lucha contra el capitalismo. Camaradas, debemos aprovechar el fermento en estos círculos de mujeres y avivar las brasas de desesperanza resignada para que se

conviertan en una llama de indignación que conduzca a la consciencia y la acción revolucionarias.

¿Qué hay de las condiciones que pueden hacer esto posible? He señalado ya las despiadadas condiciones que rigen hoy la vida de millones de mujeres, provocando que muchas de ellas despierten de su letargo. Todo aquello que hasta ahora se había interpuesto en nuestro camino, el atraso político y la indiferencia de las mujeres en general, puede, bajo la presión de un sufrimiento inaguantable, atraer a las mujeres adultas al bando comunista. Su mentalidad está menos afectada por la consigna falsa y engañosa de los reformistas socialdemócratas y los reformadores burgueses. Su mentalidad suele ser una hoja en blanco, por lo que, subsecuentemente, nos resultará más sencillo atraer a las masas femeninas, hasta ahora indiferentes, y capacitarlas para la lucha sin que medie la transición preliminar de las organizaciones sufragistas, pacifistas y reformistas. Sin embargo, quisiera hacer una advertencia: no debemos ser fatuos y creer que las mujeres se unirán inmediatamente a la lucha por nuestros objetivos finales, pues también podemos depender de ellas en la lucha defensiva contra una ofensiva general de la burguesía.

Creo que nuestras camaradas de Bulgaria nos han demostrado una buena forma de organización femenina creando sindicatos de mujeres simpatizantes. Estos sindicatos no son sólo centros de capacitación para ingresar al Partido Comunista, sino también cauces efectivos para atraer a las masas femeninas a todas las actividades y acciones del Partido. Este ejemplo lo están empezando a seguir nuestros camaradas italianos, que también han creado grupos de mujeres simpatizantes, incluyendo a mujeres que todavía son reacias a afiliarse a partidos políticos o a asistir a mítines y conferencias. Lo cierto es que quienes realizan el trabajo comunista entre las mujeres de cualquier país no sólo deben reconocer este ejemplo, sino que también deben seguirlo.

Camaradas, ¿tienen las comunistas de las secciones de la Internacional la consciencia, la voluntad y la energía que se requiere para este trabajo entre las masas femeninas? No debemos ocultar el hecho de que las mujeres comunistas, como los varones, carecemos frecuentemente del básico entrenamiento teórico y práctico. El atraso y la debilidad de las mujeres en el movimiento político sólo refleja el atraso y la debilidad de las filas comunistas en general. Es de vital importancia superar tan pronto como sea posible la falta de formación y la debilidad de quienes llevan a cabo el trabajo comunista entre el proletariado femenino. Por eso insto a todos ustedes a que le asignen a las mujeres de nuestras filas responsabilidades prácticas del

Partido y se aseguren de que cuenten con todas las oportunidades formativas posibles. Camaradas, la formación básica y práctica de las mujeres para la propia lucha comunista forma parte de su propia labor educativa, y es una condición importante e indispensable para su éxito.

Los signos de nuestro tiempo demuestran que la sociedad está objetivamente madura, que se pasa de madura, para el derrocamiento del capitalismo. Pero no hemos podido probar que la voluntad del proletariado, la voluntad de la clase destinada a ser la sepulturera del sistema capitalista, esté madura en el sentido histórico de la palabra. Pero camaradas, esta situación histórica es como un paisaje alpino en el que grandes masas de nieve reposan en las cimas de las montañas durante siglos, aparentemente insensibles al sol, la lluvia o la tormenta… pero, a pesar de las apariencias, están socavadas; se han suavizado y están «maduras» para desplomarse.

Acaso baste con que un pajarillo bata las alas para que se produzca una avalancha capaz de arrollar valles enteros bajo su peso. No sabemos cuándo, hombres y mujeres nos hallaremos ante la revolución mundial. Por eso, no debemos perder ni una hora; es más, no debemos perder ni un minuto sin trabajar para la revolución mundial. La revolución mundial no significa sólo la destrucción del mundo y la destrucción del capitalismo, significa también la construcción del mundo y la creación del comunismo. Inspirémonos en el significado real del mundo: preparémonos y preparemos a las masas, para que se conviertan en las creadoras mundiales del comunismo.

POR UN FRENTE ÚNICO OBRERO CONTRA EL FASCISMO

Clara Zetkin pronunció el siguiente discurso inaugural como presidenta honoraria del Reichstag (título que le correspondió por ser la diputada de más edad) el 30 de agosto de 1932. En ese momento, la población trabajadora de Alemania sufría de manera particularmente aguda los efectos de la crisis mundial, conocida como la Gran Depresión, originada en 1929. En ese contexto, los «Camisas Pardas» fascistas de Adolf Hitler, se dedicaban a romper por la violencia las reuniones sindicales y socialistas, atacando al mismo tiempo a la población judía. El gobierno del Reich, encabezado por Hindenburg, no sólo toleraba estos ataques, sino que amenazaba con disolver al Reichstag (Parlamento) e imponer un estado de excepción. Tristemente, esto fue lo que ocurrió seis meses después, cuando el propio Hitler fue nombrado canciller e impuso un régimen de terror belicista, antisemita y antiobrero que duraría hasta su derrota en la Segunda Guerra Mundial en 1945.

Clara Zetkin murió en julio de 1933.
Éste fue uno de sus últimos discursos.

Antes de que el Reichstag pueda resolver las cuestiones específicas del día, debe enfrentar esta tarea central: desconocer al gobierno del Reich que, violando la Constitución, amenaza con disolver totalmente al Reichstag.

El Reichstag podría acusar al presidente y los ministros del Reich por violaciones a la Constitución y, si las siguen cometiendo, llevarlos ante el Tribunal Estatal de Leipzig. Sin embargo, llevarlos ante esa corte suprema, sería como acusar al diablo con su abuela.

Desde luego, es obvio que ninguna decisión parlamentaria puede quebrar un poder basado en el Reichswehr (ejército) y demás agencias en que se apoya el Estado burgués, junto con el terrorismo de los fascistas, la cobardía del liberalismo burgués y la pasividad de amplios sectores del proletariado.

Desconocer al gobierno del Reichstag sólo puede ser una señal para que las amplias masas fuera del Parlamento se movilicen y tomen el poder. El fin

de esta batalla debe ser emplear todo el peso de los logros económicos y sociales de los obreros, así como sus grandes números.

La batalla debe librarse particularmente para derrotar al fascismo, que intenta destruir a sangre y fuego toda expresión de clase de los obreros. Nuestros enemigos saben bien que la fuerza del proletariado no deriva de sus asientos en el Parlamento, sino que está anclada en sus organizaciones políticas, sindicales y culturales.

El ejemplo de Bélgica le muestra a los obreros que, incluso durante la más severa depresión económica, una huelga de masas resulta un arma efectiva, siempre que esté respaldada por la determinación de las masas y su disposición a no retroceder en la batalla y usar la fuerza para repeler las fuerzas combinadas del enemigo.

Ahora bien, si la clase obrera flexiona sus músculos fuera del Parlamento, no debe ser sólo para desconocer a un gobierno que ha violado la Constitución. Debe ir más allá del objetivo del momento y prepararse para el derrocamiento del Estado burgués y de su base, que es el sistema capitalista.

Cualquier intento de resolver esta crisis mientras el capitalismo siga en pie no podrá sino empeorar el desastre. La intervención del Estado ha fracasado porque el Estado burgués no controla la economía; es la economía burguesa la que controla al Estado.

Como aparato de poder de la clase propietaria, sólo puede operar en beneficio de ésta y a expensas de las masas productoras y consumidoras. Planificar la economía sobre bases capitalistas es una contradicción de términos. Esos intentos siempre se estrellan con la propiedad privada de los medios de producción. Una economía planificada sólo será posible cuando la propiedad privada de los medios de producción haya sido abolida.

El único modo de superar a las crisis económicas y las amenazas de guerra imperialista, es una revolución proletaria que acabe con la propiedad privada de los medios de producción y así permita una economía planificada.

La gran prueba histórica de esto no es otra que la Revolución Rusa. Ésta ha demostrado que los obreros tienen la fuerza para derrotar a todos sus enemigos: los capitalistas de su propio país y los bandidos imperialistas extranjeros. Ella ha despedazado los tratados esclavistas como el de Versalles[25].

El estado soviético también ha confirmado que los obreros poseen la madurez para construir un nuevo sistema económico en el que el mayor desarrollo de la sociedad pueda ocurrir sin crisis devastadoras, pues ha

destruido los métodos de producción arcaicos: la propiedad privada de los medios de producción.

La lucha de las masas laboriosas contra el desastroso sufrimiento del presente es, al mismo tiempo, la lucha por su plena liberación. La mirada de las masas debe mantenerse fija en este objetivo luminoso, que no debe enturbiarse por la ilusión de una democracia liberadora. Las masas no deben dejarse amedrentar por el brutal uso de la fuerza con que el capitalismo busca sobrevivir, en la forma de nuevas guerras mundiales y ataques civiles fascistas.

La tarea inmediata más importante es constituir un Frente Único de todos los obreros para repeler al fascismo, para preservar la fuerza y el poder que los explotados y oprimidos tienen en su organización y para mantener su existencia física misma.

Ante esta imperiosa necesidad histórica, todas las opiniones que inhiban y dividan, sean políticas, sindicales, religiosas o ideológicas, deben pasar a segundo plano. Todos los que se sienten amenazados, todos los que sufren y todos los que aspiran a la liberación pertenecen al Frente Único contra el fascismo y sus representantes en el gobierno.

La auto-afirmación de los obreros frente al fascismo es el siguiente prerrequisito indispensable para el Frente Único en la batalla contra las crisis, las guerras imperialistas y lo que las causa: los medios de producción capitalistas. La revuelta de millones de trabajadores y trabajadoras alemanas contra el hambre, la esclavitud, el asesinato fascista y las guerras imperialistas es una expresión del destino indestructible de los obreros de todo el mundo.

Esta comunidad internacional de destino debe convertirse en una comunidad férrea de lucha que los conecte con la vanguardia de sus hermanos y hermanas en la Unión Soviética. Las huelgas y revueltas en los distintos países son señales flamantes que indican a los combatientes alemanes que no están solos. En todas partes, los desheredados y los oprimidos han comenzado a moverse hacia la toma del poder.

En el Frente Único de los obreros, que también se está constituyendo en Alemania, no deben faltar los millones de mujeres, que aun cargan las cadenas de la esclavitud por su sexo, y por lo tanto están expuestas a una esclavitud de clase tanto más opresiva.

Los jóvenes que quieran florecer y madurar deben luchar en las primeras filas. Hoy, no se les ofrece más futuro que la obediencia ciega y la explotación en las filas del Servicio Laboral obligatorio.

Todos los que trabajan con la mente y que con su conocimiento y esfuerzos aumenten la prosperidad y la cultura, pero que en la actual sociedad burguesa se han vuelto superfluos, también pertenecen al Frente Único. Todos los que, como esclavos asalariados, sostienen al capitalismo con su tributo, pero al mismo tiempo son sus víctimas, también pertenecen en el Frente Único.

Estoy inaugurando las sesiones de este congreso en cumplimiento de mi deber como presidenta honoraria y con la esperanza de que, pese a mis actuales enfermedades, tenga la fortuna de inaugurar, el primer congreso de los sóviets de la Alemania soviética.

Apéndice I

Tesis sobre los métodos y las formas de trabajo de los partidos comunistas entre las mujeres

Las siguientes tesis fueron aprobadas por el III Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en 1922. Aunque son obra colectiva del Secretariado Femenino Internacional —y las camaradas de la sección rusa introdujeron modificaciones importantes—, fue Zetkin quien redactó el primer borrador y también quien defendió las tesis ante el pleno del Congreso.

Principios básicos

1. El III Congreso de la Internacional Comunista, conjuntamente con la II Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas, reafirma una vez más la decisión del I y II congresos acerca de la necesidad que tienen todos los partidos comunistas de Occidente y de Oriente de reforzar el trabajo entre las mujeres proletarias, educar a las amplias masas de obreras según el espíritu comunista e integrarlas en la lucha por el poder de los sóviets o en la construcción de la república obrera soviética.

En todo el mundo, la cuestión de la dictadura del proletariado se ha planteado directamente ante la clase obrera y por lo tanto también ante las mujeres trabajadoras.

El sistema económico capitalista se encuentra en un callejón sin salida. Las fuerzas productivas ya no pueden desarrollarse en el marco del capitalismo. La pauperización universal de los trabajadores, la incapacidad de la burguesía para reactivar la producción, el alto nivel de especulación, la ruina de la producción, el desempleo, la inestabilidad de los precios sin relación con los salarios: todos estos fenómenos provocan inevitablemente un recrudecimiento de la lucha de clases en todos los países. En esta lucha, se

decidirá la cuestión: quién y bajo qué sistema dirigirá, orientará y organizará la producción, un puñado de capitalistas o la clase obrera sobre una base comunista.

La nueva y ascendente clase proletaria, en conformidad con las leyes del desarrollo económico, debe apoderarse del aparato productivo para crear nuevas formas económicas. Sólo ello creará el ímpetu necesario para el máximo desarrollo de las fuerzas productivas, hasta ahora refrenadas por la anarquía de la producción capitalista.

Mientras el poder esté en manos de la clase burguesa, el proletariado será incapaz de reactivar la producción. Mientras el poder esté en manos de la burguesía, ninguna reforma, ninguna medida llevada a cabo por gobiernos democráticos o socialistas en los países burgueses podrá salvar la situación y aliviar los pesados e insoportables sufrimientos de las obreras y los obreros, causados por la ruina del sistema económico capitalista. Sólo la conquista del poder por parte del proletariado permitirá a la clase de los productores adueñarse de los medios de producción y así permitirles dirigir el desarrollo económico de acuerdo con los intereses de los trabajadores.

Para adelantar la hora de la inevitable lucha decisiva del proletariado con el podrido mundo burgués, la clase obrera debe aferrarse a las tácticas firmes y resueltas esbozadas por la III Internacional. La dictadura del proletariado —el objetivo inmediato fundamental— determina los métodos de trabajo y la línea de batalla para el proletariado de ambos sexos.

La lucha por la dictadura del proletariado es inminente para el proletariado de todos los estados capitalistas y la construcción del comunismo es la tarea inmediata de aquellos países en donde la dictadura está en manos de los obreros. Por lo tanto, el III Congreso de la Internacional Comunista afirma que ni la conquista del poder por el proletariado ni la realización del comunismo en un país ya liberado del yugo de la burguesía se pueden llevar a cabo sin la participación activa del grueso del proletariado y del semi-proletariado femeninos.

Por otra parte, el Congreso llama una vez más la atención de todas las mujeres sobre el hecho de que sin el apoyo de los partidos comunistas en todas las tareas e iniciativas para promover su liberación, los plenos derechos individuales y la emancipación verdadera son imposibles de lograr en la vida real.

2. Conforme la devastación económica mundial se vuelve cada vez más aguda e insoportable para todos los pobres de la ciudad y del campo, los intereses de la clase obrera requieren, especialmente en el periodo presente,

persistir de manera particular en el reclutamiento de mujeres en las filas organizadas del proletariado que lucha por el comunismo. Por consiguiente, se plantea ineludiblemente la cuestión de la revolución social ante la clase obrera de los países capitalistas burgueses, de la misma manera que surge la tarea de reconstruir la economía sobre nuevas bases comunistas ante los trabajadores de la Rusia soviética. Mientras más activa, consciente y resuelta sea la participación de las mujeres en estas dos tareas, más fácil será su realización.

En todas partes donde se plantee directamente la cuestión de la conquista del poder, los partidos comunistas deben tomar en cuenta el gran peligro para la revolución que representan las masas inertes de obreras, amas de casa, empleadas de oficina y campesinas que no están liberadas de la influencia de la perspectiva burguesa del mundo, la iglesia y las supersticiones y que no tienen conexión alguna con el gran movimiento comunista de liberación. Si las masas de mujeres en Occidente y Oriente no son reclutadas al movimiento, se convertirán inevitablemente en baluarte para la burguesía y en blanco para la propaganda contrarrevolucionaria. La experiencia de la Revolución Húngara, donde la falta de conciencia de las masas de mujeres desempeñó un papel tan lamentable, debería servir como advertencia para los proletarios de todos los demás países que se encaminan por la vía de la revolución social.

A la inversa, las políticas llevadas a cabo por la República Soviética muestran a través de la experiencia concreta la importancia de la participación de las obreras y campesinas —en la Guerra Civil, en la defensa de la República y en todos los aspectos de la construcción soviética—. Los hechos demuestran la importancia del papel que ya cumplen las obreras y campesinas en la República Soviética en la organización de la defensa, el fortalecimiento de la retaguardia, en la lucha contra la deserción y en el combate contra toda clase de contrarrevolución, sabotaje, etc. Se debe estudiar y poner en práctica en otros países la experiencia de la república obrera.

De lo anterior se desprende la tarea de cada partido comunista de propagar su influencia hasta las capas más amplias de la población femenina de su país mediante la organización de aparatos especiales e internos del Partido y el establecimiento de métodos especiales de acercamiento a las mujeres para liberarlas de la influencia de la perspectiva mundial burguesa o de la influencia de los partidos conciliadores y para forjar entre ellas resueltas luchadoras por el comunismo y, por lo tanto, combatientes por la educación integral de las mujeres.

3. Al plantear ante los partidos comunistas de Occidente y Oriente la tarea inmediata de fortalecer el trabajo del Partido entre las mujeres proletarias, el III Congreso de la Internacional Comunista señala al mismo tiempo a las obreras del mundo entero que *sólo la victoria del comunismo* hará posible su liberación de la injusticia, la esclavización y la desigualdad seculares. En ningún caso podrá el movimiento femenino burgués darle a la mujer lo que el comunismo le da. Mientras exista la dominación del capital y de la propiedad privada en los países capitalistas, la liberación de la mujer respecto de la dependencia de su marido no puede progresar más allá del derecho de disponer de sus propios bienes, de sus propios ingresos y de poder decidir con los mismos derechos que su marido sobre la suerte de sus hijos.

Los esfuerzos más decisivos de las feministas —la extensión del sufragio femenino bajo el dominio del parlamentarismo burgués— no resuelven el problema de la verdadera igualdad de la mujer, en especial para las mujeres de las clases no poseedoras. Ello se puede ver en la experiencia de las obreras en todos los países capitalistas donde, en los últimos años, la burguesía ha otorgado la igualdad formal entre los sexos. El sufragio no elimina la causa primaria de la esclavización de la mujer en la familia y en la sociedad. Dada la dependencia económica de la mujer proletaria de su amo capitalista y del hombre-proveedor, y en ausencia de una protección amplia para asegurar el porvenir de madres e hijos, así como de sistemas socializados de educación y cuidado infantil, la introducción en los estados capitalistas del matrimonio civil en lugar del matrimonio indisoluble no logrará la igualdad de la mujer en el marco matrimonial, ni proporciona la clave para solucionar el problema de las relaciones entre los sexos.

La igualdad real —y no formal y superficial— sólo se puede realizar bajo el comunismo, cuando las mujeres en conjunto con todos los miembros de la clase trabajadora se vuelvan copropietarias de los medios de producción y distribución, participen en su administración y tomen sus responsabilidades laborales sobre la misma base que todos los miembros de la sociedad trabajadora. En otras palabras, es sólo posible mediante el derrocamiento del sistema de explotación del trabajo del hombre por el hombre bajo la producción capitalista y mediante la organización de la forma comunista de la economía.

Sólo el comunismo creará las condiciones en las que la función natural de las mujeres, la maternidad, no entre en conflicto con sus deberes sociales ni obstaculice su trabajo creador por el bien colectivo. Por el contrario, el comunismo permitirá el desarrollo pleno, sano y armónico del individuo en

estrecha e indisoluble conexión con las tareas y la vida de la colectividad trabajadora. El comunismo debe ser la meta de todas las mujeres que luchan por la liberación de la mujer y el reconocimiento de todos sus derechos.

Pero el comunismo es también el objetivo final del proletariado en su conjunto. Por lo tanto, en el interés de ambos, la lucha de las obreras por este objetivo común debe librarse conjuntamente y en filas cerradas.

4. El III Congreso de la Internacional Comunista reafirma la proposición fundamental del marxismo revolucionario de que no existe ninguna «cuestión especial de la mujer», ningún movimiento especial de la mujer. Cualquier tipo de unidad de las obreras con el feminismo burgués, como el apoyo por parte de las obreras a las tácticas parcial o abiertamente traicioneras de los social-conciliadores —los oportunistas—, conduce al debilitamiento de las fuerzas del proletariado. Esto retrasa la revolución social y el advenimiento del comunismo, y por lo tanto el grandioso momento de la completa emancipación de la mujer.

No se logrará el comunismo por medio de los esfuerzos unidos de las mujeres de las diferentes clases, sino por la lucha conjunta de todos los explotados.

Las masas proletarias femeninas están obligadas, por su propio interés, a apoyar las tácticas revolucionarias del Partido Comunista y a participar de la manera más activa y directa posible en las acciones de masas y en todos los aspectos y formas de la guerra civil que surgen al nivel nacional e internacional.

5. La lucha de la mujer contra su doble opresión (por el capitalismo y por el yugo familiar doméstico) debe, en la etapa más alta de su desarrollo, cobrar un carácter internacional y convertirse en una lucha del proletariado de ambos sexos por su dictadura y por el sistema soviético bajo la bandera de la III Internacional.

6. El III Congreso de la Internacional Comunista previene a las obreras contra cualquier colaboración o acuerdo con feministas burguesas y señala también a las obreras de todos los países que toda ilusión en la idea de que las mujeres proletarias pueden, sin dañar la causa de la liberación de la mujer, apoyar a la II Internacional o a elementos cercanos a ella con inclinaciones oportunistas sería enormemente perjudicial a la lucha liberadora del proletariado. Las mujeres deben recordar constantemente que la esclavización de la mujer tiene todas sus raíces en el sistema burgués. Para poner fin a esta esclavización de la mujer es necesario pasar al nuevo modo comunista de la sociedad.

El apoyo por parte de las obreras a grupos o partidos de la II Internacional y la Internacional II y media frena la revolución social y retrasa el advenimiento del nuevo orden. Cuanto más decidida e irreversiblemente se separen las masas femeninas de la II Internacional y la Internacional II y media, tanto más seguro será el triunfo de la revolución social. Es el deber de las comunistas condenar a todos aquellos que temen las tácticas revolucionarias de la Internacional Comunista y de exigir intransigentemente su expulsión de las cerradas filas de la misma.

Las mujeres deben recordar que la II Internacional no creó y no intentó crear un organismo destinado a la lucha por la emancipación total de la mujer. La Asociación Internacional de las Mujeres Socialistas se originó fuera del marco de la II Internacional por iniciativa propia de las obreras. Las socialistas que llevaron a cabo trabajo especial entre las mujeres no tenían lugar, representación ni voto decisivo en la II Internacional.

Ya en su I Congreso, celebrado en 1919, la III Internacional formuló claramente su actitud frente a la cuestión del reclutamiento de las mujeres a la lucha por la dictadura. Para este propósito, el I Congreso convocó a una conferencia de mujeres comunistas. En 1920, se fundó el Secretariado Internacional para el Trabajo entre las Mujeres con representación permanente en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Es el deber de las obreras conscientes de todos los países romper irrevocablemente con la II Internacional y la Internacional II y media y apoyar firmemente la línea revolucionaria de la Internacional Comunista.

7. El apoyo a la Internacional Comunista por parte de las obreras, campesinas y empleadas de oficina debe manifestarse por su entrada a las filas del Partido Comunista de su respectivo país. En los países y partidos donde la lucha entre la II y la III Internacional aún no se ha consumado, el deber de las obreras consiste en apoyar con todas sus fuerzas al partido o al grupo que se pronuncia por la Internacional Comunista y combatir despiadadamente a todos los elementos vacilantes o abiertamente traidores, sin importar su autoridad. Las mujeres proletarias conscientes que luchan por su liberación no pueden permanecer en partidos que se mantienen fuera de la Internacional Comunista.

Quien se opone a la III Internacional es un enemigo de la emancipación de la mujer.

El lugar de las obreras conscientes de Occidente y Oriente está bajo la bandera de la Internacional Comunista, en las filas del Partido Comunista de su país. Toda vacilación por parte de las obreras, todo temor de romper con

los partidos conciliadores tradicionales, todo temor de romper con las reconocidas figuras de autoridad, todo ello tiene un impacto desastroso en los éxitos de la gran lucha del proletariado que está adquiriendo el carácter de una guerra civil abierta e implacable a escala internacional.

Los métodos y las formas de trabajo entre las mujeres

Partiendo de las proposiciones antes mencionadas, el III Congreso de la Internacional Comunista establece que los partidos comunistas de todos los países deben llevar a cabo su trabajo entre el proletariado femenino sobre las siguientes bases:

1) La inclusión de mujeres como miembros del Partido con igualdad de derechos y deberes en todas las organizaciones clasistas de combate —el Partido, los sindicatos, las cooperativas, los comités de delegados de fábrica, etc.

2) El reconocimiento de la importancia de integrar activamente a la mujer en todos los aspectos de la lucha proletaria (incluso la autodefensa militar del proletariado), en la construcción de las nuevas bases de la sociedad y la organización de la producción y de la vida cotidiana sobre una base comunista.

3) El reconocimiento de la función de la maternidad como una función social y la puesta en marcha o salvaguarda de medidas de defensa y protección de la mujer como progenitora de la raza humana.

Si bien se opone terminantemente a toda asociación segregada y separada de mujeres dentro del Partido y de los sindicatos, así como a organizaciones especiales de mujeres, el III Congreso de la Internacional Comunista reconoce la necesidad de adoptar métodos especiales de trabajo entre las mujeres y afirma la utilidad de la creación de organismos especiales dentro de todos los partidos comunistas para llevar a cabo este trabajo. A la luz de lo anterior, el Congreso llama la atención sobre lo siguiente:

a) La esclavización cotidiana de la mujer no sólo en los países capitalistas burgueses sino también en los países que se encuentran en la fase de transición del capitalismo al comunismo bajo el sistema soviético;

b) La gran pasividad y el atraso político de las masas de mujeres a explicarse por su exclusión secular de la vida social y por su esclavización secular en la familia;

c) Las funciones especiales que la naturaleza misma les ha dado a las mujeres —la maternidad— y las necesidades especiales derivadas de mayor

protección de su fuerza y su salud en el interés de toda la colectividad.

Por lo tanto, el III Congreso de la Internacional Comunista reconoce la importancia de crear organismos especiales para llevar a cabo el trabajo entre las mujeres. Tales organismos del Partido deben ser secciones o comisiones organizadas en todos los comités del Partido: desde el CC (Comité Central) hasta los comités de distrito metropolitano o de condado. Esta decisión es obligatoria para todos los partidos que pertenecen a la Internacional Comunista.

El III Congreso de la Internacional Comunista decreta que las tareas que los partidos comunistas llevan a cabo a través de estas secciones incluirán:

1) educar a las masas de mujeres en el espíritu del comunismo e integrarlas a las filas del Partido;

2) combatir los prejuicios misóginos entre las masas del proletariado masculino y fortalecer entre los proletarios hombres y mujeres la conciencia de sus intereses comunes;

3) templar la determinación de las obreras integrándolas en todas las formas y los aspectos de la guerra civil, despertando su actividad a través de la participación en la lucha contra la explotación capitalista en los países burgueses, por medio de movilizaciones de masas contra la carestía, la falta de viviendas, el desempleo, y otras cuestiones revolucionarias de guerra civil; y, en las repúblicas soviéticas, a través de su participación en la construcción comunista de la sociedad y de la vida cotidiana;

4) poner en el orden del día del Partido tareas e introducir en la legislación cuestiones que sirvan directamente a la liberación de la mujer, que afirmen su igualdad de derechos y defiendan sus intereses como progenitora de la raza humana;

5) luchar sistemáticamente contra la influencia de la tradición, las costumbres burguesas y la religión y así introducir relaciones más sanas y armoniosas entre los sexos, asegurando la vitalidad física y moral de la humanidad trabajadora.

Todo el trabajo de las secciones y comisiones se debe llevar a cabo bajo la dirección inmediata y la responsabilidad de los comités del Partido. Un miembro del comité debe encabezar cada comisión o sección. En la medida de lo posible, camaradas comunistas también deben entrar en estas comisiones o secciones.

Todas las medidas y tareas que se imponen a las comisiones o secciones de obreras deben ser realizadas por ellas no independientemente sino más bien, en los países soviéticos, a través de organismos económicos o políticos

(secciones de los soviets, comisiones, sindicatos) y, en los países capitalistas, con el apoyo de órganos correspondientes del proletariado: partidos, sindicatos, soviets, etc.

En donde existan partidos comunistas ilegales o semilegales, debe formarse un aparato ilegal para el trabajo entre las mujeres. Este aparato debe subordinarse y acomodarse al aparato ilegal del Partido. Al igual que en las organizaciones legales, en las organizaciones clandestinas todos los comités locales, regionales y centrales deben incluir a una camarada mujer encargada de dirigir el trabajo ilegal de propaganda entre las mujeres. Las principales bases para el trabajo entre las mujeres por parte de los partidos comunistas deben ser, en el periodo actual, los *sindicatos gremiales* e *industriales* y las cooperativas tanto en los países donde sigue la lucha por derrocar el yugo del capital como en las repúblicas obreras soviéticas.

El trabajo entre las mujeres debe estar impregnado del espíritu siguiente: propósito común del movimiento del Partido, organización unida, iniciativa independiente y lucha por la rápida y completa emancipación de la mujer por el Partido, independientemente de las comisiones o secciones. Por lo tanto, el objetivo no debe ser crear un paralelismo en el trabajo, sino ayudar en el trabajo del Partido a través del auto-desarrollo y las iniciativas de las obreras.

El trabajo del Partido entre las mujeres en los países soviéticos

La tarea de las secciones en una república obrera soviética consiste en educar a las masas de mujeres en el espíritu del comunismo e integrarlas a las filas del Partido comunista, despertar y desarrollar su actividad e iniciativa e incorporarlas al trabajo de construcción del comunismo y forjar entre ellas defensoras resueltas de la Internacional Comunista.

Las secciones deben lograr la participación de las mujeres en todos los aspectos de la construcción soviética, desde asuntos relativos a la defensa hasta los planes económicos altamente complejos de la República.

En la República Soviética, las secciones deben velar por el cumplimiento de las resoluciones del VIII Congreso de los Soviets sobre la incorporación de las obreras y campesinas a la construcción y la organización de la economía y sobre su participación en todos los órganos de dirección, gestión, control y organización de la producción. Las secciones de mujeres, por medio de sus representantes y órganos del Partido, deben participar en la redacción de nuevas leyes y deben usar su influencia para modificar aquéllas que lo requieran por el bien de la emancipación verdadera de la mujer. Las secciones

deben mostrar una iniciativa especial en la elaboración de leyes para la protección del trabajo de la mujer y de los menores.

Las secciones deben incluir al mayor número posible de obreras y campesinas en las campañas para la elección de los soviets y deben cuidar que se elijan obreras o campesinas como miembros de los sóviets y comités ejecutivos.

Las secciones deben promover el éxito de todas las campañas políticas o económicas emprendidas por el Partido.

Es la tarea de las secciones fomentar el avance del trabajo calificado de las mujeres mediante el aumento de su capacitación técnica mediante acciones que faciliten el acceso de las campesinas y de las obreras a las instituciones educativas necesarias.

Las secciones deben velar tanto por el ingreso de las mujeres en las comisiones para la protección del trabajo en las empresas como por el fortalecimiento de la actividad de las comisiones para la protección de la madre y del niño.

Las secciones deben fomentar el desarrollo de la red entera de instituciones sociales como comedores y lavanderías comunales, talleres de reparaciones, instituciones de servicio social, viviendas comunales, etc., que al transformar la vida cotidiana sobre bases comunistas nuevas aliviarán la carga que pesa sobre las mujeres en el periodo de transición, facilitarán su emancipación en la vida cotidiana y convertirán a la esclava doméstica y familiar en una libre participante, una gran dueña de la sociedad y una creadora de nuevas formas de vivir.

Las secciones deben promover la formación de militantes sindicales mujeres en el espíritu del comunismo con la ayuda de organizaciones para el trabajo entre las mujeres creadas por las fracciones comunistas en los sindicatos.

Las secciones deben procurar que las obreras asistan regularmente a las asambleas de delegados de fábrica y de planta.

Las secciones tienen la obligación de asignar sistemáticamente a mujeres como aprendices de delegadas para el trabajo en los sóviets, el trabajo económico y el trabajo sindical.

El trabajo de los Zhenotdels (secciones de mujeres) del Partido consiste ante todo en echar profundas raíces en el proletariado femenino, además de desarrollar el trabajo ya existente entre las amas de casa, las empleadas de oficina y las campesinas pobres.

Para el propósito de establecer un vínculo firme entre el Partido y las masas, de extender la influencia del Partido sobre las masas que están fuera de él y de aplicar el método de educación de las masas de mujeres en el espíritu del comunismo mediante su iniciativa y participación en el trabajo práctico, las secciones deben convocar y organizar reuniones de delegadas obreras.

Las reuniones de delegadas son la mejor manera de educar a las obreras y las campesinas y de extender la influencia del Partido sobre las masas de obreras y campesinas atrasadas que están fuera de él.

Las reuniones de delegadas están compuestas de representantes de plantas y fábricas por ciudad o distrito metropolitano; por distrito rural (volost —en el caso de las reuniones de delegadas campesinas—) o por vecindarios (en el caso de elección de delegadas entre amas de casa). En la Rusia soviética, las delegadas participan en todo tipo de campañas políticas y económicas, son destacadas a varias comisiones en empresas, nombradas en puestos de control en instituciones soviéticas y, finalmente, participan en el trabajo regular de las secciones de los Soviets como aprendices durante un periodo de dos meses (ley de 1921).

Las delegadas deben ser elegidas en reuniones al nivel del taller, en mítines de amas de casa o empleadas de oficina de acuerdo con una norma establecida por el Partido. Las secciones deben llevar a cabo un trabajo propagandístico y agitativo entre las delegadas. Para este propósito, las secciones deben convocar reuniones al menos dos veces al mes. Las delegadas tienen la obligación de rendir informes en sus talleres o reuniones de vecindario acerca de sus actividades. Las delegadas son elegidas por un periodo de tres meses.

La segunda forma de agitación entre las masas de mujeres es convocar conferencias de obreras y campesinas no militantes del Partido. Las representantes en estas conferencias son elegidas en reuniones de obreras por empresa y de campesinas por aldea.

Las secciones de obreras están asignadas a convocar y dirigir estas conferencias.

Para consolidar la experiencia que las obreras adquieren en el trabajo práctico del Partido o en sus movilizaciones, las secciones o comisiones deben llevar a cabo propaganda oral e impresa sistemática. Las secciones deben realizar mítines, discusiones, reuniones de obreras por empresa, de amas de casa por vecindario y deben dirigir reuniones de delegadas y llevar a cabo un trabajo de agitación casa a casa.

Los programas para el trabajo entre las mujeres se deben establecer en las escuelas soviéticas, tanto en el centro como en las regiones, para la capacitación de mujeres cuadros activistas y para el fortalecimiento de su conciencia comunista.

En los países capitalistas

Las tareas inmediatas de la Comisión para el trabajo entre las mujeres están determinadas por la situación objetiva. Por una parte, están la ruina de la economía mundial; el aumento monstruoso del desempleo, reflejado especialmente en la disminución de la demanda de mano de obra femenina, lo cual provoca el aumento de la prostitución; la carestía; la aguda falta de viviendas, y la amenaza de nuevas guerras imperialistas. Por otra parte, están las incesantes huelgas económicas de los obreros en todos los países y las repetidas tentativas de guerra civil a escala mundial. Todo esto es el prólogo a la revolución social mundial.

Las comisiones de obreras tienen la obligación de señalar las tareas de lucha del proletariado, deben luchar por las consignas íntegras del Partido Comunista y lograr la participación de las mujeres en las movilizaciones revolucionarias de los comunistas contra la burguesía y los social-conciliadores.

Al continuar la lucha contra toda forma de segregación o debilitamiento de las obreras, las comisiones deben velar no sólo porque las mujeres sean admitidas como miembros con igualdad de derechos y deberes en el Partido, los sindicatos y otras organizaciones de clase, sino también porque las obreras obtengan puestos en los órganos dirigentes de los partidos, sindicatos y cooperativas en condición de igualdad con los obreros.

Las comisiones deben actuar para que las más amplias capas de proletarias y campesinas ejerzan sus derechos para apoyar al Partido Comunista en las elecciones parlamentarias y para todas las instituciones públicas. Al mismo tiempo, las comisiones deben explicar el carácter limitado de estos derechos, como un medio para debilitar la explotación capitalista y para emancipar a la mujer, oponiendo al parlamentarismo el sistema soviético.

Las comisiones también deben asegurar que las obreras, empleadas de oficina y campesinas participen lo más activamente posible en la elección de los soviets revolucionarios, económicos y políticos de diputados obreros, atrayendo a las amas de casa para despertar su actividad política y propagar la

idea de los soviets entre las campesinas. Una tarea especial de las comisiones debe ser la realización del principio de «pago igual por trabajo igual». Es tarea de las comisiones iniciar una campaña, movilizando a obreros y obreras, por la educación vocacional gratuita y accesible a todos, permitiendo a las obreras calificarse con un alto nivel.

Las comisiones deben procurar que las comunistas participen en los órganos municipales y legislativos en donde puedan hacerlo con base en sus derechos electorales y que apliquen en ellos las tácticas revolucionarias de su partido. Sin embargo, al participar en órganos legislativos, municipales y otros órganos del Estado burgués, las comunistas deben defender resueltamente los principios y las tácticas fundamentales del Partido, no preocupándose tanto por la realización práctica de reformas dentro del marco del orden burgués, sino por utilizar cada cuestión o reivindicación viva y candente de las obreras como consigna revolucionaria para movilizarlas en la lucha activa por la realización de estas demandas mediante la dictadura del proletariado.

Las comisiones deben mantener estrecho contacto con las fracciones parlamentarias y municipales y discutir conjuntamente todas las cuestiones relativas a la mujer.

Las comisiones deben explicar a las mujeres el carácter retrógrado e ineficiente del sistema doméstico individual y los defectos del sistema burgués de crianza de los niños, llamando la atención de las obreras a las cuestiones planteadas o apoyadas por el partido para la mejora práctica de la vida cotidiana de la clase obrera.

Las comisiones deben promover el reclutamiento de obreras que militen en los sindicatos a los partidos comunistas, para lo cual las fracciones sindicales deben designar organizadoras para trabajar entre las mujeres bajo la dirección del Partido o de sus secciones locales.

Las comisiones de agitación entre las mujeres también deben orientar su propaganda en el sentido de que las obreras en las cooperativas procuren propagar las ideas del comunismo y asumir un papel dirigente en las cooperativas, ya que estas organizaciones, como organismos de distribución, tienen un gran papel que desempeñar durante y después de la revolución.

Todo el trabajo de las comisiones debe tener por objetivo desarrollar la actividad revolucionaria de las masas para acelerar la revolución social.

En los países económicamente atrasados (Oriente)

En los países de escaso desarrollo industrial, los partidos comunistas, junto con las secciones de obreras, deben ganar el reconocimiento de la igualdad de derechos y deberes de la mujer en el Partido, en los sindicatos y en las demás organizaciones de la clase trabajadora.

Las secciones o comisiones, junto con el Partido, deben librar una lucha contra todos los prejuicios, la moralidad y las costumbres religiosas que oprimen a las mujeres, extendiendo esta agitación también a los hombres.

Los partidos comunistas y sus secciones o comisiones deben implementar el principio de la igualdad de la mujer respecto a la educación de los hijos, en las relaciones familiares y en la vida pública.

Las secciones deben buscar apoyo a su trabajo en primer lugar entre las amplias capas de obreras explotadas por el capital en las industrias de trabajo a domicilio (el trabajo artesanal) y entre las trabajadoras de las plantaciones de arroz, algodón y otros productos. En los países soviéticos, las secciones deben promover el establecimiento de talleres artesanales. En países burgueses, el trabajo debe centrarse en la organización de las obreras de plantaciones, incorporándolas en sindicatos comunes con los obreros.

La elevación del nivel general de cultura de la población es el mejor medio para luchar contra el estancamiento del país y contra los prejuicios religiosos entre los pueblos orientales que viven en países soviéticos. Las secciones deben facilitar el desarrollo de escuelas para adultos, las cuales deben ser libremente accesibles a las mujeres. En los países capitalistas, las comisiones deben luchar directamente contra la influencia burguesa de las escuelas.

Donde sea posible, las secciones o comisiones deben llevar a cabo su agitación en las casas. Las secciones deben organizar círculos de obreras, atrayendo a los elementos más atrasados entre las mujeres. Los círculos deben ser centros de cultura e instrucción, instituciones que muestran a través de la experiencia lo que la mujer puede lograr por iniciativa propia (la organización de guarderías, jardines de niños, escuelas de alfabetización bajo los auspicios de los círculos, etc.) por su emancipación.

Las secciones organizarán círculos ambulantes entre los pueblos nómadas.

En los países soviéticos, las secciones deben ayudar a los organismos soviéticos respectivos en el trabajo de transición desde formas económicas precapitalistas hasta la producción socializada, convenciendo a las obreras a través de su propia experiencia de que el trabajo doméstico individual y la vieja forma de la familia obstaculizan su emancipación, mientras que el trabajo socializado las libera.

Las secciones deben velar porque la legislación soviética, que reconoce la igualdad de derechos de la mujer y del hombre y que protege los intereses de la mujer, se implemente en la realidad entre los pueblos orientales que viven en la Rusia soviética. Para este fin, las secciones deben promover el reclutamiento de mujeres como jueces y miembros de jurados en los tribunales populares.

Las secciones deben también involucrar a las mujeres en elecciones para los soviets y asegurar que las obreras y campesinas sean elegidas miembros de los soviets y de sus comités ejecutivos. El trabajo entre las proletarias de Oriente se debe llevar a cabo sobre una base clasista. Es la tarea de las secciones exponer la impotencia de las feministas para solucionar la cuestión de la emancipación de la mujer. En los países soviéticos de Oriente, es menester utilizar a las intelectuales (por ejemplo, las maestras) que simpaticen con el comunismo para difundir la instrucción. Las secciones o comisiones que hacen trabajo entre las mujeres de Oriente deben luchar con firmeza contra el nacionalismo y la influencia de la religión sobre las mujeres, aunque deben evitar los ataques groseros y burdos contra las creencias religiosas o las tradiciones nacionales.

En Oriente tanto como en Occidente, la organización de obreras debe llevarse a cabo no en torno a la defensa de intereses nacionales, sino sobre la base de la unión del proletariado internacional de ambos sexos en torno a las tareas comunes de clase.

Nota: En vista de la importancia y la urgencia de fortalecer el trabajo entre las mujeres de Oriente y de lo novedoso de las tareas planteadas, se adjuntan a estas Tesis instrucciones especiales para aplicar los métodos básicos del trabajo de los partidos comunistas entre las mujeres de acuerdo con las particularidades de la vida cotidiana de los pueblos orientales.

Métodos de agitación y propaganda

Para realizar las principales tareas de las secciones —la educación comunista de las masas femeninas del proletariado y el fortalecimiento de estos cuadros mujeres combatientes por el comunismo— es necesario que todos los partidos comunistas de Occidente y Oriente asimilen el principio fundamental del trabajo entre las mujeres, a saber, «agitación y propaganda por medio de la acción».

La agitación por medio de la acción significa ante todo la capacidad de despertar a las obreras a la actividad independiente, acabar con sus dudas

sobre sus propias fuerzas y, al integrarlas al trabajo práctico en el campo de la construcción o de la lucha, enseñarles mediante la experiencia práctica a reconocer que toda conquista del Partido Comunista, toda acción dirigida contra la explotación capitalista representa un paso adelante en el mejoramiento de la condición de la mujer. De la práctica y la acción al reconocimiento de los ideales del comunismo y de sus principios teóricos y, a la inversa, de la teoría a la práctica y la acción: éste es el método que deben utilizar los partidos comunistas y sus secciones para acercarse a las masas de obreras.

Para ser órganos de propaganda por medio de la acción, y no simplemente de la palabra, las secciones deben apoyarse en las células comunistas en las empresas y los talleres y procurar que cada célula comunista nombre un organizador para el trabajo entre las mujeres de dicha empresa.

Las secciones deben relacionarse con los sindicatos por medio de sus representantes u organizadores, que son designados por las fracciones sindicales (del Partido) y que llevan a cabo el trabajo bajo la dirección de las secciones.

En los países soviéticos, la propaganda de las ideas del comunismo por medio de la acción consiste en lograr la participación de las obreras, campesinas, amas de casa y empleadas de oficina en todos los campos de la construcción soviética, desde el Ejército y la milicia hasta todos los aspectos de la emancipación de la mujer: la organización de comedores socializados, redes de instituciones de educación infantil socializada, de protección de la maternidad, etc. Particularmente importante en la actualidad es el estimular la participación de las obreras en todas las áreas del trabajo de reconstrucción de la economía nacional.

En los países capitalistas, la propaganda por medio de la acción significa sobre todo reclutar obreras para que participen en huelgas, manifestaciones y en todos los aspectos de la lucha que templan y fortalecen la voluntad y la conciencia revolucionarias; significa estimular la participación de las obreras en todos los aspectos del trabajo del Partido, utilizando a las mujeres para el trabajo ilegal (especialmente en los servicios de enlace), en la organización por parte del Partido de los *subbotniki* o *voskresniki* (sesiones de trabajo voluntario los sábados o domingos), en los que las obreras que simpatizan con el comunismo, las esposas de obreros y las empleadas de oficina ayudan al Partido con su trabajo voluntario, organizando la reparación y la confección de la ropa de los niños, etc.

El principio de la participación de las mujeres en todas las campañas de instrucción política, económica o cultural emprendidas por los partidos comunistas también sirve a los objetivos de la propaganda por medio de la acción.

Las secciones de obreras de los partidos comunistas deben extender sus actividades e influencia a las más amplias capas de mujeres proletarias, esclavizadas y oprimidas en los países capitalistas. En los países soviéticos, deben llevar a cabo su trabajo entre las masas de mujeres proletarias y semiproletarias encadenadas por las condiciones de vida y los prejuicios cotidianos.

Las comisiones deben llevar a cabo su trabajo entre las obreras, las amas de casa, las campesinas y las mujeres que se dedican al trabajo intelectual.

Para efectos de la propaganda y la agitación, las comisiones deben organizar manifestaciones de masas, mítines por empresa particular, mítines de obreras y empleadas de oficina, ya sea por lugar de trabajo o por distrito metropolitano, manifestaciones de mujeres en general, mítines de amas de casa, etc.

Las comisiones deben procurar que las fracciones de los partidos comunistas en los sindicatos, las cooperativas y los consejos de fábrica y de planta designen a un organizador para el trabajo entre las mujeres. En otras palabras, deben tener representantes en todos los órganos dedicados a promover el desarrollo de la actividad revolucionaria del proletariado en los países capitalistas para el propósito de la toma del poder. En los países soviéticos, deben ayudar en la elección de obreras y campesinas a todos los órganos soviéticos de dirección, gestión y supervisión, actuando como baluarte de la dictadura del proletariado y facilitando la realización del comunismo.

Las comisiones deben destacar mujeres comunistas responsables para trabajar como obreras o empleadas en empresas donde trabajan grandes cantidades de mujeres. Las comisiones deben destacar obreras en los grandes distritos y centros proletarios importantes, como se ha puesto en práctica exitosamente en la Rusia soviética.

Las comisiones para el trabajo entre las mujeres deben hacer el mejor uso de la experiencia exitosa del Zhenotdel del PCR (Partido Comunista Ruso —Bolchevique—) para el propósito de organizar reuniones de delegadas y conferencias de obreras y campesinas no militantes del Partido. Deben organizar reuniones de obreras y empleadas de diferentes áreas, campesinas y amas de casa en las que se planteen para discusión demandas y necesidades

específicas y en donde se elijan las comisiones. Estas comisiones deben permanecer en estrecho contacto con sus electoras y con las comisiones para el trabajo entre las mujeres. Las comisiones deben destacar a sus agitadores para intervenir en las discusiones en reuniones de partidos hostiles al comunismo. La propaganda y la agitación por medio de manifestaciones y eventos similares deben completarse con una agitación sistemática organizada casa por casa. Una comunista encargada de este trabajo no debe tener más de diez viviendas en su área asignada y debe, para el propósito de la agitación entre las amas de casa, visitarlas no menos de una vez por semana y más seguido cuando el Partido Comunista esté llevando a cabo una campaña o anunciando una movilización.

Para realizar su trabajo de agitación, organización y educación por medio de la propaganda escrita, se delega a las comisiones para:

1) facilitar la publicación de un periódico central para el trabajo entre las mujeres en cada país;

2) asegurar la publicación en la prensa del Partido de «Páginas de la Mujer Obrera» o de suplementos especiales, así como la inclusión de artículos sobre cuestiones del trabajo entre las mujeres en la prensa general del Partido y en la prensa sindical; las comisiones deben preocuparse por el nombramiento de editoras de las publicaciones ya mencionadas y capacitar a otras como colaboradoras entre las filas de las trabajadoras y las activistas del Partido.

Las comisiones deben velar por la publicación de literatura popular y agitativa y, junto con ello, de literatura educativa en forma de volantes y folletos, y deben asegurar su distribución.

Las comisiones deben promover el uso óptimo de todas las escuelas de educación política del Partido por parte de las comunistas.

Las comisiones deben obrar para profundizar la conciencia de clase y fortalecer la voluntad de las jóvenes comunistas invitándolas a los cursos educativos y las veladas de discusión del Partido y, sólo en donde sea necesario y apropiado, deben organizar sesiones especiales de lectura y discusión o una serie de conferencias especialmente dirigidas a las obreras.

Para fortalecer el espíritu de camaradería entre obreras y obreros, es preferible no crear cursos y escuelas separados para las mujeres comunistas. Sin embargo, todas las escuelas del Partido deben llevar a cabo un curso sobre los métodos de trabajo entre las mujeres. Las secciones deben tener el derecho de delegar cierto número de sus representantes mujeres a los cursos del Partido.

Estructura de las secciones

Las secciones y comisiones para el trabajo entre las mujeres se establecen bajo cada comité local del Partido, bajo los comités regionales (*okrug*) o provinciales (*oblast*) del Partido y bajo el CC del Partido[26]. Se decidirá el número de miembros de estas comisiones según las necesidades de cada país. De igual manera, el Partido fijará el número de funcionarios pagados de estas comisiones en función de sus recursos.

La responsable de una sección de agitación entre las mujeres o la presidenta de una comisión debe al mismo tiempo ser miembro del comité local del Partido. En donde éste no sea el caso, la responsable de la sección debe asistir a todas las sesiones del comité con voto decisivo para todas las cuestiones relativas al Zhenotdel y con voto consultivo para las demás cuestiones.

Además de las tareas generales ya enumeradas, las secciones o comisiones regionales y provinciales (*gubernia*) están encargadas de las siguientes funciones:

• mantener las comunicaciones entre las secciones del área dada y con la Organización del Partido;

• recopilar información sobre la actividad de las secciones o comisiones de la región o provincia dada;

• facilitar el intercambio de materiales entre las secciones locales;

• suministrar literatura a la región o provincia;

• destacar agitadores en sus regiones o provincias;

• movilizar a los efectivos del Partido para el trabajo entre las mujeres;

• convocar, al menos dos veces por año, a conferencias regionales o provinciales de mujeres comunistas en representación de las secciones a razón de uno o dos delegados por cada sección; y

• celebrar conferencias de obreras, campesinas y amas de casa no militantes del Partido de la región o provincia dada.

Los miembros de los colectivos de las secciones o comisiones deben ser confirmados por los comités (del Partido) del condado o de la provincia según la recomendación de la responsable de la sección. Esta responsable se elige, al igual que los demás miembros de los comités del Partido de condado o provincia, en conferencias del Partido de condado o de provincia.

Los miembros de las secciones o comisiones locales, regionales y provinciales se eligen en una conferencia de la ciudad, del condado, de la

región o provincia, o son nombrados por sus secciones respectivas en acuerdo con los comités del Partido.

Si la responsable del Zhenotdel no es miembro del comité regional o provincial del Partido, tiene entonces derecho de asistir a todas las sesiones del comité del Partido con voto decisivo para las cuestiones de la sección y con voto consultivo para todas las demás cuestiones.

Aparte de todas las funciones anteriormente enumeradas de las secciones regionales y provinciales, la OP (Organización del Partido) debe cumplir las siguientes funciones:

• instruir a la sección de agitación entre las mujeres sobre cuestiones relativas al trabajo del Partido;

• supervisar el trabajo de las secciones;

• destacar efectivos para llevar a cabo el trabajo entre las mujeres en coordinación con los organismos del Partido apropiados;

• vigilar las condiciones y el desarrollo del trabajo de las mujeres considerando los cambios en la situación legal y económica de la mujer;

• participar, por medio de representantes o diputados encargados, en comisiones especiales que traten asuntos relativos al mejoramiento o a los cambios en la vida cotidiana de la clase obrera, la protección al trabajo, el cumplimiento de las necesidades de la infancia, etc.;

• publicar las «Páginas Centrales de la Mujer»;

• redactar un periódico para las obreras;

• convocar no menos de una vez al año una asamblea de mujeres representantes de todas las secciones regionales o provinciales;

• organizar giras agitativas de instructores sobre el trabajo entre las mujeres por todo el país;

• supervisar la participación de las obreras y de todas las secciones en todo tipo de campañas y movilizaciones políticas y económicas del Partido;

• delegar un representante al Secretariado Internacional de la Mujer; y

• organizar la celebración anual del Día Internacional de la Mujer Obrera.

Si la responsable del Zhenotdel del CC no es miembro del CC, debe tener el derecho de asistir a todas las sesiones del CC con voto decisivo en todas las cuestiones relativas a las secciones y con voto consultivo en todas las demás cuestiones. La responsable del Zhenotdel o la presidenta de la comisión es nombrada por el CC del Partido o elegida en un congreso general del Partido. Las decisiones y decretos de todas las secciones o comisiones están sujetos a la aprobación final por el comité respectivo del Partido. El CC del partido fija

el número de miembros de la sección central y el número de miembros con voto decisivo.

Sobre el trabajo a escala internacional

La dirección del trabajo de los partidos comunistas de todos los países para unificar las fuerzas de las obreras en torno a las tareas planteadas por la Internacional Comunista, y reclutar mujeres de todos los países y pueblos a la lucha revolucionaria por el poder de los soviets y la dictadura de la clase obrera a escala mundial, es la responsabilidad del Secretariado Internacional de la Mujer de la Internacional Comunista[27].

Apéndice II

Esbozos biográficos de Rosa Luxemburg y Clara Zetkin

ROSA LUXEMBURG. Nació en la pequeña ciudad polaca de Zamosc, cerca la frontera con Rusia, el 5 de marzo de 1871 (casualmente, trece días antes del establecimiento de la Comuna de París), en el seno de una familia judía asimilada y culta. Su lengua materna era el polaco, pero en su casa se leía abundante literatura alemana y se usaba el idish para los ocasionales contactos con la comunidad judía.

Cuando Rosa era niña, los Luxemburg se trasladaron a Varsovia, ciudad que, al igual que Zamosc, estaba en la parte de Polonia que entonces pertenecía al Imperio zarista ruso. Ahí la joven ingresó al Instituto para Mujeres, donde sólo se permitía la lengua rusa. Además, ingresar supuso un considerable mérito académico de su parte, pues, debido a la legislación zarista, sólo se permitía el ingreso de un pequeño número de muchachas judías.

Fue durante su paso por el Instituto cuando la joven Luxemburg empezó manifestar su inquietud rebelde —por lo que le fue negada la medalla de oro — y cuando entró en contacto con una organización socialista clandestina, llamada Proletariado. En esta época, los fundadores de esta organización habían sido arrestados y ejecutados, y Luxemburg sólo pudo conocer a uno de ellos, el obrero revolucionario Marcin Kazprzak.

Cuando en 1888, teniendo 17 años, supo que había sido fichada por la Policía y estaba a punto de ser arrestada, consiguió salir clandestinamente del imperio ruso y con ayuda de Kazprzak se trasladó a Zúrich, Suiza.

Ahí se inscribió en un curso de ciencias naturales, para después trasladarse a la Facultad de Derecho, donde cursó un doctorado de Economía. Mientras estudiaba, siguió participando en el movimiento socialista polaco en el exilio. Ahí estableció contacto con los revolucionarios polacos Julián

Marchelvsky y Adolf Warsky, y el lituano Leo Jogiches, con quienes fundó el periódico *La Causa Obrera*, con sede en París, como órgano del recién fundado Partido Socialista Polaco (PPS). Al mismo tiempo, inició una relación sentimental y política con Jogiches, que duraría varios años y marcaría toda su vida.

Contra la opinión de los líderes del Partido Socialista Polaco, Luxemburg y sus amigos defendían una línea radicalmente internacionalista y se rehusaban a apoyar la lucha por la independencia nacional de Polonia. Debido a ello, cuando la Internacional Socialista celebró su congreso de Zúrich en 1893 y Luxemburg se presentó como delegada de su periódico, los líderes del PPS impugnaron sus credenciales y le impidieron participar. Al año siguiente, estas diferencias llevaron al grupo de *La Causa Obrera* a fundar un partido propio, llamado Socialdemocracia del Reino de Polonia. Poco después, un grupo afín de Lituania se unió a este partido, que pasó a llamarse Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania (SDKPiL). Luxemburg sería siempre su principal referente ideológico.

En 1898 Luxemburg se trasladó a Berlín, donde viviría la mayor parte de su vida. Para poder acceder a la nacionalidad alemana, contrajo un matrimonio falso con el hijo de una familia simpatizante.

Ahí se integró al poderoso Partido Socialdemócrata Alemán, y al círculo íntimo de sus principales dirigentes, entre ellos August Bebel y Karl Kautsky.

Desde el principio se destacó como oradora popular, especialmente en las campañas electorales que el Partido llevaba a cabo entre los obreros polacos del oriente alemán. También colaboró con diversos periódicos socialistas alemanes, y durante breves intervalos llegó a dirigir dos de ellos.

En 1898, cuando Edward Bernstein propuso al Partido deshacerse de las premisas revolucionarias del marxismo, fue Luxemburg quien formuló la respuesta más temprana y radical, defendiendo la esencia revolucionaria del marxismo en los artículos que formarían su libro *Reforma o Revolución*, su primera obra importante.

Asimismo, participó en discusiones respecto a la táctica de diversos partidos socialistas, como el de Francia, al que llamó a mantener su intendencia respecto al gobierno capitalista.

En 1903, cuando el socialismo ruso se dividió entre bolcheviques y mencheviques, Luxemburg y sus partidarios se mantuvieron independientes de ambas facciones. En esa época, Rosa escribió su folleto *Problemas organizativos de la socialdemocracia rusa*, en el que polemizaba con las

ideas organizativas de Lenin. Esas diferencias no le impidieron en adelante colaborar frecuentemente con el revolucionario ruso.

En agosto de 1904 fue encarcelada durante un mes y medio, por haber insultado al káiser en un mitin, pero a los dos meses fue liberada —contra su voluntad— por una amnistía en honor al ascenso de un nuevo príncipe de Sajorna.

Al estallar el gran intento revolucionario de 1905 en el imperio ruso, Luxemburg explicó los sucesos en la prensa alemana, y ese diciembre se trasladó a Varsovia para participar directamente en la lucha. Sin embargo, en marzo de 1906 fue arrestada junto con Jogiches. Entonces fue internada en la fortaleza de Varsovia, donde fue sometida a un simulacro de ejecución. Debido a su prisión, no pudo asistir al IV Congreso (celebrado en abril de 1906 en Estocolmo) del Partido Socialdemócrata Ruso, al que se integró el SDKPiL de Luxemburg.

Finalmente, en el mes de julio, debido a su ciudadanía alemana, fue liberada y, tras un paso por San Petersburgo y por Finlandia, donde se reunió con Lenin, a finales de año volvió a Berlín.

Debido a su defensa de la estrategia de la huelga de masas y su oposición al rutinismo de los líderes sindicales y partidistas de la socialdemocracia, en esos años empezó a enfrentarse a ellos desde la izquierda. En su crítica al conservadurismo de su antiguo amigo Karl Kautsky se anticipó incluso a Lenin. Ya en 1907 decía bromeando que ella y Clara Zetkin eran «los dos últimos hombres de la socialdemocracia alemana».

En 1910 participó en el congreso de la Internacional Socialista en Copenhague, en el que presentó, junto con Lenin, una enmienda para la Internacional prometiera luchar con huelgas contra una guerra internacional si ésta estallaba.

En esos años dictó un curso de Economía en la escuela de cuadros del Partido, trabajo que se tradujo en un libro sobre la historia de la economía política y en una obra científica original titulada *La acumulación del capital*, publicada en 1912, donde desarrollaba críticamente algunas premisas de Marx y enfatizaba la perspectiva del inevitable hundimiento del capitalismo.

Al estallar la Primera Guerra Mundial en el verano de 1914, cuando la dirección del partido socialista alemán apoyó a su gobierno en el conflicto, ella formó parte de la minoría revolucionaria que se opuso a la guerra, junto con Karl Liebknecht, Franz Mehring y Clara Zetkin. Por su propaganda revolucionaria y antibélica, en febrero de 1915 fue encarcelada nuevamente. Estando presa publicó un folleto clandestino con el pseudónimo Junius, que

sirvió como base programática para la formación de una corriente conocida como Liga Espartaco, que agrupaba al ala revolucionaria del socialismo alemán. En enero de 1916 fue liberada, pero sólo para ser reaprehendida sin juicio seis meses después.

Estando ella presa, en enero de 1917 la dirección pro-bélica del Partido Socialdemócrata expulsó de sus filas a todos los disidentes, que al poco tiempo se reagruparon en un Partido Socialdemócrata Independiente, que incluía a todas las facciones opuestas a la guerra, desde los espartaquistas de Luxemburg hasta centristas como Kautsky.

A finales de ese año y principios del siguiente, Luxemburg recibió en la cárcel las noticias de la toma del poder por los bolcheviques en Rusia y de la intervención alemana en los territorios occidentales del viejo imperio zarista. Basándose en los pocos datos accesibles, escribió cartas donde hablaba de la revolución bolchevique con admiración y entusiasmo, aunque también con espíritu crítico.

En octubre de 1918, una revolución de obreros y soldados derribó la monarquía alemana, fundó consejos de obreros y soldados —soviets— y liberó de la cárcel a Luxemburg, Liebknecht y otros revolucionarios. Sin embargo, la vieja socialdemocracia reformista constituyó un gobierno que mantuvo el capitalismo en Alemania. Ante eso, ese noviembre, los dos líderes y sus camaradas finalmente resolvieron abandonar el Partido Socialdemócrata Independiente (que formaba el ala izquierda del gobierno) y fundar un Partido Comunista resueltamente revolucionario.

Al mismo tiempo, los cuadros de la Socialdemocracia polaca, que Luxemburg inspiraba, participaron tanto en la revolución exitosa de Rusia (en la que ocuparon cargos destacados) como en los grandes intentos revolucionarios de Polonia. En diciembre de 1918, este partido se unificó con el ala izquierda del Partido Socialista Polaco para dar lugar al Partido Comunista Obrero de Polonia, en el que la tradición teórica de Luxemburg era dominante.

Cuando, en enero de 1919, los obreros y soldados alemanes se echaron a la calle en Berlín para intentar derrocar al gobierno y trasmitirle todo el poder a los consejos obreros, el recién fundado Partido Comunista Alemán tuvo que ponerse al frente del levantamiento. Dado que éste sólo arrastró a la mayoría en Berlín y otras ciudades principales, el gobierno socialdemócrata consiguió suprimirlo, echando mano a lo que quedaba de Ejército y a grupos paramilitares de extrema derecha llamados «Freikorps». Entonces, los principales líderes espartaquistas, incluyendo a Luxemburg y Liebknecht,

fueron arrestados. El día 15 de enero, la Policía los entregó a los Freikorps, que los lincharon. El cuerpo destrozado de Rosa Luxemburg fue arrojado al Rin. Poco después, los últimos focos revolucionarios fueron sofocados y otros líderes comunistas, entre ellos Leo Jogiches, fueron apresados y ejecutados extrajudicialmente.

Cuando la Internacional Comunista se fundó ese marzo en Moscú, Luxemburg fue honrada como una de sus heroínas.

CLARA ZETKIN. Nació el 5 de julio de 1857 en la aldea campesina de Widerau, en lo que entonces era el reino de Sajonia, al oriente de Alemania. Su apellido de soltera era Eisner y su padre era maestro rural y organista de la iglesia local. Cuando Clara era adolescente, su familia se mudó a Leipzig, donde ella ingresó a la Escuela Normal Femenina para convertirse en maestra. Ahí entró en contacto con el movimiento sindical del magisterio y conoció al marxista ruso emigrado Ossip Zetkin, que la introdujo a las ideas socialistas y se convirtió en su pareja.

En 1878 Clara se integró al Partido Socialista Obrero de Alemania, que se había fundado tres años atrás a partir de la fusión de las dos corrientes socialistas alemanas. Sin embargo, el mismo año del ingreso formal de Clara al Partido, el gobierno de Bismark promulgó una ley de excepción contra los socialistas, por lo que ella y Ossip tuvieron que partir al exilio, radicándose primero en Viena, después en Zúrich y finalmente en París. Ahí, mientras se ganaba la vida como traductora, en 1882 participó en la fundación del Partido Obrero francés, junto con Jules Guesde y Paul Lafargue.

En esa época tuvo dos hijos con Ossip Zetkin, antes de que éste falleciera prematuramente en 1889. Aunque nunca se casó con él, como signo de afecto por su memoria, Clara decidió asumir el apellido Zetkin.

Tras la abrogación de las leyes anti socialistas alemanas en 1890, la joven viuda pudo volver con sus hijos a su país y se estableció en Stuttgart. Ese año el Partido cambió su nombre por el de Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), que conservaría en adelante.

Radicando en Stuttgart, en 1892 Zetkin se hizo cargo de la revista bimestral femenina del Partido Socialdemócrata, a la que nombró *Die Gleichheit* (La Igualdad), que dirigiría durante los siguientes 15 años.

En 1893 Zetkin participó en un congreso de la Internacional Socialista celebrado en Zürich, donde convivió directamente con el viejo Friedrich Engels, quien junto con Karl Marx había fundado el socialismo científico. En

ese congreso también oyó por primera vez a una joven militante polaca que en vano pedía ser reconocida como delegada. Su nombre era Rosa Luxemburg. Con el tiempo, Luxemburg se convertiría en una de las amigas más íntimas de Zetkin.

En 1897 se casó en segundas nupcias con el joven artista Gerog Friedrich Zundel, a quien llevaba 18 años. Esta diferencia de edad indica el desprecio que sentía Zetkin por las convenciones sociales de su época.

En 1907 impulsó la creación de un Buró Femenino al interior del Comité Ejecutivo del Partido Socialdemócrata, al que perteneció en adelante. En ese tiempo llegó a ser uno de los cuadros marxistas más célebres del mundo, siendo especialmente próxima a los líderes de izquierda del partido alemán, como Luxemburg, Liebknecht y Franz Mehring.

En 1910 impulsó la celebración de un Congreso Internacional de Mujeres Socialistas en Copenhague. Ahí, junto con la delegada rusa Alexandra Kolontai, propuso el establecimiento del Día Mundial de la Mujer Trabajadora, que se celebra hasta la fecha cada 8 de marzo.

Siempre interesada en las cuestiones rusas, en los congresos de la Internacional trabó amistad con Lenin, que dirigía el ala bolchevique del socialismo ruso.

En esos años, uno de sus hijos sostuvo una relación amorosa con Rosa Luxemburg.

Al estallar la Primera Guerra Mundial en el verano de 1914, la dirección reformista del Partido Socialdemócrata apoyó el esfuerzo bélico del gobierno. Entonces Zetkin formó parte del ala izquierda, anti-militarista del Partido. A finales de 1914 publicó un llamamiento a las mujeres obreras, condenando la guerra y, en marzo de 1915 impulsó la convocatoria de un Congreso de Mujeres Socialistas en Berna. Aunque el congreso incluyó a todas las tendencias antibélicas y no fue puramente revolucionario —por lo que fue criticado por las delegadas bolcheviques rusas— fue el primer encuentro socialista que incluyó militantes de los dos bandos beligerantes, por lo que fue muy significativo.

Por su propaganda contraria a la guerra, en julio de 1915 Zetkin fue encarcelada durante varios meses y privada de sus derechos políticos, que no recuperó sino con la caída de la monarquía alemana.

En enero de 1917 el ala derecha dominante del Partido Socialdemócrata expulsó a todos los disidentes, incluyendo a Zetkin. Tres meses después estos fundaron un Partido Socialdemócrata Independiente (USPD), que incluía a

todas las tendencias socialistas opuestas a la guerra, fueran pacifistas o revolucionarias.

En noviembre de año, Zetkin recibió noticias de la revolución bolchevique rusa, dirigida por su viejo conocido Lenin, con la que se solidarizó totalmente. Sin embargo, cuando en noviembre del año siguiente los espartaquistas de Luxemburg y Liebknecht, se separaron del USPD para fundar el Partido Comunista Alemán, Zetkin prefirió no seguirlos, pues aún contaba con ganar a la mayoría del USPD para la política revolucionaria. Fue sólo en marzo de 1919, después del asesinato de Luxemburg y Liebknecht, que renunció al Partido Socialdemócrata Independiente y se integró al Partido Comunista. Aun entonces, enfocó sus esfuerzos a ganarse a sus viejos camaradas del Partido Socialdemócrata.

En 1920 fue elegida diputada al Reichstag por el Partido Comunista. Ese año viajó a la Rusia Soviética para participar en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, que la integró a su Comité Ejecutivo Internacional. En Moscú conversó con Lenin sobre diversos temas, incluyendo la cuestión de la mujer, lo que posteriormente le serviría de base para un libro de memorias sobre el revolucionario ruso. De vuelta en Alemania, ese octubre ayudó a convencer a la mayoría del USPD de pasarse a las filas comunistas.

A lo largo de los siguientes años, participó simultáneamente en la dirección del movimiento comunista alemán y en el Buró Femenino de la Tercera Internacional o Comintern. En 1921 ayudó a redactar las Tesis sobre el Trabajo entre las Mujeres aprobadas por el III Congreso de la Comintern.

En 1925 fundó y presidió la sección alemana del Socorro Rojo, una organización dedicada a defender a los presos de la lucha de clases. En 1927 la URSS le concedió la Orden de la Bandera Roja y en 1932 la Orden de Lenin.

Ese agosto, por ser la diputada de mayor edad del Reichstag alemán, le tocó dar el discurso inaugural de las sesiones parlamentarias, ocasión que aprovechó valientemente para llamar a resistir el inminente ascenso de Hitler, que se consumaría seis meses después.

Cuando los nazis ascendieron al gobierno alemán a principios de 1933 y proscribieron a los partidos de izquierda, la vieja luchadora tuvo que salir exiliada una vez más, y esta vez se dirigió a la Unión Soviética. Ese 20 de junio murió en un sanatorio cerca de Moscú, pocos días antes de cumplir los 76 años.



ROSA LUXEMBURG o, por castellanización del apellido, ROSA LUXEMBURGO (Zamosc, Rutenia, 1870 - Berlín, 1919). Revolucionaria y teórica del socialismo alemán, de origen judío polaco. Hija de un comerciante de Varsovia, su brillante inteligencia le permitió estudiar a pesar de los prejuicios de la época y de la discriminación que las autoridades zaristas imponían en Polonia contra los judíos. Su militancia socialista le obligó a exiliarse desde los 18 años, refugiándose en Suiza, donde terminó sus estudios de Derecho, trabó contacto con revolucionarios exiliados y se unió a la dirección del joven Partido Socialdemócrata Polaco. Contraria a todo nacionalismo, en 1898 se trasladó a Alemania para unirse al poderoso Partido Socialdemócrata de aquel país (SPD) y participar en los debates teóricos que lo agitaban desde la muerte de Marx y Engels. Asociada con Kautsky, defendió la «ortodoxia» marxista frente al «revisionismo» de Bernstein e hizo aportaciones teóricas originales en torno al imperialismo y al capitalismo (*La acumulación del capital*, 1913). Se distanció de Kautsky y de la mayoría del partido a medida que éstos se inclinaron hacia los métodos parlamentarios, pasando a ser reconocida como la líder principal del ala izquierda del SPD; pero también criticó a Lenin y su concepción centralista y autoritaria del partido de revolucionarios profesionales. Junto con Karl Liebknecht encabezó las protestas de los socialistas de izquierda contra la Primera Guerra Mundial (1914-18) y contra la renuncia del SPD al internacionalismo pacifista; fue

detenida por ello en 1915, pero continuó escribiendo desde la cárcel. Fue ella quien puso las bases teóricas para la escisión de la Liga de los Espartaquistas (1918), transformada un año más tarde en Partido Comunista Alemán (KPD). En libertad desde la revolución de 1918 que hizo abdicar al emperador Guillermo II, lanzó junto con Liebknecht la Revolución espartaquista de 1919; y, como él, murió a manos de los militares encargados de su represión.

CLARA ZETKIN, de soltera Clara Eißner (5 de julio de 1857 - 20 de junio de 1933), era una política alemana, de ideología comunista, muy influyente, así como una luchadora por los derechos de la mujer. Militó en el Partido Socialdemócrata de Alemania hasta 1917, momento en el que ingresó en el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD), concretamente en su ala más izquierdista, la Liga Espartaquista, que acabaría formando posteriormente el Partido Comunista de Alemania (KPD). Fue miembro del Reichstag por este partido durante la República de Weimar desde 1920 a 1933.

Notas

[1] Desde finales del siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial, el término «socialdemócrata» se utilizaba para designar al movimiento revolucionario marxista. <<

[2] Viejos creyentes: también llamados *raskolnik!* (cismáticos). Secta religiosa que consideraba que la revisión de textos bíblicos y las reformas litúrgicas realizadas por la Iglesia Ortodoxa rusa eran contrarios a la verdadera fe. Fueron perseguidos durante el zarismo. <<

[3] Traducción de Daniel Acosta. <<

[4] Se refiere a Abdul Hamid II, que gobernó de manera absoluta el imperio Otomano de 1876 a 1909, cuando la rebelión de los «jóvenes turcos» lo obligó a abdicar a favor de su hermano. Entonces fue confinado al palacio Beylerbeyi, donde murió nueve años después. <<

[5] Siendo teniente del ejército alemán en Namibia, en enero de 1899, el príncipe Karl Prosper von Arenberg mató y torturó a un nativo herrero para raptar a su esposa, por lo que fue condenado a muerte. Sin embargo, el káiser le conmutó la sentencia por una pena de 15 años y en 1904 fue absuelto, supuestamente por haber actuado bajo los efectos de la «neurastenia del trópico». Murió en los años 40. <<

[6] En diciembre de 1907, un soldado asesinó al mayor Schonenbeck en los cuarteles de la ciudad prusiana de Olszytn. El soldado confesó, fue encarcelado y se suicidó en prisión. Según se demostró en el juicio celebrado en el verano de 1910, el soldado había sido instigado a cometer el crimen por la esposa del mayor, Margarite, mujer famosa por su belleza. Pese a haber confesado la autoría intelectual del crimen, la viuda fue exonerada y enviada a un sanatorio. Curiosamente, la versión castellana cambia este caso por el de Margante Stenheil, una famosa *socialité* francesa que en 1908 mató a dos personas y sin embargo fue exonerada. <<

[7] El fragmento aparece en el capítulo XXIII del Tomo Uno de El Capital. <<

[8] La presente es una versión corregida de la traducción anónima publicada en Amauta. <<

[9] En 1902, el ministro prusiano Hammerstein había instituido el «sector femenino», que obligaba a las mujeres a ocupar un sector aparte en las reuniones políticas. <<

[10] Traducción de María José Aubet. <<

[11] El Día de la Mujer había sido establecido a Iniciativa de Clara Zetkin en elII Congreso Internacional de Mujeres Socialistas, celebrado en Copenhague en agosto de 1910, y a continuación ratificado por el VIII Congreso Mundial de la Internacional Socialista, que tuvo lugar inmediatamente después. <<

[12] Traducción de María José Aubet. <<

[13] Traducción de Daniel Acosta. <<

[14] Desde el principio de la Primera Guerra Mundial, Phillip Scheidemann había dirigido, junto con Friedrich Ebert, el ala mayoritaria del Partido Socialdemócrata, favorable a la guerra. Cuando, en medio de la derrota bélica y la revolución, en octubre de 1918, el príncipe Maximiliano de Baden se hizo cargo del gobierno, Scheidemann fue nombrado canciller, y el 9 de noviembre, cuando el káiser abdicó, fue Scheidemann quien proclamó la república y conservó la cancillería, mientras Ebert se hacía cargo de la Presidencia. Fue su gobierno el que en enero de 1919 suprimió el intento revolucionario espartaquista, quien detuvo nuevamente a Luxemburg y a Liebknecht y quien los entregó a la turba reaccionaria que los asesinó. <<

[15] El ejército alemán tomó la ciudad belga de Lieja el 5 de agosto de 1914, una de las primeras batallas de la Primera Guerra Mundial. <<

[16] César Beccaria (1735-1794) fue un filósofo y crimilogista italiano. Escribió *Tratado sobre los delitos y las penas*, considerado un gran aporte al derecho penal. <<

[17] Georg Ledebour, Emil Barth y Ernst Däumig fueron socialistas alemanes que participaron en el gobierno de Ebert, constituyendo su ala izquierda. Barth y Däumig pasarían después al Partido Comunista. <<

[18] François Auguste Marie Mignet (1796-1884) fue un historiador francés liberal de la Restauración. <<

[19] Traducción: Dainel Acosta. <<

[20] Traducción basada en la de Juan Miguel Salinas Granados. <<

[21] Traducción tomada de la compilación *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*, Barcelona, Anagrama, 1976. <<

[22] Traducción de la UJCE. <<

[23] Traducción de la UJCE. <<

[24] Traducción tomada de la página del Partido Obrero Revolucionario (POR) boliviano. <<

[25] El Tratado de Versalles, que dio fin a la Primera Guerra Mundial en 1918, imponía condiciones terribles a los países derrotados, incluyendo a Alemania, por lo que fue siempre muy impopular en este país y contribuyó a agravar la crisis económica iniciada en 1929. La Rusia soviética nunca suscribió ese tratado. <<

[26] Las áreas administrativas de las repúblicas soviéticas y la terminología usada para referirse a ellas estaban cambiando en este periodo. El término *okrug* se refiere aquí a una región, un área menor que una provincia (llamada tanto *oblast* como *gubernia* en este documento) y mayor que un condado (*uyezd*) o una ciudad. <<

[27] Traducción tomada de la revista *Spartacist*. <<